

COSMOGONÍA

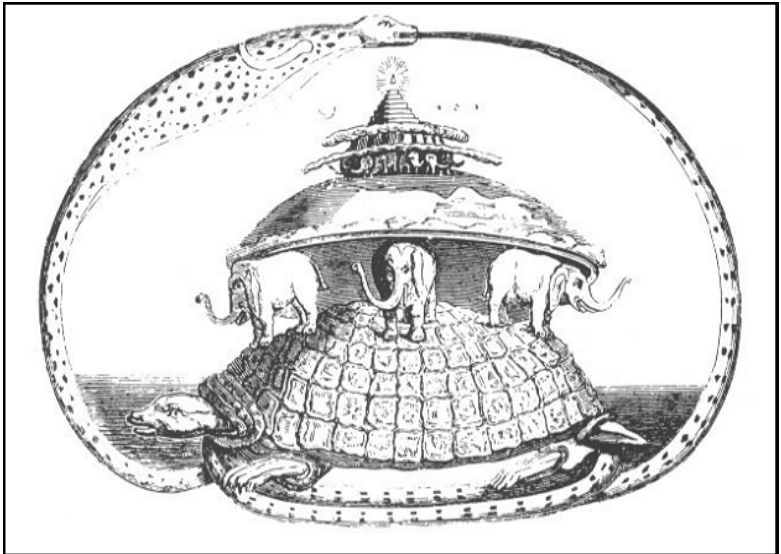
Xabier Galarreta



© Marjinalia Bilduma
2002. urtea
Lege-Gordailua: SS-1014/02



Diosa Tiamat, de la cosmología babilónica



En la cosmogonía china, el mundo es portado por cuatro elefantes...

Dedicatoria:

A los amigos de una época,
y especialmente a Julián.

Enterradme en Totis C.

I¹

Como si jamás hubiese existido, perdida en medio del desierto, oculta bajo la arena. La que en otra fuera una gran civilización. Convertida ahora en recuerdo anónimo que el viento susurra quedamente. El esfuerzo realizado por los arquitectos, los niños traídos al mundo por las mujeres, los proyectos impulsados por los gobernantes, las victorias y derrotas de los soldados... Nada. Se extinguieron sin dejar rastro. Nunca nadie tuvo noticia de aquella civilización. Transcurrieron doscientos, trescientos, quinientos y finalmente mil doscientos años. Y también más. Los siglos, tan compactos como la arena. Pero cuando el viento, sibilante, riza las olas del desierto, parece propagar un algo que recuerda al susurro lejano de muchas voces. Y entonces, mientras dura la tormenta de arena, la civilización vuelve otra vez a la vida. Allá, en medio del silencioso desierto, sin testigos, cuando la eternidad del tiempo se hace absoluta por todos lados... En ese instante, la civilización perdida en el comienzo de los tiempos vuelve a la vida en las alas del viento. Y se escuchan palabras que no quedan escritas en lugar alguno. «Historia de la civilización que se extinguió sin dejar rastro».

II

¹ Aunque la unidad de todos los microcuentos o *números embrujados* es grande, no tienen entre sí nexo de unión alguno (el autor gusta llamar a los microcuentos *números embrujados*; y, de hecho, tanto en *Marjinalia Bilduma* (año 1999) como en la editorial Hiria (año 2001) publicó en euskara el libro titulado *Zenbaki Sorginduak*, que también en *Marjinalia Bilduma* aparecería traducido al castellano (año 1999) bajo el título de *Números Embrujados*. (N. del T.)

Un hombre vive los últimos instantes de su vida. Porque siempre hay un *final*, incluso para las cosas rutinarias —y sobre todo, para las cosas rutinarias—. Porque son éstas las más importantes, al menos, entre la gente de bien. A acciones humildes, grandes virtudes. Todo lo demás, vanidad; casi-casi basura. El caso es que un hombre —un hombre como todos nosotros— agoniza. Y el ligero sueño en el que hoy por la noche caerá será el último de su vida. Y como es cosa sabida, que mientras dormimos tenemos sueños, todos ellos diferentes, de esa misma manera también un último sueño tenemos, el último de todos nuestros sueños. Que, tal vez, ni siquiera lleguemos a recordar. No importa. El olvido es el mejor regalo que podemos dar al ser humano. Pero vosotros estáis deseosos de saber: ¿cuál será el último sueño de ese hombre? ¿será tal vez el que explique de algún modo la telaraña de su existencia? ¿o tal vez un sueño-resumen de todos los sueños que tuvo en vida? ¿o el que vaya a traerle una suerte de explicación, de último significado? Voy a deciros qué soñó: soñó que estaba en un camino, y que de repente el camino desaparecía bajo sus pies, y a continuación vio cómo se quedaba sin pies y luego otro tanto le ocurría con todas las partes de su cuerpo, hasta que desapareció del todo, es decir, físicamente se esfumó sin dejar rastro. Pero continuó teniendo conciencia de sí mismo. Y entonces, comprendió que aquello era la muerte. Y por tanto, que no estaba del todo muerto. Sino al contrario, que sólo había muerto física, químicamente. Luego, cuando abrió los ojos, lo primero que hizo fue tocar su cuerpo con las manos, palparlo, para asegurarse de que todavía seguía allí, que era una *cosa* sólida. Y una sonrisa se dibujó en sus labios, antes de dar el último suspiro. Y luego, murió. «Historia del último sueño que un hombre tuvo antes de morir».

III

Todos los días, cuando despertaba, miraba al hombre que dormía a su lado, y se preguntaba qué hacía allí, junto a aquel hombre que no amaba, pues amaba a otro. La mujer cerraba los puños con rabia callada y abrazaba la almohada mientras su mente se reunía con el otro. Sí, la vida tiene esa clase de ironías. El hombre que ella siempre amó se despertaría al lado de otra mujer, haciéndose seguramente la misma pregunta. Y entonces, cerraría los puños y abrazaría la almohada, como si quisiera agarrarse a la oportunidad perdida en alguno de los rincones del devenir y el tiempo. Los detalles no tienen mayor importancia. Así que, ¿para qué mencionarlos? Sucedió, tal y como suceden tantas y tantas cosas. Porque en la vida muchas veces es preciso tomar una decisión. Por otro lado, no es posible tomar siempre la decisión acertada. Además, son innumerables los factores que nos condicionan... Al final, nos preguntamos si no seremos acaso marionetas que alguien —el mago de la función— maneja a su antojo. Y es tan fácil equivocarse en los asuntos del corazón... El mismo amor, todos los amores, qué son sino una penosa equivocación, de la que nos valemos sobre todo para darnos cuenta de cuánto amábamos nuestro modo de vida de una época, nuestra juventud perdida, nuestra imprescindible soledad. La mujer amaba aquel hombre y aquel hombre amaba aquella mujer. Sin embargo, cada uno acabó en brazos de la persona equivocada. ¿Por qué? ¿por qué? La pregunta hecha mil veces y mil veces dejada sin respuesta. Hasta que la muerte llamó a su puerta. «Historia de la mujer a quien le tocó vivir junto al hombre que no amaba».

IV

Estando muriendo en la cruz; miró hacia abajo y vio a los hombres y mujeres riéndose. Le llovían insultos: *¡Muéstranos el coño, guapa!; ¡yo contigo me iría al cielo! ¡ah, qué hermosa estás ahí, reina de todos noso-*

tros!. En esto, un soldado le lanzó su lanza, que le causó una profunda herida en el costado. Los insultos no acabaron ahí: *¿Te meto la picha por la herida?; he, cariño, qué bella puta eres; ¡sí, la reina de las putas!*. Carcajadas. El pueblo estaba contento, gozando con el sufrimiento ajeno. Eso no tiene remedio; ha sido así desde siempre. La mujer crucificada en la cruz alzó la mirada desde el gentío al cielo —una mirada ajena a este mundo—; luego, abrió los labios y apenas se le escuchó decir: *Padre, ¿por qué me has abandonado?*. La gente se marchó, ya aburrida. Y tres cruces quedaron allí, proyectadas contra el cielo oscuro. En la cruz de en medio una mujer, con una corona de espinas en la cabeza, clavada a la sufrida madera por clavos introducidos en sus manos y pies, bajo una pequeña inscripción junto a su cabeza, que decía: INRI. Cuando dio el último suspiro, dicen que se escuchó un gran trueno. Muchos piensan que fue la voz de Dios; o más que su voz, un grito, un grito de rabia. «Historia de Jesús muerto en la cruz, y que en realidad era una mujer».

V

La mano del hombre tiembla, cuando pasa las hojas del primer libro que ha existido en toda la historia de la humanidad. Como sabéis, siempre hay una primera vez, así como hay también una última. Eso era precisamente aquel libro: el primer libro impreso. Y él lo tenía en sus manos. Más que tocarlo, lo acariciaba con dedos temblorosos una y otra vez. Palpaba maravillado las letras de oro de la portada del libro. Pensó que de allí en adelante las cosas cambiarían; mucho. Y en cierta medida, acertó —sólo en cierta medida—. Abría el libro por la última página, luego por el medio, y a continuación por las hojas del principio. No sabía, no estaba seguro por dónde debía empezar. Leyó algunas frases y le pareció que un pensamiento ajeno se le metía dentro. ¡Y sintió miedo! Tuvo tiempo de notar que algo dentro

de sí se le sublevaba. Llegarían otras tantas ediciones, por docenas, a cientos, por miles, millones... Cerró los ojos, y se sintió mecido en los falsos progresos del futuro. La ciencia, el conocimiento, las letras, las palabras divinas... Pero lo que él tenía en sus manos era el primer libro impreso. Y cuando lo abrió, se dio cuenta de que las páginas no estaban numeradas. Y le dio risa darse cuenta de ello. Sí, estaba claro: había que numerar las páginas. Pero, ¿cómo había que poner los números? ¿de mayor a menor o al revés? ¿y las páginas que trataban de temas idénticos, debían de llevar los mismos números...? No sabía qué hacer con el libro. Le daba también un poco de miedo. Si alguien lo descubría, le acusarían de brujería. Eso quería decir la muerte, la hoguera... De todos modos, cuando decidió destruir el libro, no lo hizo porque tuviera miedo; lo hizo porque aquél era el primer libro impreso —y porque, siendo el primer libro de la historia humana, merecía tener un solo lector—. Él sería el primer y último lector del primer libro impreso. Le pareció una bella idea. Así que lo arrojó al fuego y se quedó mirando fijamente cómo se convertía en ceniza negra y gris, una expresión estúpida atravesándole el rostro, la mirada perdida en el vacío del libro. «Historia del primer libro impreso en la historia de la humanidad».

VI

Cuando el editor mencionó el tema, el escritor hizo una mueca de disgusto —aunque el otro no llegó a darse cuenta—. Le había propuesto escribir un libro de cuentos de terror. No le gustaba ese género literario, porque sabía que los buenos libros hay que sentirlos y crearlos desde dentro, es decir, que sentir lo que se escribe es condición indispensable, sea en un género literario o en otro. En este caso, crear literatura de terror traía consigo sentir realmente el terror. Y él no quería eso. Sin embargo, económicamente la propuesta era

realmente tentadora... Y llevaba unos meses viviendo bastante apurado. Al final, cedió, prometió al editor escribir una colección de cuentos de terror. Y apesadumbrado, salió de la editorial cabizbajo y flojo, como si le hubiesen encargado escribir el epitafio de su vida. La luna estaba en lo alto y el viento cruzaba osado la ciudad, yendo de un edificio a otro, amenazante, tal vez portador de un oscuro mensaje. El escritor acometió su labor. Y cerró los ojos. Y poco a poco fue sumergiéndose en un mar de terror, cada vez más profundo, hasta que llegó al fondo. Allí, encontró todo tipo de monstruosidades inherentes al ser humano, y se le abalanzaron encima, y ya no supo cómo escapar de ese lugar. Trató de escribir, creyendo que tal vez así se libraría de aquel terror que le congelaba por dentro. Pero siendo de carácter apocado, no encontró el camino de vuelta. Estaba perdido, preso en las garras de sus terroríficos protagonistas. Y así, caído en el fondo de aquel mar del terror, miró hacia lo alto y vio algo así como el resplandor de la luna en el cielo, reflejado cerca de la superficie. Pero no era el reflejo de la luna, sino la claridad del túnel que lo llevaba al otro mundo. Cruzó la frontera entre este mundo y el más allá, para llegar al reino donde viven los monstruos y las fantasías. Y no regresó nunca. Al día siguiente lo encontraron muerto, con una horrible expresión de terror reflejada en el rostro. «Historia del escritor que no quería escribir cuentos de terror, porque juzgaba imprescindible vivir el terror para crear literatura de terror».

VII

Un hombre caminaba bajo las estrellas, maravillado ante el impresionante firmamento. Daba un paso tras otro sin apenas darse cuenta. Quería saber cuál era su papel allá, bajo aquel cielo estrellado y bello. Quería adivinar su destino entre las estrellas. Sabía que era pequeño e insignificante. Aun así, observó una estrella

que brilló por un instante y enseguida se apagó —sería una estrella fugaz...— y se le ocurrió pensar que su destino podría estar escrito en ella. El mensaje era claro, tan claro como aquel cielo estrellado. Pero le faltaba la clave para poder interpretar la partitura. Otra estrella fugaz atravesó la fantástica e infinita bóveda celeste, dejando tras de sí una nostalgia tal... Y luego, otra estrella fugaz. Y otra más... Como si el cielo fuese a arder prendido con involuntarias y efímeras cerillas. El hombre tropezaba en las piedras del camino, pues no miraba donde ponía el pie. Entonces, sintió que dentro de sí algo se encendía, para volver a extinguirse casi a continuación... Cerró los ojos y volvió a topar el mismo espacio dentro de sí. Y las estrellas fugaces iban desde un infinito a otro. Y entonces, cerró aún más los ojos y dentro de dentro de sí mismo halló otro espacio, también lleno de estrellas fijas y de estrellas fugaces. Y entonces cerró aún más los ojos si cabe y dentro de dentro de dentro de sí mismo halló otro espacio infinito, fantástico y maravilloso. Para entonces ya era como una muñeca rusa. Y entonces, pensó que era momento de abrir los ojos, pero no consiguió regresar al mismo espacio de antes, sino que continuó flotando en su cosmogonía... hasta el fin de los días que no acaban jamás. «Historia del hombre que caminaba bajo las estrellas en busca de su destino».

VIII

El joven permanecía mirando a su madre muerta. Sólo él estaba con el cadáver, y tenía miedo. La miraba porque no podía apartar la vista de ella. Desde que había muerto habían transcurrido unas pocas horas; el cadáver todavía estaba en buen estado. Aún así, el joven estaba aterrorizado. Quería huir de allí, pero algo se lo impedía. Estaba ante su madre... Ante aquella madre que tanto le había amado... Pero el terror que le provocaba la muerte era tan terrible que al final se levantó del

asiento y se dirigió fuera del tanatorio. Pero justo cuando había asido el picaporte de la puerta de salida, cruzó por su mente un viejo recuerdo. Estaba en la calle, en la plaza frente a la plaza de la casa de sus padres, y gritaba a su madre asomada al balcón: *Ama, tírame el balón!* Entonces, despacio, volvió al cuarto y se sentó tranquilo, pues el terror le había súbitamente desaparecido. *Sí,* pronunció en voz alta, *tírame la pelota, mami.* Luego, los recuerdos se deslizaron veloces ante sí: *Ama, quiero un zumo; ama, cuando bajes a la calle, tráeme un tebeo; ama, quiero ver dibujos animados; ama, las pinturas se me han gastado; ama, me duele la tripa; ama, quiero ir a jugar; ama, te quiero mucho.* Entonces, el joven que miraba a su madre muerta y que sentía terror al estar a solas con el cadáver, no se volvió a sentir aterrorado; al contrario, se sintió como en una época, como en la infancia, como cuando niño se sentía feliz junto a su madre. «Historia del joven que primero sintió terror y luego amor hacia el cadáver de su madre».

IX

Cuando miró su rostro en el espejo no pudo reprimir un grito. ¡Aquel rostro no era el suyo! Estaba seguro. Y eso no era lo peor: cada vez que veía su rostro en el espejo, advertía siempre algunos cambios. Era su rostro, sí, pero al mismo tiempo no lo era. Los cambios que no suceden sino por el transcurrir del tiempo le pasaban ante sí a velocidad asombrosa. Por un momento pensó que el espejo podría estar embrujado. Fue a la habitación contigua a mirar su rostro en otro espejo. ¡Pero le sucedió lo mismo! *¿Estará toda la casa embrujada?*, se preguntó. Para estar seguro se marchó de casa. Y miró su rostro en todos los espejos o cristales en que pudiera reflejarse. ¡Y nunca veía el mismo rostro! ¡Siempre se apercibía de uno u otro cambio! Era como para volverse loco. Se agarró el rostro con las manos, como intentando impedir los cambios. ¡Pero en los mismos

dedos sintió los cambios sucederse! Echó a correr en medio de la calle, gritando fuera de sí. Empezó a detener a la gente que pasaba y a decirles que su rostro no era el suyo; por favor, que alguien hiciera algo. Cayó al suelo y la gente rápidamente hizo un círculo a su alrededor. Él siguió gritando que su rostro cambiaba constantemente. Pero, de pronto, cuando miró al rostro de los que formaban el círculo de curiosos, se dio cuenta de que a todo el mundo le sucedía lo mismo, que los rostros de todas aquellas personas cambiaban continuamente. A lo lejos, se escuchó la sirena de una ambulancia. «Historia del hombre que hallaba un rostro distinto cada vez que se miraba en el espejo».

X

Las sombras caminaban errantes por el Reino de las Sombras. Cómo llegaron allá, es un misterio. Como lo es el mismo Reino de las Sombras. Lo único que podemos decir es que no estaban a gusto en aquel lugar; y dejamos para más tarde todos los demás detalles, o bien si no, nos los guardamos para nosotros mismos. Sea como fuese, el caso es que aquellas *cosas* que tal vez eran sombras de humanos muertos ansiaban la luz (esa luz que precisamente no se podía encontrar en aquella cárcel universal). El Reino de las Sombras no tenía ni principio ni final; era la consecuencia de que infinitos agujeros negros del espacio se hubieran juntado en un solo, y continuaba expandiéndose más y más, imparable. Sin embargo, las sombras se asfixiaban en aquel ambiente infinito. No sabían además quiénes eran. Ellas querían regresar a su propio comienzo, quizás al principio en que eran alguien... en el insignificante planeta Tierra (algunas de ellas...). Cada sombra portaba una vela, que no les daba más luz que para iluminar el espacio que se abría justo delante de sus pies. Es difícil decir cuántas sombras habría allá, en el Reino de las Sombras, ya que desde el principio de los tiempos todas las som-

bras se reunían en aquel lugar, y porque además las sombras de todos los seres humanos —las de los seres de todos los universos— acababan allí... secula seculorum! Y eso es todo. Ya siento no poder dar más detalles. ¡Un momento! He olvidado algo importante: las sombras vivían en el Reino de las Sombras hasta que se perdían en la oscuridad de los tiempos. La verdad es que eso no aclara gran cosa el asunto, aunque es preciso reconocer que se aviene del todo con el hilo de la narración. «Historia de las Sombras que vivían en el Reino de las Sombras, hasta que se perdían en la oscuridad de los tiempos».

XI

Sentía el infinito dentro de sí, entre sus dientes, en sus vasos sanguíneos y en aquel corazón que incansable bombeaba su sangre. Infinito era el pensamiento que surgía en él tan sólido como el cemento. Y el hombre cerró los ojos, para así percibir con más realidad su pensamiento infinito de hormigón. Era un pensamiento universal, carente de tiempo, que superaba incluso la misma soledad. Y así, con los ojos cerrados, trató en aquella oscuridad de cerrar aún más los ojos, cosa que consiguió. Y comenzó a nadar en su pensamiento. No tenía necesidad de cosa material alguna; apartaba su pensamiento con las manos, con las palmas de sus manos. De súbito, por un momento, dejó de oír su corazón, como si se le hubiese detenido... Y en su lugar, el pensamiento —más espeso que antes, más infinito— ocupándolo todo. Era la muerte. Sumergirse en su pensamiento era estar muerto; o tal vez sumergirse en otros pensamientos, como cuando abrimos una puerta. Él veía muchas puertas, y ninguna estaba cerrada. Por el contrario, cada vez que abría una puerta se metía en otro pensamiento, o tal vez era ese mismo pensamiento el que se metía dentro de su pensamiento. Eso no le importaba. Porque para entonces los pensamientos se le acumula-

ban. Su pensamiento era la acumulación de muchos pensamientos. Y aquello no tenía final. Las puertas, vigilantes del pensamiento de cada cual, eran innumerables. Por un momento preguntó a su voz si al final acabaría convirtiéndose en Dios. No se molestó en buscar una respuesta, y se sumergió aún más en su pensamiento inmenso, universal, espacial, hasta que ya no supo quién era. «Historia del hombre que proyectó un pensamiento infinito».

XII

El hombre respiró fuerte. Y el aire que luego salió de su boca le trajo recuerdos de otros tiempos. Era muy viejo, aunque en el rostro aún no se le notaba demasiado. Tenía tres o cuatro mil años; tal vez más. Su origen era lo único que no lograba recordar con total nitidez. Él siempre estuvo allí. Miró sus manos, llenas de arrugas finas y casi invisibles. Estaba sentado en una roca gris, tan inmóvil y pesado como la roca. Era una presencia total. Y quien le miraba directamente a los ojos se sentía caer en un agujero profundo y sin fondo. Según dicen, algunos habían llegado a caer en aquella mirada similar a un abismo y no se había vuelto a saber de ellos. Nunca hablaba con nadie. Había también quien pensaba que era mudo. Pero aquel hombre que había conocido el origen de todos los idiomas no podía ser mudo. Tal vez había perdido las ganas de hablar con sus coetáneos por el hecho de haber bebido en la fuente del origen de todos los idiomas: y hallaba ahora su lenguaje actual sucio, híbrido. En tres o cuatro mil años hay muchas cosas que ver y aprender, para quien tiene el espíritu abierto. A pesar de que el cielo estaba en lo alto, en uno de sus ojos se reflejaba el sol, y en el otro la luna. Y cuando hacía el movimiento más leve, el tiempo se detenía, y también los animales y las cosas. Por ejemplo, si movía un brazo o cualquier otra parte de su cuerpo justo cuando un pájaro pasaba delante de él, el pájaro

quedaba detenido en el aire hasta que finalizaba su movimiento. No era que realizara actos de magia, sino que la magia brotaba de él con total naturalidad. Todavía vive, aunque hace ya mucho tiempo que dejó de interesarse por el mundo. Pues creó dentro de sí mismo otro mundo absolutamente infinito y totalmente diferente al nuestro. Se ha arrancado de sí su propio principio y final. Y sabe que aún verá transcurrir otros tres o cuatro mil años más... desde fuera —porque su tiempo inferior se ha transformado en algo ilimitado—. Al final, nos mira y no nos ve, a nosotros, infelices fantasmas que habitamos la oscura caverna... «Historia del hombre que tenía tres o cuatro mil años».

XIII

En medio de un extraordinario laberinto formado por una impresionante muralla de plantas, yacía la estatua de mármol, brillante y pura, bajo el cielo melancólico y gris. Una estatua con un corazón de piedra que latía sin cesar desde tiempos remotos, desde aquellos tiempos a los que la memoria del hombre no llega sino con dificultad... Nunca ser humano de carne y hueso ha penetrado en el jardín laberíntico; sólo los viejos y paganos dioses pueden mirar al único habitante del jardín, siempre en esa falsa inmovilidad divina, rumiando mil propósitos indescifrables... Cómo lo hace nadie lo sabe, pero hoy aquí y mañana allí, la estatua va de un lugar a otro, en busca de la salida —aunque sin dar nunca con ella—, como si en esa tarea hubiese encontrado la razón de su existencia eterna. Y lo más asombroso es que cada lugar que halla en el jardín se le hace absolutamente desconocido, a pesar de llevar miles y miles de años sin salir de él. Por lo demás, el cambio de lugar puede darse en cualquier momento: a altas horas de la noche, cuando el sol brilla en lo más alto, cuando el atardecer envía su último y tímido adiós... Los faunos traviesos de la vegetación se afanan en dar con el momento en que la

estatua realiza el cambio de lugar, a pesar de que lo tienen prohibido —en caso de ser sorprendidos, el castigo de los dioses será implacable: a uno lo convertirán en hoja de una de las flores del jardín; a otro, en una de las fuentes cantarinas del laberinto; o en una pequeña piedra junto al camino de tierra... Transcurrieron los tiempos de los dioses paganos, transcurrieron también los sueños solidarios de los cristianos, y transcurrió por último la mítica y patética raza de los humanos. Pero la estatua permaneció en el laberinto, cambiando siempre y misteriosamente de lugar, más allá de los tiempos... más allá de todos los tiempos. «Historia de la estatua de mármol perdida en medio de un gigantesco laberinto».

XIV

Si era hombre o animal, quién lo sabe. Miraba la luna, olvidado incluso del miedo que toda noche inspira. La luna era terriblemente grande, tan grande y redonda como el espacio casi. Aquel ser hombre o animal estaba maravillado, y un sentimiento salvaje que hervía en su interior era como si quisiera hacerle vomitar las entrañas. Con el pequeño bastón que tenía en la mano comenzó a dibujar círculos redondos en la arena, sin dejar de mirar a la luna. Luego, realizó otro círculo en la arena mojada; y luego otro más; y otro más... Cuando se quedó sin sitio para dibujar más círculos, fue a otro lugar de la playa y siguió enfrascado en su tarea, dibujando incansable círculos en la arena fina y compacta. En el mar la luna se reflejaba en incontables reflejos rotos, jugando con la cresta de las olas, llegando hasta la misma orilla de la playa, como si tuviera labios de marfil. De repente, el ser —que bien podía ser hombre o animal— lanzó un aullido; y trató de articular una serie de sonidos guturales que todavía no podríamos denominar como *idiomáticos*. Al día siguiente, cuando el viento frío del amanecer le despertó, vio los círculos dibujados en la playa la pasada noche (o al menos, los

que había respetado la marea). Pero algo había cambiado en la mirada de aquel ser: había en su mirada un brillo... como si un rayo de luna —uno de esos haces blancos— le hubiese atravesado por dentro... una chispa de inteligencia... Y cuando aquel ser hombre o animal se puso en pie y dio un paso adelante, no tuvo la más mínima duda de que algún día todo sería distinto. «Historia del ser humano que inventó el número cero».

XV

El campesino yacía entre viñedos tan vetustos como él. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba así. Pero las generaciones más antiguas del lugar así lo recordaban, dormido siempre entre aquellos viñedos. Según las leyendas, llevaba allí miles de años; o mejor dicho, estuvo siempre allí, como si fuera una vid más. De hecho, de acuerdo con las creencias de las gentes, incluso tenía raíces: de la cabeza, de los pies, de la espalda... de todas partes de su cuerpo surgían raíces que le ataban a la tierra. De noche, aunque estaba prohibido ir al viñedo en el que el campesino yacía dormido, había quienes llevados por la curiosidad se atrevían a acercarse al lugar, y según contaban (los que no quedaron trastornados —y los que no, habrían de fallecer al poco tiempo—), en cada uno de los granos de uva de las parras de las vides se reflejaba una historia distinta, una historia que nunca acababa, pues a la noche siguiente aparecía reflejada la continuación a esa historia en cada grano de los racimos de uva del viñedo, de modo que la historia de la noche anterior —la de cada grano de cada uno de los racimos del viñedo— quedaba así fuera del concepto tiempo, pero cuyo desarrollo siempre continuaba, pues no finalizaba nunca. Las historias reflejadas en los granos de los racimos de uva del viñedo inmemorial no eran sino los sueños del campesino dormido, o también las interpretaciones de esos sueños o incluso sus propios sueños convertidos en realidad —o camino de conver-

tirse en realidad—. Y decían que se escuchaba algo así como un murmullo, como si al poner el oído pegado contra un hormiguero comenzásemos a escuchar voces y conversaciones. Eso es lo que me contaron al menos los viticultores y bodegueros de un pueblito de la Rioja Alavesa. Pronto me di cuenta de cuánto amaban aquellas gentes sus tierras, sus viñedos. «Historia del campesino que soñaba con extraños y secretos vínculos espaciales, oníricos».

XVI

En un principio, fue una minúscula franja de luz; luego, poco a poco, como si entre un cambio y el próximo surgiese —abreviada— la existencia de un ser digamos actual, la franja de luz fue ensanchándose al tiempo que otro tanto hacían los ojos del ser. Porque efectivamente era un ser —y no digo un ser humano porque todavía no era tanto/tan poco—. La luz; la luz que habría de traer más vida y más diversidad. La luz que algún día posibilitaría la vida planetaria en algún sitio. *¿Hasta cuándo seguiré extendiéndome? ¿hasta cuándo seguiré completando este montón de células que soy yo?* Ese tipo de preguntas se hacía el ser que observaba la cada vez más ancha franja de luz extenderse imparable. Y su pensamiento se iba también ensanchando junto con la franja de luz, que más tarde habría de transformarse en pensamiento humano. Todos hallamos alguna vez nuestro camino, nuestra inteligencia, nuestro pensamiento, toda nuestra capacidad/incapacidad de expresión. Y entonces, hablamos no con los labios, sino con cada poro de nuestra piel. Del mismo modo, la franja de luz continuaba ensanchándose, y el ser podía ahora escuchar el murmullo interior que le brotaba de dentro. Murmullo que iba aumentando sin cesar, interminable, inagotable, transformado en invocación que habría de librarlo de la nada, persiguiendo infatigable su querenia carnal. No tenía necesidad de una madre; ni tampoco

necesidad de caricia alguna (la civilización y todo eso habrían de llegar más adelante, como llegan todas las plagas). Las horas, pura mantequilla, murieron en un lastimoso mar de mermelada de arándanos. Dios aprovechó para peinarse sus cuatro pelos. Y alguien subió el telón. Y el ser vio cómo un hermoso sol, dador de luz y de calor, subía, trepaba por el caótico cielo. Y entonces, comprendió que todo estaba preparado para emprender el camino de vuelta. «Historia del primer ser que vio con ojos humanos el primer rayo de sol del primer amanecer».

XVII

Un joven, un joven que no tenía nombre —o, al menos, si lo tenía, no lo sabíamos— cayó —o se arrojó, quién sabe— a un río sin nombre (porque al menos eso sí que sabemos, que el río no tenía nombre). Y nadie sabía quién era ese joven, ni lo que pasó por su cabeza en el momento en que cayó al río. Pero la gente se mostraba maravillada: ¿cómo era posible que un joven que no tenía nombre —o que si lo tenía resultaba desconocido—, cómo era posible que se ahogara en el río así, sin más...? Por lo menos debiéramos haber sabido quién era, ¿no? Realmente el destino de toda persona resulta misterioso. Más misterioso aún, cuando se trata de un destino vinculado a una persona arrastrada a una muerte trágica. ¡Un nombre, aunque sea, a cambio de la curiosidad que nos abraza por dentro! Quienes le vieron antes de hundirse en las aguas aseguraron a todo el mundo que trató de hacer con las manos algo parecido a una figura geométrica. Y que sus ojos no mostraban temor. Ni siquiera el río demostró mucha prisa en tragárselo. Todo estaba bien; el mundo estaba bien; el joven y el río estaban bien... Un nombre, sólo faltaba el dichoso nombre para que todos nos quedáramos tranquilos. Sin embargo, no se le puede pedir más a la vida. Y eso todos lo saben; incluido el joven que no tenía nombre —o

que no sabíamos si lo tenía—. Pasaron los años, como siempre. Y la gente olvidó al joven, y se olvidaron también del mismo río... Pero el río no se olvidó del joven. Y por las noches, para quien sabe escuchar, sobreponiéndose a la voz impetuosa del viento y silenciando el rumor de los árboles, de noche siempre, cuando las frías estrellas nos transmiten su trágica indiferencia, las rápidas aguas del río pronuncian un nombre, un nombre que se pierde entre ecos y risas... «Historia del joven anónimo ahogado en el río sin nombre».

XVIII

El animal estaba muriendo. Eso de por sí no es nada extraordinario, ni preocupante. Ya que, como todos sabemos, todos los animales, sin excepción, mueren; incluidos nosotros —si es que merecemos el nombre de *animal*—. ¿Y para qué he sacado a colación este asunto? Lo he hecho por tratarse de un animal especial. ¿En qué? En la cantidad: es el último ejemplar de su especie. El último. A pesar de haber sido en una época más numeroso que las ratas, hoy día la especie ha desaparecido, al igual que otras muchas especies, en medio de nuestra indiferencia. En fin, no nos pongamos sentimentales; ese papel no nos sienta bien. Quitémonos la máscara y proclamémoslo a los cuatro vientos: todo eso nos importa un bledo. Pero siguiendo con lo nuestro, decíamos que se trataba del último ejemplar. Todas las hembras de esa especie están muertas, y también el resto de los machos, excepto él. Se halla subido a un árbol; desde allí mira hacia algún lugar. Él sabrá a qué... El mar, el cielo, los árboles, una carretera, los automóviles... Ese tipo de cosas son las que ve desde su atalaya. Los animales no son tontos; él sabe que es el último de su especie. No hace llamada alguna para atraer a las hembras; antes sí lo hacía. Cuando la especie disponía aún de la mínima cantidad de machos y hembras, los machos llamaban a las hembras en la época de celo.

Pero ahora no sucede tal cosa. Subido a lo alto de un árbol pasa horas y horas contemplando cuanto alcanza su vista. Se acabó. Dentro de poco dejará de comer. Seguirá la llamada de la naturaleza por una última vez. Te saludamos y honramos, amigo. Y, hasta la vista... «Historia del último ejemplar de una especie animal».

XIX

¡Aquél sí que era un extraño diccionario! En lugar del término correspondiente, traía siempre un número. Esos números podían ser de una sola cifra, de dos o de veintiséis cifras. Podían también ser infinitos. Cuanto más complicado resultara el concepto que el término quería dar a entender, tantas más cifras tenía el término equivalente. Sin embargo, siempre había un modo, una clave, de entender el significado. A veces, era preciso emplear fórmulas matemáticas para saber lo que querían decir. Por eso, quien deseara ocuparse en temas filológicos debía ser un buen matemático —no como ahora—. Lo peor era que los términos equivalentes se expresaban con términos infinitos. Eso, claro está, quería decir que determinados conceptos eran ininteligibles; o, al menos, que era del todo imposible entenderlos en su totalidad. Pero de entre todos los términos equivalentes el más asombroso era el término proyectado hasta el número infinito 0. No me pregunten cuál era la técnica que empleaban los impresores para expresar conceptos numerales infinitos de ese tipo; sólo les puedo decir que en la realización de tales diccionarios resultaban imprescindibles la ingeniería, matemática e informáticas más avanzadas. Les pondré un ejemplo: tomemos la palabra "ternura" del castellano. En nuestro diccionario matemático universal su término equivalente aparecería expresado de esta manera: $67+11\%34$. A nosotros nos enseñaban desde pequeños los entresijos de esa terminología. Y por eso nos resultaba fácil luego interpretar y conocer la mecánica del diccionario mate-

mático de términos vulgares. Eso es todo. No puedo dar más aclaraciones; podría tener problemas... «Historia del extraño diccionario que expresaba los términos equivalentes en cantidades y cifras matemáticas».

XX

Llevaba diecisiete días sin salir de su despacho. Pero ahora su trabajo estaba finalizado. Si le hubiésemos preguntado, no habría podido respondernos si había merecido la pena...: había descubierto cuántos días le faltaban para morir. No le resultó fácil dar con la fórmula; pero, al final, dio con ella. Seis mil doscientos días, ni uno más ni uno menos. Luego, desaparecería para siempre —o cuanto menos, de este mundo—. Es decir, le quedaban casi diecisiete años de vida. Cuando lo supo, sintió lo mismo que siente el preso cuando le comunican los años que deberá pasar en la cárcel antes de ser ejecutado. Le parecía —y con toda razón— que era más libre antes, cuando no sabía del tiempo exacto. Llegó a la conclusión de que una vez de que conoces la fecha exacta de tu muerte, morir se no tiene ya ninguna gracia. ¡Para eso sirve la ciencia! Pero los cálculos eran exactos. Estaba perdido. Así que calculó cuántas veces debía aún latir su corazón antes del día de su muerte. Una tarea difícil, de veras. Pero la humanidad algún día se lo agradecería... «Historia del hombre que descubrió cuántos días le faltaban para morir».

XXI

Cuando encendió el cigarro, se quedó mirándolo: *humo*, murmuró. *Yo también pronto seré humo*. Porque iba a morir; o, mejor dicho, lo iban a matar. Estaba condenado a morir. Luego de asesinar a dos personas en un robo, había sido juzgado y condenado a muerte. No le parecía injusto; sólo que le entraba una suerte de nos-

talga al pensar que dentro de poco moriría. Sin embargo, nunca había sido un sentimental, precisamente. Ladron de bancos, asesino sin escrúpulos —algunas muertes cometidas por él habrían de quedar para siempre sin aclarar—. A la hora de sentir tristeza todos somos iguales. No resulta fácil de explicar...; es como algo que llevamos adherido a nuestra espina dorsal. Tristeza y alegría, oxígeno y agua, ácido... *cleico*... Nada, caca de gato. Vivía los últimos instantes de su vida. Y pensaba que aquellos instantes estaban unidos al destino del humo de su cigarrillo. Pronunció en voz alta varias veces su nombre; se le hizo raro escuchar su nombre... Intestinos, sangre, carne y músculos, cerebro y pensamiento, voz interior... Al pensar que todo eso desaparecería se ponía enfermo. *¡Dios mío!*, se escuchó en el corredor de la muerte. Pero casi nadie le hizo caso alguno, pues expresiones de ese estilo eran frecuentes en aquel lugar. Antes o temprano, todos acabamos acordándonos de Dios. Redactó una carta que más tarde rompería; vació la botella que alguien le había puesto en la mano; trató de borrar algún que otro recuerdo turbio. *¡Ah, qué vulgar era morir!* *¿Por qué nadie se lo explicó nunca?* Si lo hubiera sabido, hubiera tenido menos reparos a la hora de asesinar a inocentes. *¡Viva!* *¡Viva mi destino!* comenzó a gritar. Estaba borracho. El carcelero que le había pasado la botella le recomendó un poco de discreción, aunque sólo fuese por él... Luego, el silencio se adueñó otra vez del corredor. Y de allí a poco, su celda apareció vacía. «Historia de los últimos instantes del hombre condenado a muerte».

XXII

No sé por qué no respondes a mis cartas. Hace mucho tiempo que las aguardo. Ya sabes que te quiero... Pero a ti según parece te gusta hacerme sufrir, ¿verdad? Aquí tienes mi humillación, para que hagas con ella —conmigo— lo que quieras. Estoy mirando al

campo desde mi ventana, en esta impresionante soledad. Sabes que vivo en el campo, pero a ti no te importa. Gruesos copos de nieve van apilándose ahí fuera. Y cada vez que te escribo una carta, cada vez que queda sin respuesta, es como un grueso copo de nieve que cae sobre mi corazón —estos copos de nieve férrea...—. Pero a ti no te importa; nunca hasta ahora has respondido a mis cartas. Me rasgas, me quemas, me enloqueces... Pero a ti no te importa. Te necesito, te quiero, te odio... Pero a ti no te importa. Arrojo otro leño al fuego. Escucho la canción del fuego; pero nada me calienta. Necesito una respuesta; una respuesta que nunca llega. Más allá de la ventana todo está blanco, cubierto de nieve, como si sólo yo existiera en el mundo. Pero a ti no te importa. Te escribo esta carta, pero a ti no te importa... «Historia de la mujer que escribía cartas de amor al amante ya muerto —no sabía que había muerto—».

XXIII

Las cenizas se elevaban por encima de su cabeza. Y él, sonriendo, observaba el acontecimiento, sin entenderlo del todo. Esas cenizas pertenecían a alguien a quien había amado mucho. Al morir, quemaron el cadáver y ahora eso era todo lo que quedaba de la persona amada: cenizas. *¡Qué irreal...!* Alargó una mano hacia adelante, como si quisiera verificar físicamente aquella ceniza desparramada. El viento levantaba remolinos en el aire y las cenizas volaban hacia lo alto, como en una mágica danza embrujada. Miró dentro de sí mismo, para buscar algo parecido a un recuerdo de aquella persona. Y aunque lo encontró, no le valió para nada, porque las cenizas continuaban danzando alrededor de él. *La danza de la ceniza...* Quiso reflexionar acerca del posible significado de la existencia, pero se sintió avergonzado de su exigua capacidad intelectual. Por un momento, le pareció que el dueño de aquellas

cenizas estaba a su lado. Si así fuera, estaría tan maravillado como lo estaba él... Todo es eterno transcurso mientras vivimos. Somos como la chimenea que constantemente arroja humo. Y comenzó a pensar en tales cosas, como todos hacemos en tales situaciones. Pensar en lo sobrenatural resulta ridículo y mezquino cuando abrimos el frigorífico, cuando encendemos la televisión, cuando arrancamos el coche a la mañana para ir al trabajo. Pero cuando ves las cenizas de la persona que amas —o amabas— volar, flotar a tu alrededor, entonces te das cuenta de que en este mundo —y también en el otro— todo es posible. «Historia del hombre que vio volar sobre su cabeza las cenizas de la persona amada».

XXIV

—Buenos días —dijo la mujer.

—Hola —respondió Jesús.

Surgió un extraño silencio entre el hombre y la mujer, que al final rompió primero ella, diciendo:

—¿Te hace daño?

—¿El qué? ¿el mundo?

—No, no. La lanza...

—¡Oh, no! —le respondió Jesús, divertido.

La mujer tocó la lanza con los dedos, para asegurarse de que era de verdad. Luego, miró fijamente a Jesús, como si quisiera descubrir en sus ojos un mensaje. Entonces, le dijo Jesús:

—¿Qué quieres leer en mis ojos?

La mujer dudó por un instante. Luego, tímida, dijo:

—La verdad...

Entonces, comenzaron a reflejarse en los ojos de Jesús las historias de todos los hombres y de todas las mujeres que habían existido hasta entonces. Transcurrían con asombrosa velocidad, y sus existencias se reflejaban en apenas un segundo. Así pasaron tres días. Y cuando al fin se reflejó la última de las historias, la mujer se encaramó a la cruz, dio a Jesús —o como se llamara— un largo beso en los labios; y luego, bajó de la cruz y marchó de aquel pueblo. Y nunca más se supo de ella. «Historia de la conversación que una mujer y Jesús —o como se llamara— mantuvieron».

XXV

Es cosa sabida que tras esta vida puede haber cualquier cosa. Pero nosotros, quienes nos quedamos aguardando nuestra última hora, debemos seguir viendo las cosas desde fuera; y por tanto, permanecer en la superficie de ellas. En cierta ocasión, a dos personas las enterraron una al lado de la otra. Primero murió una; y luego, al cabo de unos años, enterraron al otro junto al primero. No importa quiénes eran. Gente corriente, seguro —todos los cementerios están llenos de gente corriente—. Mira cómo son las cosas: dos personas, que en vida nunca llegaron a sospechar siquiera la existencia de uno y otro, y al final acaban enterradas... ¡una al lado de la otra! La verdad es que eso no quiere decir nada. Pero, en fin, tiene su... morbo. Porque, ¿vosotros habéis pensado alguna vez junto a quién os tocará estar enterrados? Puede ser cualquiera: el empleado honrado y humilde —o no tan honrado y tan humilde— que trabajó toda su vida en la caja de ahorros; o un malvado criminal —o tal vez no tan malvado— condenado a

morir en la silla eléctrica; o tal vez junto a una buena y virtuosa mujer —o no tan buena y virtuosa—. Podríamos seguir poniendo miles de ejemplos, pero ¿para qué? ¿a quién le importa yacer junto a éste o aquél, una vez llegado el momento? Al interesado seguramente no le vaya a importar mucho; con un poco de suerte, le importará a unos pocos. Y eso, con un poco de suerte... «Historia de dos hombres que en vida no se llegaron siquiera a conocer pero que al morir fueron enterrados juntos».

XXVI

Cada vez que mirábamos la fotografía, el corazón se nos encogía de pena y miedo. Porque cada vez que mirábamos a la persona retratada en ella su rostro envejecía un poco. Y aun cuando ese envejecimiento pasara inadvertido para el observador vulgar, para nosotros —habituados a su observación— era del todo evidente. No sabíamos cómo sucedía. La persona de la fotografía hacía tiempo que había muerto; era un ser querido. Y amábamos esa fotografía, del mismo modo que amamos aquella persona, sobre todo porque era además la única fotografía que teníamos a modo de recuerdo. Por eso no nos desprendíamos de la foto, a pesar del terror que nos producía. Era como si desde el otro mundo deseara enviarnos un mensaje. O tal vez sólo se reía de nosotros; de hecho, en vida fue un bromista de aupa. El caso es que su rostro envejecía un poco cada vez que mirábamos la fotografía. Incluso la misma fotografía envejecía: su color amarillento y gris se acentuaba, ya sabéis, como sucede con las fotografías realmente antiguas —a pesar de que la habíamos sacado hacía apenas un año—. Un día, abrimos el cajón donde la guardábamos y vimos que su rostro había desaparecido del todo. Y de allí a poco, la misma fotografía comenzó a desaparecer, incluido el papel fotográfico. Y más adelante, comenzó a desaparecer el cajón donde

guardábamos la fotografía. Y para cuando nos dimos cuenta, también la habitación comenzó a desaparecer; y luego la casa; y luego la calle en donde estaba la casa; y luego el pueblo en donde estaba la calle; y luego... nosotros. «Historia del retrato de la fotografía que envejecía cada vez que se la miraba».

XXVII

A veces nos parece que todas las cosas empiezan y acaban, y que todo eso sucede siguiendo una secuencia digamos lineal. Pero no señor. Eso no siempre sucede así. Hacemos mal en fiarnos de lo que los ojos nos muestran. Y aún peor hacemos, al dejar los recuerdos nostálgicos acerca de nosotros mismos en manos de nuestra memoria en teoría histórica —o genealógica—. Así, el objetivo nada fácil de este número embrujado no es sino aclarar, por ejemplo, cuáles son los pensamientos que tenemos cuando nos hallamos todavía en el vientre de la madre. Los sabios filósofos de la antigua Grecia sabían desde hacía mucho que el primer pensamiento —que no debe confundirse con el pensamiento único— surgía en ese momento de nuestra existencia. El primer pensamiento es el que digamos va a aglutinar todos nuestros pensamientos futuros. Algo así como el *pensamiento madre*. El tronco de todos los pensamientos. La trama de todas las tramas que comenzaremos a desarrollar a partir de nuestro nacimiento. ¡Sí! ¡Saltar de un pensamiento a otro! ¡Perfeccionar la siguiente conducta —pues la base de toda conducta, postura o resto de toda ideología es consecuencia de un salto de pensamiento—! Ese conglomerado de pensamientos originario e irreplicable y único se realiza por primera y última vez en el vientre de la madre, de tal modo que cuantos pensamientos vayamos a tener de ahí en adelante no son sino el reflejo patético de ese pensamiento. «Historia del primer pensamiento creativo llevado a cabo cuando aún estábamos en el vientre de la madre».

XXVIII

El hombre conversaba con una piedra. Y aunque parezca mentira, a nadie se le hacía raro; muy raro, al menos, no. Su conversación era un poco monótona, en apariencia aburrida, como si estuviera rezando. A veces, acariciaba la piedra con la mano y en determinados momentos se ponía de rodillas en el suelo y la besaba. Luego, fue hasta el coche que tenía aparcado no muy lejos de allí, sacó algunos trastos del maletero y regresó al lugar donde estaba la piedra —trayendo consigo dos litros de agua, detergente y un par de trapos viejos—. Comenzó a limpiar la piedra con tesón. Era una piedra lisa, bien pulida, y tenía algunas inscripciones escritas en alguna de las numerosas lenguas del planeta tierra. Cuando acabó de limpiar la piedra, recogió todos los trastos, los llevó otra vez al automóvil y regresó al lugar en el que estaba la piedra —portando en esta ocasión un vistoso ramo de flores—. Tras colocar las flores sobre la piedra del modo más pulcro posible, retomó su plática, su conversación con la piedra... casi similar a un rezo. Por último, sin reparar en la lágrima que resbalaba por su mejilla, se alejó de la piedra. Y tras subirse al coche y poner el motor en marcha, fue poco a poco dejando atrás el letrero que en letras grandes tenía escrito "CE-MENTERIO". «Historia del hombre que conversaba con una piedra».

XXIX

Estaba muerto pero no entendía nada. Siempre creyó que algún día tocaría la lira con los ángeles, si se portaba bien... Y allí estaba ahora, convertido en un ratón temeroso e insignificante. Sabía que estaba muerto, pues era absolutamente consciente de su muerte —no era tonto, desde luego—. ¡*Joder!* exclamó con rabia.

¡Pero si soy un ratón! Y por un instante, le vinieron a la mente los cepos, los venenos y los gatos. Y entonces se dio cuenta de que aquellos temores no eran genéticos, sino que formaban parte de recuerdos que había vivido antes. Eso mismo le sucedería a todo el mundo, pensó. Pero, al igual que en la vida anterior, no tenía de ello la certeza absoluta. Lo cual le daba también su encanto a la nueva situación... En fin, era un ratoncillo y tenía hambre —en ese sentido, nada había cambiado sustancialmente, *hay que alimentarse, amigo*—. Así que miró alrededor, por si veía alguna cosa que comer... Estaba en medio de un campo; es decir, que era un ratón de campo. O sea, una *bestia*, y no uno de esos infelices ratones de ciudad. Se movía con agilidad y rapidez. Pero de repente, creyó ver algo que se movía más rápido que él. Y antes de que se diera cuenta, estaba preso en las garras de una lechuza y de camino al nido en donde le esperarían unos cuantos polluelos hambrientos... Súbitamente sintió un fuerte golpe en la nuca —el pico de la lechuza es duro y afilado— y perdió el conocimiento. Cuando abrió los ojos, vio con infinito asombro que se movía arrastrándose por el suelo. Era de noche y se movía en zigzag; y además, sabía lo que se hacía. Iba en busca de comida y podía ver dónde se encontraba la presa con tanta claridad como si fuera de día. Sacando una y otra vez una lengua larga y partida en dos, aliada con el viento, no tenía mayor problema en averiguar el lugar exacto en el que su víctima se hallaba. Sí, estaba escondida tras una piedra; también ésta había descubierto su presencia. Pero no tenía escapatoria; la atraparía, la mataría y luego se la comería. Se diría que todo ese proceso de metamorfosis le había empezado a gustar... Era divertido. Además, eso le aseguraba la inmortalidad. Y no es poco... ¿Qué le tocaría ser en la próxima vida? ¿en eso consistía entonces la eternidad? ¿y Dios? ¿en dónde estaba Dios? ¿pero, qué le importaba a Dios un ratón, una culebra, una abeja...? Justo cuando iba a atrapar a su presa, oyó un batir de alas y sintió con la rapidez del rayo cómo las poderosas garras del águila se

clavaban inmisericordes en su blando cuerpo de culebra. *Uf, así no hay manera de llenarse el buche...* dijo antes de morirse de nuevo. «Historia del hombre que luego de morir se transformó primero en ratón, luego en culebra y luego vaya Vd. a saber en qué».

XXX

Caminaba borracho como una cuba por las inmensas calles de Nueva York. La gente, acostumbrada a ver borrachos, apenas le prestaba atención. Son miles los indigentes alcoholizados que pululan en el paisaje gris y de cemento de la impresionante Nueva York. Era un borracho más y al mismo tiempo único, en su existencia propia e intransferible. Hermosas, esbeltas y elegantes mujeres pasaban a su lado conteniendo la náusea y el temor; los hombres, afanados en sus asuntos y bien encorbatados, le hacían pensar si acaso no se habría vuelto invisible. Dio un buen trago a la botella. Aún le quedaban algunas monedas con las que comprar una botella de coñac barato. Amaba Nueva York; tal vez, tanto como el alcohol. Conoció desde pequeño el placer de beber... Supo del alcohol ya cuando estaba en el vientre de la madre, porque al igual que él fue una alcohólica. Casi ni la conoció. Tomaba por madre a las enormes y violentas calles grises de Nueva York. A veces, olvidando su edad, recorría los barrios pronunciando una y otra vez una palabra: *madre*. Y entonces, le parecía que todas las botellas de Nueva York le eran insuficientes para apagar su sed. Un día, una de esas mañana heladas de invierno, bajo unos cartones, unos niños que jugaban encontraron su cadáver. Los niños, más que pena, sintieron curiosidad. De hecho, en toda la inmensa ciudad de Nueva York nadie sintió pena por la muerte del viejo borracho. La vida, a veces, es así: una soledad brutal, como una botella sin fondo. «Historia del borracho que vivía en las calles de Nueva York».

XXXI

Los perros de los alrededores del cementerio siempre ladraban a las noches. La razón de ello no estaba muy clara, a pesar de que según creen algunos es cosa normal que los perros ladren de noche. Pero a nosotros no nos interesan las cosas vulgares; de lo contrario, ni escribiríamos ni leeríamos. Además, el misterio nos atrae. Es decir, el morbo. Por otro lado, ¿por qué no habría de haber alguna razón ligada a lo sobrenatural...? Tal vez, los perros tenían alguna suerte de sexto sentido y se apercebían de algo que para nosotros pasaba inadvertido. Quién sabe... El caso es que los perros de los alrededores del cementerio ladraban durante la noche. Y la gente del pueblo, a esas horas de la noche, trataba siempre de estar lo más lejos posible del cementerio. ¿Sabéis? A mí no me gusta hablar de estas cosas, se me pone la piel de gallina. Así que, si no os importa, otro día seguiremos hablando de esto. «Historia de los perros que de noche ladraban en los alrededores del cementerio».

XXXII

Cuando acabó de hacer los últimos cálculos, el hombre quedó pensativo. Había pasado treinta largos años buscando aquella fórmula; y ahora que había conseguido al fin dar con ella, no podía decir que estuviera contento. La fórmula universal para predecir el día, hora y últimos instantes de nuestra muerte era por fin una realidad, y él era el protagonista de uno de los descubrimientos más importantes de este siglo. Sin embargo, no estaba contento. Había en esa fórmula algo que... algo que acabaría con las ilusiones de cualquier mortal... Ahora ya sabía cuándo moriría exactamente, en qué año, en que día, a qué hora... Era capaz de imaginar por medio de complicadas fórmulas matemáticas los

últimos instantes de la vida de cualquier persona. ¡Era el primero! ¡el primero en conseguir una fórmula matemática de ese cariz! ¡levantarían estatuas en su honor! ¡su nombre aparecería en todos los libros de texto del planeta! ¡tendrían noticia suya en las ciudades más importantes y en los pueblos más humildes del planeta! Pero no estaba contento, no. Algo en su interior le decía que estaba equivocado; y que probar de algunos frutos acarrea tanta desgracia e infelicidad como el conocimiento de determinados secretos. Miró sus manos; miró también su rostro en el espejo; miró el papel que contenía la fórmula mediante la cual podía adivinarse el año, el día y últimos instantes de la vida de una persona; la leyó una vez más... Entonces, dio fuego al cuaderno en el que estaba escrita la fórmula; y se quedó mirando cómo ardía lentamente bajo las llamas. Y cuando se levantó, se dio cuenta de que no se arrepentía lo más mínimo de lo que había hecho. Lo único de lo que se arrepentía es de haber puesto en práctica la fórmula consigo mismo. «Historia de la fórmula que servía para adivinar la fecha y últimos instantes de la vida de todas las personas».

XXXIII

Era ciego. Siempre fue ciego. Soñaba con la luz del sol, con los colores. Incluso los imaginaba; o, al menos, lo intentaba. Pero, es tan pobre la imaginación, comparada con la realidad. Quería ver, ¡ver! Daría cualquier cosa, por ver el arco iris aunque sólo fuese por diez segundos. Y trajinando en ello estaba, inmerso en sus tristes y oscuros pensamientos, cuando he ahí que se le apareció una bruja. Sí, una bruja de verdad. ¡Quién hubiera dicho que realmente existían! Pero así es el mundo, una caja de sorpresas. La bruja le propuso un trato: ella le daría dos ojos; dos hermosos ojos que le permitirían saber cómo era el mundo de los colores, de las imágenes. Le daba incluso la oportunidad de elegir el color de sus ojos. A cambio, el ciego entregaría a la

bruja su alma una vez muerto —ya siento demostrar tan poca originalidad en lo que se refiere al trato, pero es que siempre se pide lo mismo en los pactos con el diablo o con sus mandatarios: el alma del muerto y todo eso, ya sabéis...—. El ciego no se lo pensó dos veces. Quería ver el mundo, conocer los colores, el arco iris, el brillo del sol, el azul del mar, el verde de los montes, el gris de las piedras, el óxido del hierro... La bruja le dijo que contara hasta diez y que abriera entonces los ojos. Y el ciego así lo hizo. Uno, dos, tres... Contó diez y abrió los ojos y por primera vez pudo ver el mundo tal y como era, y los colores, y el rostro que el espejo le devolvía, y las formas y tintes de cuanto le rodeaba... Pero las brujas siempre son unas pérfidas. ¿Sabéis dónde le puso los ojos? Pues... ¡en la nuca! Sí, los dos ojos que habrían de valerle para conocer el mundo se los colocó en la nuca, la muy... Si es que hay que estar loco, para fiarse de una bruja... «Historia del hombre ciego a quien, tras hacer un trato con una bruja, le salieron dos ojos en la nuca».

XXXIV

Estaba perdido: los tiburones cada vez estaban más cerca y mostraban mayor confianza y osadía. Dentro de poco, sólo quedarían de él unos trozos aquí y allá. Y eso, con un poco de suerte... Fue entonces cuando pasó por su cabeza el recuerdo de su madre, y algunos pasajes de su infancia, y el hijo a quien no veía desde hacía dos años, y los hijos de éste —que prácticamente ni conocía—, y la esposa de quien se había separado hacía cuatro años, y de su padre fallecido hacía ya una eternidad, y del primer coche que se compró —un infame cacharro de segunda mano—, y la primera noche en la que anduvo de putas, y la primera mujer a quien amó de verdad, y la segunda y la tercera, y aquel vecino a quien tanto apreciaba, y aquel otro a quien tanto odió, y los malos tratos sufridos de pequeño en la escuela, y el

segundo coche que se compró —un discreto automóvil de primera mano—, y el piso del que fue propietario, y de cuando pintó el balcón, y los amigos de una época, y los amigos de otra época, y los de otra, y de aquella vecina que murió —siempre le pesó no haber ido a los funerales—, y también se acordó de todos sus tíos y tías, y del perrito "Lagun", y vinieron a su memoria de sopetón un sinfín de cosas que hacía años ya no recordaba, las Navidades pasadas con la familia y las que pasó solo, y cuando se marchó a Inglaterra, y cuando se marchó a París, y cuando deseaba a las mujeres inútilmente, y la amargura que ello le producía, y su primera amante, y la segunda y última, y... «Historia de los recuerdos que pasaron por la mente de un náufrago antes de ser devorado por los tiburones».

XXXV

En vida siempre fue una auténtica bestia. A saber cuántas personas había matado, cuántos robos había cometido, cuántas violaciones, cuántos actos violentos... Los jueces decidieron condenar a muerte a aquel hombre sobre quien los crímenes se acumulaban fantasmagóricamente. Y en el corredor de la muerte, la terca pregunta de siempre: *¿Y ahora qué?* Algo así como preguntar al cielo *¿por qué?* Preguntas... Preguntas apagadas, preguntas abrasadas en el eco de un órgano; el ciervo que sueña con la libertad, antes de caer en las fauces de los perros. Pero nuestro asesino nunca fue ciervo, sino perro de presa. Un asesino peligroso. Tal vez, se lo tenía merecido. Sabe Dios... Allá estaba, en el corredor de la muerte, dando sus últimos pasos, hilvanando sus últimos pensamientos que le daban tiempo para arrepentirse o tal vez una razón para perdonar, acaso... El tiempo parecía haberse detenido en aquel corredor, y haberse vuelto infinito. No, él no era un preso más. En su conciencia —si es que la tenía— se acumulaban demasiadas atrocidades... Y un día el co-

redor llegó a su fin —no era, pues, infinito— y apareció ante él la silla eléctrica. Le dio un poco de risa, ya que realmente era ese mismo artefacto diseñado para el descanso y el confort. Se sentó, permitió como un niño obediente que le ataran las correas y cuando el sacerdote terminó con sus rezos cerró los ojos. [...] *Ya está*, dijo para sí. Estaba muerto. Trató de mover las manos. Todavía tenía conciencia de su existencia física. Pero no pudo; no tenía manos, ni pies. O sí; sí que tenía todo eso. Pero no como nosotros. Su cabeza, sus miembros, su cuerpo, toda su complexión física no era la de un ser humano, sino la de un animal. Se había convertido en un animal —en un animal peligroso—. Era una cobra; una malvada, vengativa y peligrosa cobra que silbaba su rabia en medio del desierto. Y antes de que perdiera toda conciencia de sí mismo, aún pudo recordar por última vez su nombre. «Historia de un malvado asesino convertido en animal salvaje».

XXXVI

Aquel hombre era el más justo de este mundo; aquel otro, el más injusto. Ambos eran las dos caras de una misma moneda. Justicia e injusticia, moralidad e inmoralidad... Qué vanas son las palabras, cuando por un momento quedan detenidas en el aire... Debido a una gran explosión surgió otra galaxia en nuestro universo. Pero los científicos no sabían que había otros universos, además del nuestro. Creían que en nuestro universo las galaxias eran poco más o menos que infinitas; sin embargo, no sabían que también los universos eran poco más o menos que infinitos. Y un día dos seres humanos surgieron en nuestro planeta, el uno honrado y el otro malvado. Y, ¿sabéis una cosa? Ambos tuvieron un mismo destino. En apariencia, al menos... Pero no seamos pesimistas; eso no quiere decir que dé lo mismo ser un cabronazo o no serlo. El universo nos implantó un mecanismo especial en nuestro interior; y aunque no

seamos capaces de ver ese mecanismo, sí que podemos sentirlo. Y quien con eso no tiene suficiente, no sabe en qué consiste el universo; no sabe que el universo es realmente infinito; no sabe nada. *Sin embargo, la muerte aniquiló tanto a uno como a otro.* Sí, eso es cierto. ¿Y...? «Historia del hombre honrado y la del hombre malvado que la nada convirtió en nada».

XXXVII

Ahora estaba muerto... ¡Ah, cómo deseó en vida tantos y tantos placeres...! ¡Y cómo la vida se los negó todos, uno por uno...! Pero al fin estaba muerto; y muerto halló multiplicados por dos todos los placeres que en vida le fueron negados. Qué agradable era estar muerto... ¡Quién lo iba a decir! Pero así era, sí señor. Si lo hubiera sabido, se hubiera suicidado hacía treinta años, ¡ya lo creo! Pero claro, ¿quién le iba a decir que tras la muerte encontraría tal cantidad de placeres...? Algunas cosas son imposibles de imaginar, hasta morir. En eso consiste el gran secreto; en realidad, vivimos para ese secreto... ¡Cuántos placeres! ¡cuánto sexo! ¡cuántos orgasmos inacabables! Aaaah, qué grato era estar muerto... Estar muerto es resbalar en una suerte de orgasmo que no tiene fin. Y caer, caer... sin detenerse nunca, nunca... La muerte es paroxismo, placer inmenso; es cuando el sexo se convierte en realidad... Ven, lector; no aguardes más; ha llegado el momento; ésta era la religión; la religión del placer, la religión hedónica. Ha llegado el momento del sexo... No, no tengas prisa si no quieres. Cada cosa a su tiempo... A su tiempo... «Historia del hombre honrado que una vez muerto halló el placer sexual más satisfactorio imaginable».

XXXVIII

Cada uno tiene su propio camino para alcanzar la inmortalidad, sea con mayor o menor éxito. He ahí cómo algunas personas acometieron la tarea de crear las obras de arte más bellas; he ahí cómo otros llevaron a cabo las acciones más heroicas, cobardes, virtuosas o crueles —porque es cosa sabida que en este mundo hay sitio para todos y para todo tipo de acciones—, uniendo así sus nombres a la inmortalidad. Sin embargo, puede decirse que a fecha de hoy nadie —excepto las divinidades— han logrado alcanzar la verdadera inmortalidad; o más que la "verdadera", digamos mejor una inmortalidad "obvia" —que también podríamos llamar inmortalidad física—. Sin embargo, pocos saben que hubo un hombre que llegó a alcanzar la inmortalidad obvia, y que lo hizo además en nuestro *modelno* y supertecnológico mundo. ¿Cómo lo consiguió? Pues de un modo tan fácil como sorprendente: viendo la televisión. Sí, habéis entendido bien. Consiguió la inmortalidad viendo la televisión. Pero era una televisión especial: de un único canal. Tenía solamente un canal. Al parecer, en aquel canal se habían concentrado, apilado, sintetizado todos los canales que en el mundo existen, absolutamente todos... Y desde entonces, el hombre permanecía frente al televisor, sin envejecer, sin padecer hambre ni sed, sin sentir nada —al menos en apariencia—. Y así seguirá hasta el fin de los tiempos. «Historia del hombre que consiguió la inmortalidad sentado frente a su televisor».

XXXIX

La enorme elefanta africana palpó con la trompa el esqueleto que yacía en la tierra. Enseguida se aperció de que era el esqueleto de un tío suyo, hacía tres años abatido en aquel mismo lugar por los disparos de cazadores furtivos. En esos tres años la manada no había vuelto a pesar por allí, ya que desde entonces consideraban el lugar como zona peligrosa. Además, la responsabilidad de todo el grupo era suya, y debía ser prudente.

te... Sí, en aquel esqueleto aún estaban adheridos los olores de quien había sido miembro de la manada y familiar suyo. Valiéndose de las finas y delicadas membranas de su trompa olisqueaba una y otra vez los huesos: primero el cuello, luego las piernas, luego la zona media... Al fin, levantó la enorme, bella y sabia cabeza, extendió sus enormes orejas como abanicos y con toda la fuerza de sus pulmones lanzó una llamada que llenó de emoción la sabana Africana. Luego, poco a poco recobró la tranquilidad y marchó a reunirse con la manada. Por la noche, en el lugar no quedó más que el esqueleto del elefante, la sombra de una hiena rondando el lugar y alguna que otra sombra huidiza... «Historia del elefante que se detuvo ante el esqueleto de un antepasado de su mismo clan».

XL

La charla del árbol provocaba a su alrededor algo parecido a un murmullo. En un principio, parecía que sólo era el ruido del follaje mecido por el suave viento. Pero no; no era ni el follaje ni el viento ni el ruido que siempre hay en la naturaleza; sino una voz de verdad. El árbol hablaba. Es difícil determinar por dónde hablaba: por la parte del tronco, por cada hoja, por las raíces ocultas bajo tierra o por las largas ramas cubiertas de verdes hojas. Su voz era un poco sonora, como un sonido gutural hueco, y con un toque misterioso... Y os parecerá una tontería, pero las piedras de los alrededores, las briznas de hierba, el agua del arroyo... ¡era como si le escucharan! El árbol hablaba sin interrupción, aunque yo sólo conseguía entender palabras sueltas, tales como: "minerales", "veta", "fuego", "caliza", "agua", "hierro", "aire", "universo", "origen", "quietud", "átomo", "movimiento", "infinito", "futilidad"... Por desgracia, hablaba con rapidez tal que incluso me provocaba mareos, de modo que sólo alcanzaba a en-

tenderle palabras sueltas. «Historia del árbol que habla».

XLI

Era una hacha embrujada; manaba de ella una fuerza invencible e indomable. Y era cruel y malvada. El hierro recién afilado brillaba con soberbia, y al último que la había poseído le proporcionaba una fuerza especial... Se trataba de una hacha que había sido poseída por muchas personas; de ellas había recibido la fuerza y el valor. Y también la inteligencia. Porque era una hacha inteligente. Pero su inteligencia no estaba bien encaminada, hasta el punto de haberse convertido en un utensilio de aviesas intenciones. A saber a cuántos había asesinado, pues ésa era precisamente la maldición del hacha: mataba a quienes la poseían y los cortaba en pedacitos. La gente tenía noticia del embrujo. Pero cuando la encontraban clavada en el tronco de algún árbol de los alrededores, tan pacífica y radiante, no sé cómo decirlo pero el caso es que tarde o temprano alguien la cogería por el mango y ya no volvería de nuevo a soltarla, hasta que una mañana aparecía descuartizado en cualquier lugar. En cuanto al hacha, volvería otra vez a aparecer de allí a poco clavada en el tronco de algún otro árbol de los alrededores, reluciente, límpida, sin rastro alguno de sangre, aguardando... «Historia del hacha embrujada que descuartizaba a quien la poseía».

XLII

Cuando levantó la copa y se la acercó a los labios, sabía que aquella era la última vez, que no habría de llevarse nunca más otra copa a sus labios. Hacía ya meses que el cáncer lo devoraba por dentro (meses de agonía, que no hicieron sino acrecentar su deseo de acabar de una vez para siempre). Atrás quedaban las

duras sesiones de quimioterapia, el asombro de los primeros instantes, la esperanza... Atrás quedaba una vida entera, una vida que tan solo él era capaz de entender o de no entender —la infinita hilera de recuerdos que conformaban la telaraña de su vida—. Atrás las lágrimas, la amargura de los seres queridos, la vanidad, la frustración, los éxitos y los fracasos y los bonitos planes que tenía hechos. Pronto le subirían al hospital, en donde acabaría sus días. Contempló el borde de la copa y el champán aún burbujeante, y tocó el borde con los labios y cerró los ojos, y alzando la copa ante su imagen reflejada en el espejo, mudo, sin pronunciar palabra, con una torva sonrisa en su rostro, brindó, acaso por su eternidad... «Historia de los labios que vaciaron la copa de champán por última vez».

XLIII

No podía afirmarlo con certeza absoluta, pero juraría que algo había cambiado en el cuadro. Lo había recibido hacía poco y es por eso que no estaba seguro de si había cambiado o no... Por si acaso, decidió prestarle atención, por si acaso... Era un paisaje: tierras de labor, unos campesinos, el sol, las nubes, un perro... No era nada del otro mundo, es decir, no se trataba de una gran obra de arte. Ni siquiera era obra de arte; era tan solo un humilde cuadro que una tía suya aficionada a la pintura y muerta hacía poco tiempo le había regalado. Pero él había querido a su tía y por tanto también quería el cuadro que le regaló. Sí, ahora no tenía duda: el cuadro cambiaba. Por ejemplo, el sol que antes se veía tan bien aparecía ahora semiescondido entre las nubes; y un poco más tarde, completamente oculto. O los campesinos, que antes eran tres, dos hombres y una mujer, y que de allí a poco pasaban a ser dos mujeres y un hombre; y al día siguiente aparecía un hombre, pero era otro, no el del día anterior. Y así podría mencionar mil ejemplos, puesto que los cambios no cesaban jamás. Aunque no

sabía qué provocaba los cambios, sí que sabía una cosa: que cada vez que mirara al cuadro, hallaría un nuevo cambio. «Historia del cuadro que sufría una modificación cada vez que su dueño lo miraba».

XLIV

La gente iba en romería a aquel lugar. Y tras ponerse de rodillas, doblaban el espinazo y pegaban la oreja al suelo; o mejor dicho, ponían el oído en un pequeño agujero excavado en la tierra. Luego, durante un espacio de tiempo difícil de medir se quedaban allí, como escuchando. Porque, en verdad, ¡algo oían! Todos afirmaban que el agujero les hablaba (aunque sólo era un pequeño agujero hecho en la tierra, un agujero pequeño...). ¿Y qué cosas le contaba a la gente...? Bueno, pues, para empezar, hay que decir que a cada persona le contaba algo diferente; nunca contaba lo mismo a dos personas —pero nadie te diría qué le había contado—. Eran secretos, revelaciones que nunca se repetían, todas ellas enlazadas al origen y evolución del cosmos, aunque cada uno llevaría su secreto hasta la tumba. Durante largo siglos el agujero siguió allí, en la tierra, recibiendo las visitas periódicas de los romeros, así hasta que las visitas fueron poco a poco haciéndose menos frecuentes. Y transcurrieron cientos, miles de años; y el agujero de la tierra se convirtió en mito, en leyenda; hasta que llegó a perderse en el torbellino del tiempo su situación geográfica exacta. Luego, se perdió la propia leyenda, el mismo mito... «Historia del pequeño agujero excavado en la tierra».

XLV

Quería dar una sorpresa a su hijo. Así que entró en la tienda de caramelos y comenzó a mirar en las estanterías: chicles, chocolatinas, caramelos de todas cla-

ses, chupa-chups, un montón de gominolas, regaliz rojo y negro, donuts, patatas fritas, "croqui-chip's", pepitas, maíz tostado, cacahuetes... Uf, allí había de todo. No era fácil decidirse entre tantas cosas, no... Pero, en una balda un poco separada del resto, leyó un cartelito que decía "Globos gigantes". ¡Estupendo! Y había además un montón de globos gigantes, de todas clases y colores. Pero él eligió el que tenía el rótulo de "El superglobo gigante". Y cuando llegó a casa, como el niño todavía no había regresado de la escuela, comenzó a inflarlo. ¡Dios mío, era imponente! Creía que los pulmones le iban a estallar. Así que siguió adelante, inflando más y más el globo, casi sin tomar aliento, agotado, a punto de asfixiarse. ¡Ay! gritó de repente. No preguntéis cómo sucedió, porque ni yo mismo lo sé, pero el caso es que... ¡se cayó dentro del globo! Así es, súbitamente vio con horror que había caído dentro del globo. Y justo en aquel instante regresó su hijo de la escuela y al abrir la puerta de la calle se formó una gran corriente de aire que elevó el globo y lo hizo salir por la ventana, llevándose consigo al infeliz padre. Y nunca más supieron más de él. «Historia del individuo que quedó atrapado dentro de un globo».

XLVI

¡Ah, sí, qué agradable era ahora ver la televisión! Estaba estropeada. Sí, habéis oído bien. La televisión no funcionaba porque se había averiado. Pero eso no era lo más extraño; lo más extraño era que el hombre la había comprado ya así, estropeada. El vendedor al principio no le entendió bien; tuvo que preguntarle varias veces. Pero no había duda, aquel hombre quería una televisión que no funcionara. Y además, de buena marca: pantalla plana, canales franceses², canal plus y canal

² En muchos lugares del País Vasco se pueden ver sin problemas los canales franceses (ni qué decir en la zona norte del país).

minus... En fin, algo de ca-te-go-rí-a. Sin embargo, estaba hasta el gorro de las programaciones televisivas. Los mejores programas le parecían una auténtica basura. Nosotros, los humanos, somos animales de costumbre. Así que, luego de pasarse tantos años viendo la televisión, nuestro hombre necesitaba de la presencia *física* de la tele para sentirse a gusto. Por tanto, colocó allí su maravilloso televisor, para tener ante sí en todo momento la pantalla negra y gris. Y tras pulsar el botón *On* del mando a distancia, se sentaba cómodamente en el sofá. A veces, pulsaba los botones del mando, como si se entretuviera en cambiar de canales —fue un forofó del *zapping* en su tiempo—. Cualquiera que hubiese visto su rostro hubiera jurado que *realmente veía* la televisión. «Historia del hombre que compró a propósito una televisión estropeada».

XLVII

Toparse en la calle con La Muerte no le causó asombro, pero sí gran nerviosismo —como siempre le sucedía cada vez que se topaba en la calle con Ella—. Cada persona tiene su propia Muerte. Quiero decir que La Muerte cambia de cara y de físico —y tal vez incluso de sexo— según sea La Muerte de esta o de aquella persona. Por lo general, cuando la muerte de alguien que conocemos está próxima, entonces comenzamos a toparnos en la calle con La Muerte que corresponde a esa persona. Y cuando dicha persona muere, entonces no volvemos a ver nunca más en la calle a La Muerte que correspondía a esa persona. Para poder encontrarnos con La Muerte de alguien, en primer lugar es imprescindible que se trate de una Muerte —pero todas Las Muertes son las mismas— que corresponda a una persona importante para nosotros (una persona querida). Si no, es imposible ver su Muerte. Aún así, es posible que muchas de las personas con las que nos topamos en la calle no sean sino Las Muertes de otras personas desco-

nocidas para nosotros —eso no lo sabremos nunca—; pero *las nuestras*, las que distinguimos como Muertes propias, éstas solamente las distinguiremos cuando sean las Muertes de personas amadas. Aunque parece complicado, la cuestión es bastante simple —tal y como lo es la existencia—. Estas Muertes se reconocen enseguida por la *particularidad* que emanan. Es difícil explicarlo, casi siempre te das cuenta instintivamente. Pero todas tienen una característica en común: en su rostro podemos siempre advertir algún pequeño detalle que delata su perturbación mental (perturbación que incluso en su forma de andar se pone también de manifiesto). Luego el corazón te dice sin lugar a error que esa persona con la que te topas en la calle frecuentemente es La Muerte de X, y por tanto, que esa persona querida dentro de poco morirá —porque ése es precisamente el significado que tiene topar La Muerte de alguien: anunciar, preconizar su muerte próxima. «Historia de La Muerte que, cuando un ser querido va a morir, adquiere apariencia humana y con frecuencia nos topamos en la calle».

XLVIII

Desde que surgió la aldea habían transcurrido ya miles de años. Una pequeña aldea aislada, sin rastro de civilización alguna que la hubiese rodeado nunca. Seguramente, una de esas pequeñas aldeas de campesinos surgidas casi al principio de todo: doce chabolas más o menos, rodeadas de un muro, y nada más. De vez en cuando aparecía algún utensilio: una ánfora de barro que otrora sirviera para acarrear agua, herramientas toscas para labrar la tierra (fabricadas mayormente en madera y piedra), armas primitivas... Era una pequeña aldea, que, perdida en medio de la inmensidad del universo, permanecía aún viva de alguna manera, ya que sus primigenios moradores seguían viviendo en aquellas chabolas haciendo frente al paso del tiempo. Aunque

permanecían invisibles para los hombres de ciencia, ellos seguían allí, en sus chabolas, labrando su tierra, fabricando sus utensilios. Y hay que decir que también para ellos resultaban invisibles los hombres de ciencia; y de hecho, nunca veían nada que pudiera salirse de su rutina diaria. Permanecían sin más en aquella ventana infinita colocada allí por el paso del tiempo, con todo su primitivismo, más allá de la historia, tal y como ha sucedido con todos los pueblos que alguna vez han existido sobre la tierra, porque lo que en verdad cambia no es la humanidad y su historia, sino la perspectiva que tenemos sobre esa humanidad y su historia. Quiero decir que deberíamos aprender a mirar de otra manera. Todo está ante nosotros; continúa sucediendo ante nosotros todo lo que sucedía hacía miles de años, y tal y como entonces sucedía. Sólo tenemos que aprender a mirar de otra manera, nada más. «Historia de los restos de una antigua aldea que tenía miles de años».

XLIX

Yacía tumbada sobre la tierra, tal y como su madre la trajo al mundo. Sobre la tierra de color marrón, su piel de color marrón resplandecía. Y entre sus piernas, en la zona del pubis, el triángulo mágico mostraba el camino en el que la naturaleza había construido su refugio. Del bosque cercano llegaba el murmullo del follaje. Pero ella, la joven y maravillosa mujer, permanecía inmutable. Parecía que también el bosque la vigilaba. ¡Qué hermosa estaba! Cuando abría los ojos, se podía escuchar el eco de la naturaleza. Y cuando echó a andar por el camino de barro, a cada paso que daba, su pecho espléndido y suave se movía y balanceaba de derecha a izquierda, arriba y abajo... como si compitiera en armonía con el universo. Luego, al pasar por debajo de un árbol, se agarró de una rama delgada pero resistente que sobresalía a poca altura del suelo y se suspendió de ella, los pies a unos pocos centímetros del suelo,

gozando de la ingravidez que le provocaba la tensión de su cuerpo, más allá de lo erótico, pura naturaleza, irrepetible. Tenía un nombre: Naomi Campbell. «Historia de una bella mujer llamada Naomi Campbell».

L

Las agujas del reloj permanecían siempre quietas, a pesar de que la aguja de los segundos continuaba insolente con sus habituales movimientos circulares. Si acercásemos el oído al reloj, escucharíamos su armonioso tictac. Pero las otras dos agujas, la larga y la corta (la aguja de las horas y la aguja de los minutos), esas dos permanecían siempre inmóviles. Y por tanto, el reloj mostraba terco la misma hora, una y otra vez. Sin embargo, el segundero no permanecía inmóvil; al contrario, avanzaba incansable. Resulta difícil describir la sensación que provocaba la visión del tiempo muerto. Era como contemplar desde fuera la evolución de la historia. O como, si luego de la vida, nos hubiese tocado visionar los acontecimientos desde el otro lado de la ventana. Aquel tiempo muerto todo lo atrapaba: nuestra mirada, los grandes y pequeños acontecimientos, el latido de nuestro corazón, las acciones que amábamos y las que odiábamos... El reloj, desde aquella inútil inmovilidad, propagaba su poder y nos envolvía a todos en una sensación gruesa y absurda. Recuerdo que un día lo llevé a una relojería para que lo arreglaran. Pero el relojero, tan pronto como vio el reloj, hizo con la cabeza un gesto negativo y me lo devolvió sin decir palabra, desapareciendo acto seguido tras la cortina que ocultaba su taller. Luego de hacer la prueba en todas las relojerías de la ciudad, no tuve más remedio que desistir y admitir que a mi reloj no le pasaba absolutamente nada, que funcionar lo hacía a las mil maravillas y que lo único que le sucedía era que siempre mostraba la misma hora. Pero no era culpa de mi reloj que lo hubieran construido de esa manera —de hecho, su inventor lo

había construido precisamente para que funcionara *de esa manera*—. «Historia del reloj que siempre mostraba la misma hora».

LI

Las noticias del día 7 de agosto de 1870 se repetían una y otra vez en el famoso periódico *La Voz de Todos*; sin embargo, las fechas de las cabeceras de las páginas eran las correctas. Desde la primera página hasta la última, todo aparecía siempre del mismo modo: la guerra encendida en algún lugar lejano, el accidente ocurrido en algún lugar cercano, las esquelas, anuncios, erratas... Todo. Pero la gente seguía comprando a diario el periódico *La Voz de Todos*, como si las noticias acaecidas el día 7 de agosto de 1870 hubieran sido realmente *inolvidables*. Los lectores se alegraban de leer siempre las mismas noticias. El pasado y el futuro de alguna manera se habían convertido en presente. En aquella repetición lineal y elíptica, la inmortalidad no era consecuencia de un sueño, sino cruda realidad sin más. El periódico alcanzó tal éxito que comenzaron a traducirlo a todos los idiomas. Y de allí a poco, en todos los periódicos de todos los países lo único que leían eran aquellas noticias, aquellas esquelas, aquellas erratas... No era globalización, sino eternalización. Sí, fue la eternidad lo que por fin hallaron los lectores: no consiguieron acabar con la antigua guerra, pero al menos consiguieron que no volviera a estallar ninguna otra; no consiguieron erradicar del todo la muerte, pero al menos ya sólo se morían aquellos que aparecían diariamente en las esquelas; etc. etc. Si eso no es la eternidad... ¿Y por qué las noticias del 7 de agosto de 1870 y no, por ejemplo, las del 13 de febrero de 1910? Pues porque alguna vez tenían que poner en marcha el invento, ¿no? En ese sentido, no eran más que las noticias de cualquier día cualquiera de cualquier mes cualquiera de cualquier año

cualquiera. «Historia del periódico que repetía a diario las noticias del día 7 de agosto de 1870».

LII

Estaba tan a gusto subido a aquel orgasmo... ¿Para qué bajar...? Además, él ya sabía qué le aguardaba ahí fuera: trabajo, sudor, aburrimiento, un miedo ancestral, desesperación... No, nunca bajaría de aquel orgasmo. Si eso era la muerte, entonces él quería estar muerto para toda la eternidad. Pero no estaba muerto, claro que no; simplemente, no podía bajar de aquel orgasmo, pero nada más. ¿Hasta cuándo...? Oh, ¿hasta cuándo dura el grito que se propaga en el espacio? ¿no se expande acaso hasta el infinito, al igual que el espacio sin fin? Y la voz que se extiende de forma ininterrumpida, infinitamente... ¿en qué se transforma? ¿en qué se transforma cuando llega al final de ese camino que no conoce un final —y eso en caso de que realmente consiga llegar hasta allí—?. En aquel orgasmo lo tenía todo controlado: su deseo, sus deseos carnales... El cuerpo, incómodo abrigo, lo tenía de sobra. Estaba traspasado por una fuerza mágica, como si hubiese encontrado el modo de no salir nunca de la cárcel de la juventud. Dentro de unos pocos días hallarían seguramente su cuerpo muerto; pero él para entonces ya sabía que estaba muerto, que el paraíso existía. Y ahora, subido a aquella ola de placer, debía acometer el entendimiento del universo e interpretarlo, descubrirlo, amoldarlo, gozarlo... «Historia del hombre que no consiguió bajar del orgasmo».

LIII

¡*Caramba!* exclamó. Por desgracia, era demasiado tarde: un recuerdo suyo salió volando por la ventana y no volvería a atraparlo nunca más. Algunos re-

cuerdos son así, digamos... huidizos. El hombre, por lo demás, permaneció allí obviamente apenado, mirando hacia aquel recuerdo que se alejaba para siempre —el recuerdo que se escapa no regresa jamás—. En realidad, la existencia de una persona está plagada de acontecimientos tales, y nada podemos hacer por evitar el destino de los recuerdos huidizos, porque ése es precisamente el destino del hombre: perder todos los recuerdos. De todas maneras, admitamos que cada vez que un recuerdo se nos escapa sentimos la mayor de las nostalgias. Y no penséis que es algo que pocas veces ocurre; por el contrario, sucede a menudo (aunque por el hecho de suceder a menudo no por ello se alivia la nostalgia, probando así que la rutina no tiene tanta influencia como algunos creen). Según los cálculos de los matemáticos, más del 98% de nuestros recuerdos se nos escapan para siempre, siendo tan solo un 2% el que permanece atado a nuestra memoria. En opinión de algunos entendidos en la materia, creamos al menos 60 recuerdos por segundo. Sin embargo, los seguidores del infinitismo niegan rotundamente esa teoría, arguyendo que también deberíamos contar las centésimas y las décimas, y eso —claro está— sería tan imposible como contar los granos de arena de una playa, ya que tanto los recuerdos como los granos de arena se hallan en continuo proceso de creación (¿la nada absoluta, tal vez?). En fin, no nos pongamos transcendentales, porque el mundo no merece tanto. «Historia del recuerdo que huyó por una ventana».

LIV

Siempre aguardó ese instante, temeroso al mismo tiempo de que algún día llegase... Se estaba muriendo, y ya no tenía esperanzas de salir con bien de aquella terrible situación, como si una ola gigante se hubiera tragado su fe. Pero tenía que haber una salida aún para escapar de aquel atolladero. Él sabía que aún

había una salida. Pero, ¿dónde? ¿dónde? Allá, en el lecho, aunque aún le quedaba tiempo para reflexionar, ese mismo tiempo —su tiempo— se iba agotando inexorablemente. El enfermo que permanece en la cama durante veinticuatro horas sabe bien cuántas cosas pueden llegar a pasar por la cabeza, cuántos lugares distintos —y lejanos— pueden llegarse a visitar sin salir del cuarto. Entonces, en un momento de lucidez, los ojos del enfermo brillaron. Y a continuación, se adentró en profundas reflexiones... de las que nunca más regresaría. Sí, lo había conseguido: había conseguido inmovilizar el tiempo. Ya nunca más volvería a morir; continuaría allá por los siglos de los siglos, vivo... Desgraciadamente, se le pasó por alto un detalle: puesto que en su agonía había conseguido detener el tiempo, su misma agonía también habría de alargarse hasta el infinito. Y eso es lo que le sucedió. El dolor, la debilidad, la frustración e invalidez... todo eso habría de llevar adherido para siempre a su inmortalidad, hasta el fin de los tiempos que nunca se acaban. Uf... «Historia del hombre que consiguió alargar hasta el infinito su agonía».

LV

Siempre había odiado a las personas de raza negra. Por eso, al hallarse ahora atrapado dentro del cuerpo y de la piel de uno de esos hombres negros, más que rabia (a fin de cuentas, ¿quién puede sentir odio hacia sí mismo?), sentía un asombro total. Así que los castigos de los dioses consistían en eso, ¿no? Como veis, las maneras en que los dioses castigan son tan infinitas como asombrosas. Al fin y al cabo, se trataba de castigos *ejemplares*. No buscaban la destrucción del pecador, sino su redención. Pues destruir es demasiado fácil, y además, todo el mundo sabe que a los dioses lo que más les gusta es crear, más que destruir. Por ejemplo, allí estaban los asesinos, condenados mil veces a ser víctimas; y los violadores, convertidos en mujeres y

violados mil veces en otras tantas vidas; o ricachones avaros sin escrúpulos, convertidos ahora en pobres de solemnidad en la India, en África; y por supuesto, los racistas tenaces tenían que hacer frente también a su castigo, convertidos en gente de raza negra y obligados por ello a sufrir toda clase de injusticias y humillaciones. Por suerte, la ira de los dioses no es eterna. Así, aún cuando los castigos pueden llegar a durar cientos o miles de años, al final los castigos son condonados y el pecador vuelve a recobrar la libertad. «Historia del hombre racista convertido en un hombre negro».

LVI

Desde que tenía dieciséis años trabajaba en aquella profesión. Su padre le enseñó el oficio; y a su padre el abuelo; y a su abuelo... Gravaba en las piedras de las tumbas los nombres y apellidos de los fallecidos, así como las inscripciones habituales, para que de esta manera no fuesen tumbas anónimas. Pero ya era viejo. Y con la ayuda de Dios, pronto se jubilaría. O, al menos, él así lo esperaba, es decir, que algún día se jubilaría. ¡Pero qué va! Los pequeños encargos de los amigos, las lecciones que debía dar al hijo, los compromisos surgidos de un día para otro... Aún jubilado, no podía dejar a un lado del todo su antiguo oficio. Le sucedía lo mismo que a quienes escriben libros: *Éste es el último; no volveré a escribir nada más*. Sin embargo, antes o después, no pueden reprimir la tentación de escribir. Y otro tanto le ocurría al hombre que hacía inscripciones en las lápidas de las tumbas. Un buen día nuestro grabador de tumbas se murió. Y para asombro de todo el mundo, su lápida no llevaba nombre ni apellido alguno, ni tampoco ninguna inscripción, fecha o lauburu³... Nada. Era la única lápida anónima de todo el campo santo, pues así se lo había pedido expresamente a sus familiares. Y

³ Esvástica vasca.

siendo ésta la última voluntad del difunto... «Historia de la lápida anónima».

LVII

El hermoso atleta griego hacía cientos de años que había comenzado a saltar por encima del foso de arena, y todavía no había acabado su salto, es decir, seguía en el aire sin alcanzar nunca el final de su impulso. No, el suyo no era un salto de miles o de millones de kilómetros. En realidad, ni siquiera había conseguido llegar todavía al otro lado del foso. Además, aún cuando alguna vez llegase a terminar su salto, nunca llegaría demasiado lejos, ya que el foso no medía mucho más de diez metros —y en cualquier caso nadie tiene, que yo sepa, capacidad para hacer un salto de miles o de millones de kilómetros, ni aún los atletas griegos—. Antes de saltar se concentró todo lo que pudo en el salto, porque no se trataba de saltar lo más posible, sino que lo más importante era el salto en sí, el salto, el vuelo casi, el momento en que se hallaría en el aire, y no finalizar nunca el salto, no alcanzar jamás el otro lado del foso, no llegar a caer nunca en el foso, permanecer siempre en el aire... Aun cuando la antorcha de aquellos juegos olímpicos hace ya muchos siglos que se apagó, todavía centellea el brillo de la antorcha. «Historia del atleta griego que realizó un salto eterno».

LVIII

Aquel arquitecto siempre proyectaba sus edificios con un *pequeño defecto*. A causa de este defecto, el edificio podía durar en pie tanto cien años como cien días o cien horas. Eso no lo sabía nadie —tal vez, ni el mismo arquitecto—. Sin embargo, la gente pagaba millones y millones de pesetas por vivir en uno de esos edificios. El asunto se había convertido en un fenómeno

social, y tenía absolutamente perplejos a autoridades y personas influyentes, así como a los intelectuales del país (aunque secretamente también ellos participaban en el fenómeno con igual o mayor pasión). El defecto podía estar en cualquier parte del edificio: en la infraestructura, en una viga principal, en una pared sin importancia vital... En cualquier sitio. Asimismo, las consecuencias podían ser de todas clases: que el edificio se desplomara de súbito, que una pared de alguna de las viviendas se viniera abajo, que en el suelo de un piso se abriera un boquete de repente, que las conducciones de gas se obstruyeran y tuviera lugar una explosión, que el balcón se partiera y cayera a la calle... No vayan a creer que se trataba de un mal arquitecto o de un arquitecto criminal; por el contrario, era un arquitecto de los mejores. Y el fallo que cometía en cada uno de los edificios era considerado como una verdadera obra de arte por los entendidos. Se necesitaba una gran destreza para realizar a propósito tales defectos; se requería una arquitectura de alto nivel y una gran inteligencia y creatividad. La gente amaba y admiraba a aquel arquitecto, ya que el hecho de vivir en uno de los edificios proyectados por él les acrecentaba, en general, las ganas y el deseo de vivir. «Historia del arquitecto que proyectaba edificios con un *pequeño defecto*».

LIX

La máscara podía aparecer en cualquier lugar: en el desierto, en la sabana africana, en la estepa de Mongolia, en los Apeninos de Italia, en el Midí Francés, en la Llanura Alavesa, en las Bardenas de Navarra o en la Selva Amazónica. En cualquier lugar, también en el barrio más corriente de tu ciudad o en el baldío más olvidado de tu pueblo. La máscara estaba embrujada, y se perdía en la noche de los tiempos debido al encantamiento que la poseía. Por las descripciones que de ella eran conocidas, algunos creían que podía ser del tiempo

de los etruscos; otros, sin embargo, la relacionaban con la cultura amerindia; y en opinión de otros... En fin, tantas conjeturas como cabezas⁴. Nadie que se pusiera la máscara podía conservar los ojos. De ahí que no hubiesen llegado más que meras descripciones de la misma. Porque quien la topaba no podía resistirse a la tentación de ponérsela; y una vez hecho eso, la máscara daba a su nuevo poseedor noticia de todo lo acontecido en el pasado, es decir, le contaba con todo lujo de detalles la historia de la humanidad, desde el principio hasta aquel instante —aunque algunos pensaban que en realidad se guardaba para sí la revelación del auténtico final—. Colocarse la máscara y poseer su sabiduría tenía sin embargo un inconveniente: en cuanto terminaba de contar la historia del mundo, la máscara clavaba sus agujones en los ojos del infeliz. Y éste, en medio de terribles dolores, se despojaba la máscara quedando ciego para siempre. A causa del shock sufrido, se borraba de su memoria casi toda la revelación de la máscara —de modo que al desdichado solamente le quedaba la *sensación* de haber conocido al completo la historia de la humanidad—. En cuanto a la máscara, desaparecía sin dejar rastro, hasta que de nuevo volvía a aparecer en cualquier lugar del mundo. «Historia de la máscara que daba noticia de todo el pasado de la Humanidad».

LX

Veinticuatro horas o veinticuatro años, qué mas da. El intervalo que va desde el 0 hasta el 4 se prolonga sin cesar en el espacio, hasta el punto que acaba resultando placentera la exploración de todos los recovecos del universo. Pero, ¿y qué os parecería si os diera noticia de un individuo que en apenas veinticuatro horas nació, creció, se hizo hombre, envejeció y murió? Desde luego, veinticuatro horas... ¡dan para mucho! Cierta-

⁴ Alusión cómica al refrán vasco "Zenbat buru, hainbat aburu" ("tantas cabezas, tantas opiniones")

mente, el tiempo es mágico —por el número que lo compone, claro está—. Decidme cuántas cosas pueden hacerse en veinticuatro horas: crear un ser humano, matar un ser humano, mirar al cielo, atarse los cordones de los zapatos... El tiempo es el intervalo transformado en espacio que nos provoca picor en algún sitio, y nosotros ahí en medio, como si fuésemos unos bocatas, no sé, de... limón. «Historia del individuo que nació, creció, se hizo hombre, envejeció y murió en tan solo veinticuatro horas».

LXI

Hombre, caballo y meteorito: esos eran los tres destinos que conocía aquel ser vivo. Tres destinos realmente distintos, pero completamente suyos. No podría decir cuál de ellos le gustaba más. Aunque el hecho de plantear la posibilidad de que alguno pudiera gustarle más que los otros dos hubiera sido ya enfocar mal las cosas. Eran tres destinos, como vínculos a la vida. Cuando era meteorito, atravesaba el espacio con una sed de saber que nunca se le agotaba; cuando era caballo, atravesaba la llanura embriagado con el eco que provocaba su trote; y cuando era hombre, la emoción que le producía saberse el último eslabón de la naturaleza no podía compararla a ninguna otra emoción más intensa. Tres destinos, que a veces vivía de uno en uno y otras los tres a la vez —puesto que las cosas no siempre se suceden de un modo lineal—. Por ello, cuando vivía los tres destinos de golpe, se sentía como una ola del océano o como las tranquilas aguas de un riachuelo. Y entonces, en cuanto meteorito que era, golpeaba la tierra con furia al caer; y en cuanto caballo que era, su mirada infundía pavor; y en cuanto hombre que era, reflexionaba acerca de la muerte. «Historia del ser vivo que tenía tres destinos diferentes».

LXII

Cuando le mirabas, descubrías algo en él que te ponía el corazón en un puño. A pesar de que sólo tenía tres años, te dabas cuenta de que la criatura lo sabía todo. No hablaba, porque conocía todas las lenguas del mundo. Y porque no tenía necesidad de las palabras para comunicarse. No era más que una niña de tres años, y nadie sabía exactamente quién era, cómo se llamaba, quiénes eran sus padres. Nadie sabía nada de la niña, excepto que lo sabía todo. En algunos momentos su rostro solía tener la misma expresión de vejez que suelen tener todos los niños pequeños a veces. Permanecía siempre sentada en el mismo sitio, a unos centímetros del suelo. Y cuando te miraba, en realidad no te miraba, sino que caía (o resbalaba) en tu interior. Y entonces, te dabas cuenta porqué solemos decir que el espacio es infinito. Cuando dejaba que su mirada cayera dentro de ti, no hacías sino constatar que sus tres años escasos habían conocido el origen del mundo y de la vida. «Historia de la niña de tres años que lo sabía todo».

LXIII

Cuando leyó el anuncio del periódico su rostro dibujó una sonrisa burlona y escéptica. El anuncio rezaba así: *Enciclopedia universal que recoge los sueños de todos los seres humanos, en constante proceso de actualización, por tan solo 1.225,-Ptas. y con cinco actualizaciones de regalo.* Y junto al anuncio un número de teléfono y un nombre, *señorita Martinique*. Divertido, cogió el teléfono y marcó el número que traía el anuncio. La voz de un hombre le contestó al cabo de dos sonos de teléfono. Un poco avergonzado, le preguntó por la enciclopedia, y el otro le preguntó con quién deseaba hablar exactamente. Se apresuró a responder que deseaba hablar con la señorita Martinique. Entonces, la voz al otro lado del teléfono exclamó alegre: ¡Ah, bue-

*no! Entonces Vd. debe de ser el señor ***. Hacía tiempo que aguardábamos su llamada.* Al escuchar aquello se quedó de piedra, y sintió que la sangre se le helaba en las venas. De allí a poco, una afable voz de mujer se puso al teléfono. *¿La señorita Martinique?* tartamudeó, tomando conciencia por primera vez de su miedo. A continuación las explicaciones habituales, las típicas palabras de este tipo de marketing y los datos necesarios para el envío de la enciclopedia universal que recogía los sueños de todos los seres humanos. Es decir, los trámites que en tales situaciones son habituales, según le explicó la señorita Martinique. Efectivamente, en la enciclopedia estaban recogidos los sueños de todos los hombres, los sueños de los seres humanos ya muertos, de los que aún vivían y probablemente también los de aquellos que algún día vivirían —pues el mundo de los sueños es tan misterioso como infinito—. Cabía incluso la posibilidad de que la misma enciclopedia fuese parte de un sueño, como la señorita Martinique, como el mismo ***, por tan solo 1.225,-Ptas.... «Historia de la enciclopedia que recogía los sueños de todos los seres humanos».

LXIV

La anciana mujer hilaba sin descanso. No se detenía nunca; no se detendría jamás. Por su rueca pasaban todas las cosas, hechos y pensamientos que en el mundo han sido, son y serán —los hilaba—. Todas las cosas pasaban por sus manos más tarde o más temprano. La anciana mujer, con su rostro envuelto en un pañuelo que le semicubría el rostro... Los largos y huesudos dedos de sus manos se movían tan deprisa que a veces el ojo no podía verlos. Y digo a veces porque en ocasiones aminoraba su ritmo de trabajo, como si quisiera dar tiempo a que en algún lugar del universo una brizna de hierba asomara entre la tierra, brotara, creciera... En opinión de algunos, siempre estaba trabajando, hila que

te hila, sin descanso, y decían que era la organizadora del universo —aunque nunca pudo llegar a demostrarse ese extremo—. En cualquier caso, siempre estaba hilando. Se la podía ver desde un ventanuco, siempre trabajando, incansable, pero sin mostrar la más mínima fatiga, el cuerpo en la misma posición, moviendo tan solo los largos y huesudos dedos de sus manos, como si bailarían. «Historia de la anciana mujer que hilaba sin cesar todas las cosas que en el mundo han sido, son y serán».

LXV

Cuando empezaron a girar sobre sí mismos, el mundo estaba organizado de una determinada manera —el mismo mundo era distinto—. Pasaron cientos, miles de años y el mundo conoció muchos tipos de organización —y en tantas etapas fue diferente—. Ellos, sin embargo, continuaron danzando, girando sobre sí mismos sin importarles nada, inmutables, imperturbables. Danzaban como si fueran peonzas, siempre con los ojos cerrados. Aunque parecían estar en el mundo —puesto que la gente los veía realmente allí delante, girando sin parar—, iban de universo en universo, de cosmogonía en cosmogonía, junto con la evolución del universo, como si en ese girar incesante estuviera de algún modo resumido todo lo que los seres humanos necesitamos en esta (y en la otra) vida, como si imaginaran, tal vez —incluso— ovillaran los acontecimientos: un pensamiento, que a su vez se multiplicaba en incontables pensamientos, y de esas miles de multiplicaciones otros tantos pensamientos que se desparramaban a miles, y cada uno de esos pensamientos con sus propios atajos y recuerdos... «Historia de los hombres que llevaban miles de años girando, rotando sobre sí mismos, danzando sin cesar».

LXVI

Según dicen, cuanto más alto, más dura será la caída. Así debe de ser, aunque yo no puedo corroborar ese extremo, pues nunca he subido demasiado alto. Pero dejemos a un lado los (pre)juicios acerca de uno mismo y acometamos aquello que realmente tiene importancia; en este caso, lo que le aconteció a un dios. Efectivamente, el protagonista de este número embrujado es un dios —al menos, mientras tuvo en suerte serlo—. Pero las cosas no son para siempre; y así, a nuestro pequeño dios un buen día le tocó transformarse en mosca. No, no fue consecuencia de un castigo divino; por el contrario, es señal de que las cosas están realmente bien hechas en el universo, nada más. Al cabo de miles o millones de años, algún día otra vez volverá a tocarle ser un dios, pero para entonces será muchísimo más sabio, ya que habrá asimilado la experiencia de haber sido miles de seres y de cosas. Al fin y al cabo, se necesita humildad, incluso para ser dios —y, sobre todo, para ser dios—. «Historia del dioscecillo convertido en mosca».

LXVII

Se lo dijeron: *Si haces eso, encontrarás la muerte*. Y aún así tuvo que hacerlo, a pesar de tener otras opciones. El caso es que aquel hombre creía en el destino; en el destino de los griegos, por si fuera poco. Por ello, convencido de que no podía evitar su destino, no quiso molestarse en buscar otras opciones. Tal vez él no andaba errado y nosotros sí. O al revés —y en ese caso, la estupidez de ese hombre sería evidente y patética—. Quién sabe. De todos modos, cuando quien le puso la soga alrededor del cuello —el verdugo— le preguntó porqué no huyó habiendo tenido oportunidad de hacerlo, le respondió así: *Sí, amigo. Eso es lo que hubiera querido hacer, huir. Pero algo me impidió tomar esa decisión* —pues realmente tenía decidido huir—. *No sé... El camino que habría de llevarme a la muerte me atraía*

como un imán; una fuerza irresistible, contra la que no podía hacer nada. Además, ¿para qué tenía que molestarme en evitar la muerte, sabiendo que más adelante otra vez volvería a toparme con ella? «Historia del hombre que decidió seguir su destino y morir, a pesar de que tuvo en su mano la oportunidad de huir y de salvarse».

LXVIII

El lagarto al sol sobre una piedra reflexiona acerca de las cosas que han sucedido en el mundo. Sus ojos oblicuos se dilatan según la intensidad o antigüedad de los sucesos objeto de su reflexión. El lagarto verde recuerda una canción, y a continuación le viene a la mente el autor de la misma, y luego los sentimientos del autor y las razones que tuvo para crear aquel tema y las personas vinculadas a esas razones y los bellos y viles sentimientos de esas personas y las consecuencias que para bien y para mal obraron en quien creó la canción y el cambio que a consecuencia de ello tuvo lugar en el mundo —aunque de allí a poco habrían de desaparecer totalmente los indicios de dicho cambio—. El lagarto tiene en mente todas esas cosas y reflexiona una y otra vez acerca de esos recuerdos, ya que de lo contrario resultaría bastante aburrido estar allí, al sol, sobre una piedra, así, sin hacer nada. «Historia del lagarto verde que reflexionaba sobre una piedra».

LXIX

El volcán arrojaba todo tipo de mensajes desde las entrañas de la tierra: pergaminos diminutos, mensajes introducidos en botellas, mensajes orales que llegaban hasta los buzones de teléfonos móviles, letras que se unían en el aire formando frases... En los mensajes, por otro lado, había de todo: mensajes de naufragos, pala-

bras que los enamorados se enviaban a escondidas, proclamas que llevaban a las naciones a la guerra, descubrimientos importantes y fútiles, la lista de los que mañana habrían de morir, los nombres de las epidemias del próximo siglo, el rostro de cada uno dentro de cuarenta años, oscuros sentimientos y secretos que nunca nos atrevimos a confesar a nadie, infidelidades, las frustraciones de una época y los deseos de otra, la llave para conseguir el éxito en la vida y un montón de buenas razones para no conseguir el éxito en la vida, recuerdos que ya nadie recuerda, libros que se quedaron sin publicar, ríos una vez caudalosos y secos ahora como dunas del desierto, fuegos que ardían sin humo... Los mensajes eran realmente numerosos y casi podríamos tomarlos como revelaciones. «Historia del volcán que arrojaba mensajes desde las entrañas de la tierra».

LXX

Metido dentro de una botella, el mensaje llevaba cientos de años en el mar. Era una botella con un mensaje que había sido arrojada al océano por un naufrago de verdad. Habían transcurrido cientos de años desde entonces y el naufrago, claro está, ya estaba muerto (de sed, hambre y soledad o devorado por los caníbales; quién sabe). Pero la botella continuó atravesando los mares, como si llevara dentro de sí un mensaje realmente de vida o muerte, juguete de las olas, amiga de las corrientes marinas. La botella venía a demostrarnos que el mundo es realmente redondo, y que por tanto, es también infinito (como el cosmos, es decir, redondo e infinito, esto es, como un sueño, como la Eternidad que al parecer nos aguarda a tod@s). Muchas veces rugió el viento en el mar —aunque nadie hubo allí para constatarlo, a excepción de nuestra intrépida botella—. Sin embargo, un día, la botella llegó a una playa, en la que un muchacho jugaba. Recogió la botella, sacó el mensaje de dentro y lo leyó. Decía así: *Sálvate*. «Historia del

mensaje encerrado en una botella que llevaba cientos de años en el mar».

LXXI

Bajo la luna llena, protegido por la bóveda celeste plagada de infinitos ojos, junto al fuego que chispea, hay un anciano que murmura incomprensibles y misteriosas palabras. Su idioma es extraño para todos los habitantes de la Tierra. Las llamas bailan fantasmagóricas; a veces, el viento sopla con fuerza, llevándose en su regazo las palabras del anciano, que permanece con los ojos cerrados y los brazos levantados hacia el cielo. Tal vez se trate del último superviviente de una antigua raza; o también podría ser un reflejo de alguien, aislado sobre la tierra desde hace cientos de años; o el sueño de un habitante sin derechos del continente Australiano; o la imagen que el espejo del baño nos devuelve a las mañanas; o el anuncio de lo que algún día seremos; o... La luna está llena y parece un agujero abierto en la noche. Quizás el anciano vino de ese agujero y volverá a desaparecer por él, en cuanto acabe de pronunciar el embrujo. Todo es posible bajo las estrellas. «Historia del anciano que, junto al fuego, en la noche, pronunciaba incomprensibles y misteriosas palabras».

LXXII

La mujer besó tres veces la cabeza de la culebra. La culebra al principio la dejó hacer, y cuando juzgó que ya había hecho suya la ternura que esperaba recibir, mordió a la mujer tres veces en su cuello blanco y terso. Luego, las dos se sentaron una frente a otra, la mujer sentada en cuclillas y la culebra con casi todo su cuerpo enroscado —a excepción de la cabeza y una pequeña parte de su cuerpo, que dejó erguidos—. La culebra, poquito a poco, empezó a notar el efecto de los tres

besos que la mujer le había dado; y la mujer, poquito a poco también, empezó a notar el efecto de las tres picaduras de la culebra. Luego, la mujer se despojó de todas sus ropas; la culebra cambió de piel. La primera en morir fue la culebra, como siempre. La mujer le siguió de allí a poco, puesto que al cabo de cuarenta años también ella murió, a consecuencia de las tres mordeduras. «Historia de la mujer que dio a la culebra tres besos».

LXXIII

Cada vez que tiraba los dados le salían siempre diferentes números, imágenes y mensajes (escritos en un idioma extraño). Cómo y porqué le sucedía, ni él mismo lo sabía. Sabía, sin embargo, interpretar el significado de los números, imágenes y mensajes que obtenía a cada tirada. En el universo cada ser y objeto tiene su lugar. Por ejemplo, fulano sabe construir un órgano; y mengano sabe sonsacarle las melodías más hermosas. En cualquier caso, los dados eran unos dados como cualesquiera otros lo son: dos dados con siete caras o lados cada uno. Pero a cada nueva tirada no se repetía jamás el número, imagen o mensaje anterior. Aún más, si los tomabas con la mano y examinabas cada uno de los lados, por muy rápido que los miraras, las caras no se repetían nunca. Algunos creían que a cada tirada quedaba decidido el destino de un ser humano; otros, en cambio, creían que no solamente el destino de un ser humano sino que también el de un animal o incluso el de un insecto quedaba así decidido. Al final, la creencia que más fuerza tomó entre los sabios fue que también quedaba decidido el destino de cada cosa y criatura del universo entero. Resulta difícil decir quién tenía razón. Quizás todos tenían razón y al mismo tiempo ninguno la tenía. «Historia de los dados que a cada tirada siempre sacaban diferentes números, imágenes y mensajes».

LXXIV

En aquel pueblo nunca llegaron a conocer la luz del sol, ya que siempre vivieron bajo tierra. ¿Siempre...? En las leyendas y cuentos orales se hacía mención a una época en la que supuestamente habían desarrollado la vida sobre la superficie de la tierra, al aire libre. Pero sólo eran leyendas y cuentos viejos, transmitidos de caverna en caverna a través de galerías y pasadizos subterráneos —los habitantes ciegos del País de los Hombres Topo tenían gran afición a los cuentos y leyendas transmitidos por tradición oral—. Si hiciéramos caso a una de las leyendas más antiguas, la razón de vivir bajo tierra era precisamente ésa: reforzar el vínculo hacia la literatura oral. Ni que decir tiene, que habían conseguido su objetivo de un modo realmente asombroso. Además, al ser ciegos, podían así ahondar aún más si cabe en su apego a la expresión oral. Casi podría decirse que roían, masticaban las palabras. Al cabo de unos miles de años, aquellos seres ciegos que caminaban medio arrastras por las cuevas, más que seres de carne y hueso, se habían convertido en seres de palabra y verbo. Y para entonces se contaban ya por millones en sus reinos subterráneos. Y a fin de conocer la historia de la tierra y la suya propia (la historia del País de los Hombres Topo), cada cien años todos los habitantes se ponían en fila formando impresionantes hileras, y juntos sus cuerpos (verbales) se daban noticia unos a otros de las últimas novedades en el misterio de la Creación — Literatura Oral—. Luego, cuando el día señalado se extinguía, deshacían las filas y no volvían otra vez a juntarse hasta pasados otros cien años. «Historia de la historia del País de los Hombre Topo».

LXXV

Las imágenes de la Isla de Pascua lanzaban sus mensajes al océano, y reflejados en las aguas del mar,

volaban hacia el cielo atravesando primero la capa más cercana de la atmósfera y a continuación se adentraban en el frío y oscuro espacio. Los mensajes siempre decían lo mismo y se repetían en intervalos de ocho horas. Al menos, así fue durante largos siglos. Por desgracia, un día llegaron los europeos. Y siendo como son, en general, incapaces de crear poesía y de vivirla, robaron algunas de las estatuas de la Isla de Pascua y las llevaron a sus países, no sin antes derribar otras estatuas y dejarlas allí, abandonadas en la tierra. De manera que el mensaje ya no se transmitía con la claridad de antaño, y por tanto no conseguía abandonar la atmósfera terrestre con la nitidez de épocas pasadas. Sin embargo, una vez llegados al Cosmos los mensajes conseguían con más facilidad su objetivo, ya que, por un lado, su viaje no tenía fin, y por otro, porque permanecían flotando en el espacio (y eso les facilitaba en gran manera su capacidad para moverse de un lugar a otro). En realidad, eran como faros, situados allí para guiar a los marinos del espacio. «Historia del misterio de las estatuas de la Isla de Pascua».

LXXVI

El artesano negro llevaba miles de años tallando pequeñas imágenes africanas. A fecha de hoy debe de tener ya producidas un infinito número de imágenes, desparramadas aquí y allá por el mundo y por el espacio. Los astronautas en un principio quedaban mudos de asombro cuando, al llegar a un nuevo punto jamás hollado del espacio, se topaban con las pequeñas imágenes del artesano africano, trabajadas pulcramente en madera. Fuera la luna, Marte, Neptuno... allá aparecían siempre, sin fallar ni una sola vez. Luego, poco a poco, se fueron acostumbrando a esas apariciones y dejaron de asombrarse por ello. Las imágenes solían ser sobretodo imágenes de animales de la fauna africana: elefantes, leones, cebras, jirafas, hipopótamos, ñus... Los típicos

animales. También tallaba figuras humanas, pero en este caso siempre repetía la misma figura: la figura de un pastor barbudo con un báculo en la mano y con las cuencas de los ojos vacíos. La figura del pastor no aparecía nunca en los planetas, sino siempre flotando en el espacio (algunos afirmaban que había algunas excepciones, ligadas a los planetas más lejanos objeto de los Grandes Viajes Espaciales). Así, cuando los astronautas y viajeros del espacio miraban por las ventanas de los cohetes y naves, se topaban con aquellas asombrosas figuras talladas en madera, que siempre representaban lo mismo: el viejo pastor barbudo con el báculo en la mano y las cuencas de los ojos vacías. «Historia del artesano africano que trabajaba figuras de madera y las desaparecía por todo el universo».

LXXVII

El sol de aquel planeta se desgajaba todos los amaneceres en varios fragmentos que, al anoecer, volvían a juntarse formando de nuevo un solo astro solar. Así eran las cosas en aquel planeta. Por supuesto, el fenómeno era absolutamente espectacular. Cada fragmento de sol era redondo, como el sol madre. A veces, de cada fragmento se desgajaban otros más pequeños, pero sólo sucedía hacia el atardecer, poco antes de que los pedazos volvieran a unirse. Algunos apuntaban hacia el magnetismo para explicar el extraño fenómeno. Según parece, en la composición del sol de aquel planeta la cantidad de partículas de hierro era muy elevada; y atraídas por las rocas imantadas que cubrían el planeta el sol se partía a las mañanas en varios pedazos. Lo que no estaba tan claro era porqué luego a la noche volvían a unirse los fragmentos. Una vez desaparecida la luz solar, que las rocas perdían su propiedad magnética parecía estar bastante claro. Sólo faltaba encontrar la relación entre el sol (o la luz solar) y las rocas imantadas. Algunos opinaban que los fragmentos que regresa-

ban al sol originario lo hacían por encontrarse precisamente imantados. Y así parecía ser. De todas maneras, eso no aclaraba el misterio de la desimantación, a pesar de que no había la más mínima duda de que estaba relacionado con la luz solar. «Historia del planeta cuyo sol se fragmentaba todos los días en varios soles».

LXXVIII

El relato se repetía una y otra vez. Siempre estuvo en labios del ser humano, y en su recuerdo. Y así continuó hasta el fin de los tiempos. No ocupaba más de tres o cuatro páginas. Y cuando acababa, comenzaba a rescribirse una vez más "él solito". En opinión de algunos, en cada relato repetido había una pequeña e insignificante variante, pero nadie pudo llegar a probar ese extremo de forma fehaciente, a pesar del esfuerzo realizado por los expertos en la materia. Además, en cuanto las tres o cuatro páginas terminaban de reinscribirse, éstas se desparramaban por el mundo, como en busca de aventura (de lectores), de modo que era realmente difícil cotejar unas versiones con otras. Sin contar con que el osado (o loco) individuo que acometiera semejante tarea habría de haber contado con varias vidas para poder llevar a cabo su labor, pues el asunto venía de muy atrás. «Historia del relato que siempre se repetía».

LXXIX

Aquella fue la última batalla. La última batalla perdida. Habían transcurrido cientos de años desde entonces. Los soldados que salieron con vida continuaban todavía en vergonzosa retirada. Pues ésa fue la última mala pasada que les jugó la historia, y ¡vaya mala pasada! Aquellos que retrocedieron ante el enemigo no encontraban ni después de muertos un sitio en el que descansar, y así eran ya largos siglos los que llevaban

huyendo siempre, exhaustos, soportando como podían sus restos de carne putrefacta. Caminaban sin rumbo entre los montes, de llano en llano, pero sin alejarse demasiado del campo de batalla, pues una fuerza sobrenatural impedía a aquellos que tan vergonzosamente habían huido ante el enemigo abandonar para siempre el lugar. Cuando las espadas chocaban, cuando las lanzas y las flechas rasgaban la carne, cuando los caballos heridos caían con gran descalabro al suelo, reventados, y los gritos de los moribundos, la sangre... Todo aquello se convertía en realidad una vez al año, y la batalla perdida aquel día volvía otra vez a reproducirse fielmente, desde el principio, sin olvidar ni un detalle en aquella horrible representación, demostrando así que es la historia la única que no nos olvida. «Historia de los soldados que, perdida la batalla, huyeron».

LXXX

Algunas personas saben adivinar el futuro; otras, en cambio, apenas saben interpretar el presente. Pero el más genial de todos fue un hombre que sabía interpretar el pasado tal y como sucedió. Sus capacidades causaban asombro. Por ejemplo, supongamos que el pueblo A y el pueblo B fueron de siempre enemigos acérrimos. Bueno pues nuestro hombre en cuestión era capaz de escribir la Historia de ambos pueblos dejando a unos y otros contentos. Nadie sabía cómo lo hacía, pues se llevó consigo el secreto a la tumba. De modo que aquí lo único que podemos es esbozar conjeturas y opiniones inciertas. Y como no van a importarle a nadie, es mejor callarse y dejar las cosas como están. «Historia del hombre que sabían interpretar el pasado exactamente como fue».

LXXXI

¡Qué día más alegre fue aquel! Para la Ciencia y para la Humanidad. Por fin lo habíamos conseguido: todas las enfermedades de transmisión sexual erradicadas para siempre. ¡Todas! El premio Nobel que compareció en la televisión dando la extraordinaria noticia lo hizo en medio de una gran orgía en la que participaban unas sesenta o setenta personas. ¡Habrás visto! En un principio, todo eran gestos de enfado y palabras mayores, en todas partes del planeta. Pero, poco a poco, la gente comenzó a reflexionar acerca de ello. Y pronto todos llegaron a la misma conclusión: barra libre para el fornicario. Una vez desaparecido el miedo —perdón, el terror— que las enfermedades sexuales habían sembrado durante miles de años, todos los tabúes, mentiras, temores e hipocresías que habían florecido entorno al sexo se vinieron abajo, como un gigantesco edificio dinamitado. La gente en vez de ir al cine se iba a follar. O bien sino, los que antes pasaban horas y horas hurgando en Internet ahora acudían a orgías para pasar la tarde y distraerse un poco. Echar un polvito acabó convirtiéndose en algo tan corriente como tomarse el café de las once y media. Había quien, mientras aguardaba al autobús, aprovechaba para echar un palique rápido allá mismo, en la parada (rapidito, porque el autobús podía aparecer en cualquier momento). Sí, la aportación de la ciencia revolucionó la idea que creíamos tener acerca del sexo y la sexualidad. «Historia del día en que la ciencia hizo desaparecer todas las enfermedades sexuales».

LXXXII

Iba feliz, allí, en su alfombra voladora y mágica. La gente pensaba que esas cosas sólo sucedían en los cuentos fantásticos. ¡Que va! Aquella alfombra, al menos, sabía volar muy bien. La consiguió en un viaje que había hecho a Oriente Próximo; se metió en un pueblo que no figuraba en el mapa y fue allí donde encontró la

alfombra voladora. Quiso pagársela con dinero a quien se la ofreció —un anciano al que le faltaban casi todos los dientes y que le miraba con sonrisa burlona—, pero no quiso aceptar cantidad alguna. Cuando le dijo cuáles eran las palabras mágicas que debía pronunciar para que la alfombra echara a volar, le prestó atención, sí... pero cuando empezó a explicarle cuáles eran las palabras que debía decir para volver a bajar, no pudo aguantar más la risa y dejó de hacerle caso. Una pena, de veras. Porque ahora no sabía qué rayos hacer para bajarse de aquella dichosa alfombra voladora. Y tenía hambre. Y el pánico había empezado a apoderarse de él. Y no sabía cómo demontre se bajaba de aquel maldito tapiz. Transcurrieron los años, y había dado ya un montón de vueltas al mundo, de aquí para allá, hasta que sus huesos quedaron pulcramente apilados sobre aquella fantástica alfombra voladora. «Historia del hombre que no aprendió las palabras mágicas para hacer descender a su alfombra voladora».

LXXXIII

Él no creía en la muerte. Habéis entendido bien, sí. No he dicho que no creía en la vida más allá de la muerte, sino que no creía en la muerte. Creía, sin embargo, que todo cuanto juzgamos creíble puede llegar a suceder. Podemos expresarlo también con otras palabras; por ejemplo, que todo cuanto somos capaces de imaginar puede llegar a convertirse en realidad. Los vascos —o al menos los vascos de una época— decían que todo lo que tiene nombre existe... En fin, el caso es que nuestro hombre afirmaba no creer en la muerte, y puesto que creía que todo cuanto imaginamos puede llegar a suceder —y sucede—, le acabó acaeciéndole una cosa realmente curiosa: que no se murió nunca. De veras, aún esforzándose, no consiguió nunca llegar a morir, puesto que no creía en la muerte. No sé cuántas veces ha intentado el infeliz suicidarse; pero siempre en

vano. Una vez incluso se arrojó a una máquina de triturar metal. Pero para cuando apareció por el otro lado de la máquina todos sus pedazos ya habían vuelto a unirse otra vez, y continuó viviendo. Un amigo le dio este consejo: *Tú deberías creer en la muerte. Así conseguirías llegar a morirte algún día...* Pero no había manera de que creyese en la muerte. Y tuvo que vivir para siempre, para siempre... «Historia del hombre condenado a vivir eternamente, puesto que no creía en la muerte».

LXXXIV

Había prometido conceder tres venganzas a quien lo liberara de la botella. Ya tenía olvidados los años, siglos que había permanecido preso ahí dentro... Llevaba cientos de años atrapado en la botella, por haberse revelado contra quien era más fuerte que él: el gran Alá. Un día, un pobre pescador que se hallaba pescando lanzó su red al mar y cuando volvió a sacarla vio que sólo había entre las redes una botella. Sacó el tapón y cuando el gigantesco y temible genio apareció ante él, quedó —claro está— petrificado. Por un momento pensó que aquel genio tal vez fuera a ofrecerle tres deseos. Cosa que le alegró en extremo, porque era un pobre e infeliz pescador. Pero el genio no parecía ser uno de esos genios dispuesto a conceder deseos; al contrario, el alfanje que sostenía en la mano prometía los peores augurios. Al fin, cuando el genio habló, su asombro y temor no hicieron sino acrecentarse, pues no fueron tres deseos lo que le prometió, sino *tres venganzas*. Por fortuna, el pescador era hombre tan ingenuo y de buen corazón, que no le vino a la mente nadie de quien deseara vengarse. Así que, aprovechando que el genio había vuelto a entrar en la botella para recoger el libro mágico de los conjuros que había olvidado dentro, volvió a toda prisa a colocar el tapón en su sitio; luego, la lanzó al mar todo lo lejos que pudo y una vez más echó la red, actuando como si nada hubiera ocurrido. Finalmente,

regresó a tierra tan pobre como antes, pero aún así, sintiéndose el hombre más rico del mundo. «Historia del genio que concedería tres venganzas a quien lo liberara».

LXXXV

Aquel hombre conocía todos los idiomas. Había hecho un pacto con el diablo hacía miles de años: el Diablo le daría tiempo para que estudiara todas las lenguas, y a cambio, el hombre le ofrecería su alma, a modo de pago. Habían transcurrido miles de años y tenía ya asimilados todos los idiomas del planeta, incluidas sus variantes. Estaba sentado en una roca, aguardando la aparición del Diablo, quien dentro de poco aparecería a reclamar su alma. De súbito, el Diablo se presentó y le preguntó si ya había aprendido todos los idiomas. El hombre comenzó a relatarle el complicado y largo proceso de aprendizaje que había seguido, pero el Diablo le interrumpió diciéndole que no le entendía nada, a ver qué idioma era aquel. El hombre le miró perplejo, y por medio de signos le dio a entender su asombro. Entonces, el Diablo sacó un magnetófono, le ordenó al hombre que hablara y grabó sus palabras. Luego, le ordenó que callara, rebobinó la cinta e hizo escuchar al hombre sus propias palabras. El asombro de éste rebasó todos los límites, pues ni él mismo entendía sus propias palabras. El Diablo, siendo tan astuto como lo atestigua su fama, enseguida entendió la razón del extraño fenómeno: había mezclado todos los idiomas del mundo y ahora ni tan siquiera él era capaz de entender lo que decía. Al Diablo le hizo tal gracia que le perdonó la deuda y se marchó de allí riendo a carcajadas, dejando al hombre sentado sobre la roca hecho un verdadero lío. «Historia del hombre que aprendió todos los idiomas del mundo».

LXXXVI

Había olvidado el único idioma que sabía. Cosa muy normal, pues llevaba años sin hablar con nadie y se había también aburrido de hablar consigo mismo. Por ello, casi sin darse cuenta, fue olvidando el único idioma que sabía... Ahora era muy parecido a un animal. Sí, era capaz de sentir. Aún más, su capacidad sensitiva se había desarrollado de forma asombrosa, desde el día en que olvidó completamente el único idioma que conocía. Y cuando digo que su capacidad sensitiva se había desarrollado enormemente, me refiero a sus cinco sentidos: vista, oído, gusto, tacto y olfato. Por otro lado, en lo que se refiere a su imaginación, debo decir que en vez de desarrollarse, lo que hizo fue justo lo contrario, es decir, se le entumeció, ya que al desaparecer el idioma su capacidad de abstracción se quedó sin sitio dentro de su mente. Un día, el hombre que había olvidado el único idioma que sabía se detuvo al pasar junto a un árbol, y tras despojarse de todas sus ropas se puso a cuatro patas, levantó una pierna y orinó. Estaba, claro está, marcando su territorio. «Historia del hombre que había olvidado el único idioma que sabía».

LXXXVII

Por fin había sucedido lo que tanto pavor nos infundía: el holocausto nuclear. Cómo empezó todo no importa. A propósito, por accidente, debido al error de un ordenador... Ocurrió, y punto. Todos estaban muertos. ¿Todos...? No, un hombre se había salvado. El único que había salido con vida de entre cuatro mil quinientos sesenta millones de personas: el señor Presidente. El mismo que había pulsado el botón rojo. El mismo Presidente que había decidido lanzar todos los misiles de los que disponían. Escondido en un búnker especial, había resistido en aquel triste agujero las horribles explosiones, completamente solo, pues nadie más tuvo tiempo para guarecerse en el habitáculo. Tenía comida

enlatada a toneladas, un teléfono que siempre permanecía mudo y una televisión que no emitía imagen alguna. Y luz, una luz amarillenta y débil que durante veinticuatro horas permanecía tercamente encendida... Pasaron así cuatro meses, tan largos como si hubieran sido cuatro mil años. Pero un día, una luz de color verde comenzó a brillar de forma intermitente dentro del búnker. Eso quería decir que podía abandonar el búnker y salir al exterior, ¡por primera vez en cuatro meses! Aún así, necesitaba de un traje similar al de los astronautas, y no podía permanecer más de dos horas ahí fuera —de lo contrario el traje no le protegería del gran nivel de radioactividad que flotaba en el ambiente—. Y allá, en lo que fue una populosa ciudad, entre las ruinas, libre, su soledad se le hizo aún más insoportable. No regresó. Transcurrieron dos horas y no regresó al búnker. Y nadie supo en qué lugar, qué día y a qué hora murió el señor Presidente. Y nadie le puso en el periódico ni tan siquiera una triste esquela; nadie se apenó por su muerte, ni se alegró. Fue el último de todos. «Historia del único ser humano que quedó vivo tras el holocausto nuclear».

LXXXVIII

Aunque su aspecto era el de un vulgar pozo, se trataba sin embargo del pozo más maravilloso del mundo —que no del universo—: conocía todas las respuestas. Y no sólo eso, sabía también cómo convertir las verdades en mentiras y viceversa, las mentiras en verdades, cosa que hacía a menudo por pura piedad, ya que además de ser un pozo de gran sabiduría, era también un pozo de gran corazón —de lo contrario, no sería sabio—. Si, por ejemplo, alguien le preguntaba: *¿Cuándo moriré?* Entonces, le decía la verdad siempre y cuando aún le faltaran muchos años para morir. Pero si le quedaba muy poco tiempo, entonces permanecía mudo; o bien si no, contestaba con una mentira. Más adelante daría a

otro la prueba absoluta de haber conocido la respuesta verdadera, para que así nadie dudara de él. De todas maneras, la verdadera sabiduría del pozo se ponía de manifiesto con otra clase de preguntas. Por ejemplo, *¿cuántos planetas hay en nuestro universo?* Y el pozo te daba la respuesta exacta, por ejemplo: a fecha 30 de septiembre del año ***, a las 05:45 horas, hay un total de 228.742.321 planetas (por supuesto, esto no es más que un ejemplo). O, *¿cuántos planetas hay en todos los universos?* Entonces, el pozo de agua comenzaba a hacer cálculos, y al cabo de unas horas —o días—, es decir, cuando acababa sus cálculos, daba la respuesta exacta: hay un número infinito de planetas (tantos planetas como universos hay). Un día, en cambio, le hicieron una pregunta que no tenía respuesta. Al principio, el pozo de agua comenzó a pensar, como siempre. Pasaron horas, días. Luego semanas y meses. Y al fin, años. Pero el pozo no encontraba la respuesta. Y así, poco a poco, el agua del pozo fue secándose, hasta que un día el sol le sorbió las últimas gotas que le quedaban. Nadie supo nunca cuál fue la pregunta causa de su final. «Historia del pozo de agua que conocía todas las respuestas».

LXXXIX

Fue un hombre tan rico... Deseó siempre con tal pasión serlo... Apilar dinero se convirtió en su obsesión. Enfermó por ello. Y como llegó a matar a mucha gente para conseguir más dinero, acabó siendo un vulgar asesino. Dicho con más rigor, se convirtió en un genocida, y llevó a cabo terribles matanzas tanto en Sudamérica como en los demás continentes, a resultas de los numerosos golpes de estado en los que tomó parte. Cientos, miles de muertos, desaparecidos, torturados, mutilados... todo por culpa de esa loca sed de conseguir siempre más, sed que no podía nunca saciar —entro otras cosas, porque nunca intentó siquiera apartarse de esa baja pasión—. Pero no vamos a empezar a estas

alturas a sermonear a nadie, ni falta hace seguir líneas de actuación tan aburridas. El caso es que ahora estaba muerto, y que el poder que un día había tenido en sus manos no le valía para nada en su nueva situación. Estaba ante una puerta. Luego de morir, había atravesado un largo túnel hasta llegar a esa puerta. No se atrevía a atravesarla. Conocía qué es lo que allí le aguardaba. Siempre supo que algún día llegaría ese instante. Por último, bajó la cabeza y empujó la puerta con la mano. Sabía que se le abriría, sin necesidad de llamar antes... «Historia del hombre rico y poderoso que lo perdió todo».

XC

Tras morir, se encontró dentro de una esfera. Era una esfera bastante grande, de unos tres metros de alto y dos de diámetro, que tenía el aspecto de una burbuja de jabón —por eso digo que era bastante grande, porque era realmente voluminosa para tratarse sólo de una pompa de jabón—. Pero era muy resistente. Por mucho que la golpearas no se rompía. Aún dándole patadas y puñetazos, no se rompía nunca. Además, flotaba en el espacio —o en un lugar parecido al espacio—. Dentro iba una persona. Luego de constatar mil veces que no había manera de romper la esfera, las personas que iban dentro se calmaban un poco (casi todos actuaban de la misma manera). Y entonces se ponían a mirar hacia fuera de la esfera, un poco resignados, del todo perplejos, absolutamente asustados. Allá afuera descubrían otras esferas, flotando en el espacio, en la misma situación. Y dentro de esas esferas iba gente. Pero, a veces, se podían llegar a ver cosas realmente asombrosas. Por ejemplo, algunas de las personas que iban en las esferas estaban repetidas, es decir, las mismas personas en diferentes esferas. Así las cosas, la persona "A" podía verse así misma pasar junto a su esfera dentro de otra esfera. En esos casos, las réplicas —pues eran réplicas

cas— se quedaban mirándose sin poder creer en lo que veían. El comienzo del viaje inmediato a la muerte era siempre el mismo: un misterio absoluto (tal y como lo eran lo que dejaban atrás y lo que les esperaba). «Historia de las esferas concéntricas».

XCI

El hombre iba de noche conduciendo su automóvil, por una carretera que parecía no tener fin. A lo lejos, la iluminación de un casco urbano (similar a un fósforo en medio de la noche ciega). De vez en cuando —muy de vez en cuando—, se topaba con las luces largas de algún otro coche o camión. Abrió la ventanilla, a pesar de que la noche era un poco fría. Iba a encender un cigarrillo, pero no llegó a llevar a cabo su acción, ya que reflejado en el espejo retrovisor pudo vislumbrar con total claridad la punta roja de un cigarrillo. Aterrorizado, por un momento le pasó por la cabeza arrojarlo en marcha del coche. ¡Había alguien en el asiento trasero! Era de noche, se hallaba en una carretera casi desierta y llevaba a un *polizonte* en el asiento de atrás. Al otro, sin embargo, no se le notaba en absoluto nervioso, a pesar de saberse descubierto. Siguió dando caladas al cigarrillo. Y a cada calada, la punta del cigarrillo brillaba con fuerza. Pero las sorpresas no acababan ahí. Antes de tener tiempo a pronunciar palabra, pudo ver el rostro de la persona que iba sentada detrás. ¡Era él mismo! La persona que iba en el asiento de atrás... ¡era él! Redujo la velocidad y fue poco a poco sumergiéndose en la noche, resignado, sabiendo que ya no podía hacer nada. «Historia de lo que le sucedió a un hombre que iba conduciendo por una carretera desierta».

XCII

Ensimismado en la contemplación de la llanura que se abría a los pies de la torre del castillo, desde una ventana rectangular y estrecha, el alquimista reflexiona. Reflexiona a cerca del descubrimiento que acaba de realizar. Han transcurrido casi cuarenta años desde que comenzara sus primeros experimentos. Se ha hecho viejo. Pero lo ha conseguido: ha encontrado el secreto de la eterna juventud. El elixir, la poción, está ahí, sobre su mesa de trabajo. No tiene más que beberlo para volver a ser eternamente joven. Sin embargo, aún no ha bebido la poción. Precisamente ése es el motivo de sus reflexiones. ¿Y si junto con la eterna juventud consiguiera también la inmortalidad? ¿y si a consecuencia de ello y por culpa de la sabiduría que de forma inevitable acumularía, se volviera malvado y vil? Además, ¿realmente desea ser joven otra vez? ¿y renunciar así a la muerte, al comienzo del maravilloso viaje? Mueve la cabeza en sentido negativo y comienza a caminar a un lado y otro del laboratorio. Entonces, se acerca a la mesa en donde el elixir aguarda, coge el frasco que contiene el líquido que le devolvería la juventud y lo arroja con todas sus fuerzas contra la pared. Luego, arroja al fuego el libro en el que tenía apuntada la fórmula y se queda allí, de pie, mirando cómo arde. «Historia del alquimista que dio con la fórmula de la eterna juventud».

XCIH

Fue el primero en arrancar a la naturaleza el secreto de convertir las piedras en oro. El sueño de tantos y tantos alquimistas: ¡una riqueza que dejaría pequeña a la de todos los reyes de todos los reinos del mundo! El alquimista estaba nervioso. Llevaba preso más de cuarenta años en aquella cárcel decorada con jardines. Pues el rey le había dicho: *Hasta encontrar el modo de convertir las piedras en oro, permanecerás preso en este jardín.* El rey cumplió su palabra. Por lo que a él

respecta... allá estaba el descubrimiento; lo tenía ante sus ojos, el descubrimiento que habría de traerle la libertad. Sin embargo, aquel mismo día, le aguardaba otra gran sorpresa; el rey le mandó llamar y le habló así: *Llevas ya cuarenta años preso en el laboratorio. No has encontrado la fórmula y no la encontrarás jamás. Vete de aquí. Eres libre.* El alquimista obedeció. Pero cuando estuvo lejos de allí, envió al rey un mensajero que habría de darle noticia del descubrimiento. En la posdata del pergamino que traía escrita con total claridad la fórmula para convertir las piedras en oro, se podían leer estas palabras: *Rey barrigudo y cruel, aquí tienes la clave del descubrimiento de aquello que tanto has deseado, y que durante cuarenta largos años ha sido mi ruina. Yo, libre como un pájaro, soy ahora dueño de un tesoro mayor que el tuyo: mi libertad. Eres tú quien ahora queda preso. Que te vaya bien.* «Historia del alquimista que halló la fórmula para convertir las piedras en oro».

XCIV

Nadie sabía de dónde había surgido aquella guía telefónica —carecía de direcciones para ponerse en contacto con la distribuidora o editora de la misma, y no traía información alguna acerca de sus promotores—. Al poco de su distribución, en toda la ciudad no quedó otra guía más que ésta. Era, en apariencia, una buena guía, con unas portadas casi lujosas para ser una vulgar guía de teléfonos; y al primer vistazo parecía tan seria y metódica... Para conseguir la nueva guía la única condición era entregar la vieja, la de toda la vida. ¿Quién iba a pensar que en aquella guía hubiese nada malo? Aún más, ¿quién iba a pensar que todos los datos que aparecían en aquella guía eran erróneos y falsos? Si llamabas al hospital, te salía la funeraria. Al llamar a la policía, te respondía un preso de la cárcel cercana. Si llamabas a tu mejor amigo, topabas al otro lado del teléfono a tu ene-

migo más odiado. Y si marcabas el número de tu amante, te cogía el teléfono su marido. Un desastre, vaya. Y la gran conmoción que provocó en la ciudad llegó a ser tal que el caos terminó adueñándose de todas las cosas. Y pasados veinte años, de aquella urbe no quedó sino una ciudad fantasma. «Historia de la guía telefónica que traía todos los números de teléfono equivocados de forma intencionada».

XCIV

Las cárceles instintivamente nos producen la sensación de ser unas construcciones de dimensiones colosales, y ni qué decir tiene cuando éstas se hallan vacías. Una cárcel vacía, abandonada, acrecienta por mil la soledad que provoca el universo. Por ello, no resulta fácil adivinar los pensamientos que pasaban por la cabeza del funcionario encargado de cuidar la solitaria cárcel —pensamientos que, con el paso del tiempo, le producirían un tal desasosiego que acabarían precipitándolo en una absoluta confusión mental—. Todos los días habría las puertas de todas las celdas de todos los módulos, al grito de "*¡levantaos del camastro, vagos!*". Llevaba años al cuidado de aquella cárcel desierta. ¿La venganza tal vez de un director de prisiones que le cogió ojeriza? ¿o quizás formaba parte del experimento de unos psiquiatras chiflados? Quién sabe cuál podría ser la verdadera razón de aquella absurda vigilancia. Él, desde las siete y media de la mañana, de lunes a sábado (excepto los domingos, que empezaba a las ocho), abría todas las puertas de todos los módulos; y volvía a cerrarlas a las ocho de la tarde, con arreglo a las normas penitenciarias. «Historia del funcionario al cargo de una cárcel desierta».

XCVI

Llevaba muchísimos años tratando de dar con el significado del jeroglífico. Y luego de años de duro trabajo, veía ahora cumplido su sueño. Efectivamente, había dado con la llave del misterio para la interpretación del jeroglífico. Sólo había un problema: estaba perdiendo la cabeza, se estaba volviendo loco. Y lo peor era que ya casi no tenía tiempo para poner por escrito el significado del jeroglífico, pues el proceso de locura se desarrollaba a una velocidad vertiginosa. Seguramente ése era el precio que el jeroglífico le exigía pagar, a cambio de la comprensión del misterio. Aún así, solamente a él le dejaba adueñarse de su secreto; a nadie más. Quien deseara conocer su significado, debería, en primer lugar, pasar tantos años como él trabajando duro; y en segundo lugar, tan pronto como diera con la clave del jeroglífico, enloquecer. Era preciso enloquecer: ése era el sacrificio que la antigua civilización le exigía. ¿Y qué podía hacer ahora? Nada. Ver, sentir cómo fatalmente, sin remedio alguno, enloquecía. Nada más. «Historia del arqueólogo que enfermó gravemente de la cabeza».

XCVII

Llevaba años y años viajando, siempre de aquí para allá, en busca del lugar jamás hollado por el hombre, deseando con vehemencia los parajes vírgenes. Y un día, al fin lo encontró. No importa dónde: en la Amazonia del Brasil, en las llanuras heladas del Polo Norte o Sur, en la infinita sabana africana, en las tierras inmensas del continente austral o en el implacable desierto de Arabia... El lugar no tiene importancia. Él había andado en busca del lugar jamás hollado y ahora lo tenía ante sí. Le había llevado hasta allí la vanidad de ser el primero en pisar aquellas tierras —siempre la vanidad humana...—. Pero habría de sucederle algo imprevisto que, aunque transformaría en absurda la búsqueda de largos años, le proporcionaría sin embargo

una mayor humanidad: el hombre dio medio vuelta, en silencio y cabizbajo, dejando tal cual aquel paisaje virgen. Y entonces sintió con alegría indescriptible que algo de aquella virginidad, de aquella pureza, pasaba a formar parte de él. «Historia del hombre que anduvo largos años en busca del lugar jamás hollado».

XCVIII

Pasó sus numerosas vidas buscando la eternidad. Sin embargo, nunca se dio por vencido; al contrario, siguió obstinado en su búsqueda. Conoció todas las fases, aspectos, épocas y pormenores de la vida. Pero nunca encontró la eternidad. Quizás, si hubiera hallado el origen... Pero, cómo iba a dar con el origen si él todavía no existía cuando ello sucedió? Y si acaso existió, carecía de datos precisos sobre ello. En cualquier caso, había hecho un viaje de largos siglos en busca de la eternidad. Y a veces le parecía que la eternidad era precisamente eso: el rastro de los largos siglos dejados atrás y la esperanza del viaje que durante esos extensos siglos había sido alimento de su fervor, de su coraje. *Eternidad, perpetuidad, eternidad, infinitud...* Eternidad, sentimiento que jamás concluye. Entonces se dio cuenta cuál era la causa de no haber hallado nunca la eternidad: él siempre había buscado el lado físico de ésta, sin darse cuenta de que para hallar lo eterno es preciso abrazar el lado abstracto de los sentimientos. Los montes, por ejemplo, si han permanecido ahí desde siglos inmemoriales ha sido por eso: no por estar constituidos de dura piedra y roca, sino por estar llenos por dentro de compactos sentimientos. «Historia del hombre que pasó toda su vida en busca de la eternidad».

XCIX

Los dos ríos nacían en el mismo lugar. Uno se dirigía hacia el norte y el otro hacia el sur (hasta perderse ambos en el horizonte, cada uno en su propia dirección, en dirección opuesta). Y parecía que, como dos hermanos enemistados, nunca más habrían de volver a reunirse. Pero no fue así —ya que, luego de recorrer cientos, miles de kilómetros (así lo creen algunos), otra vez volvían a juntarse—. Y allá donde las aguas se unían el río adquiría un color especial. Y según las leyendas, en los alrededores podían escucharse voces en distintos idiomas, como si los ríos las hubieran recogido y traído de los diferentes lugares que habían atravesado y luego se las hubiesen repartido en aquel punto de unión entre ambos ríos: voces, idiomas, leyendas, miles de secretos, miles de olores y sentimientos, palabras y suspiros de amor —unos auténticos y otros falsos—, el calor de otros soles, el sabor de otras lluvias, cientos de canciones, situaciones amargas y dulces de todo tipo, quejidos, el miedo de los que iban a morir, la honda tristeza de los que entierran a sus muertos, traiciones (pequeñas y grandes)... «Historia de los dos ríos que nacían en el mismo lugar, se separaban más adelante y otra vez volvían a unirse a miles de kilómetros».

C

Lo que a este hombre le acontecía debiera ser declarado "fenómeno catastrófico": nunca recordaba sueño alguno; sin embargo, todos los días se despertaba en un lugar distinto. Él no sabía cómo le sucedía. Lo único que sabía es que el hecho en sí estaba vinculado a sus sueños, a pesar de que al día siguiente nunca recordaba lo que había soñado. Por ejemplo, un día despertaba en una cueva; otro día, en los brazos de una prostituta vieja; al otro, en la caseta de un perro; luego, en una guardería; y así sucesivamente. ¿Cuál era el significado de todo ello? Pues que un día había soñado con una cueva; otra noche, con una vieja prostituta; a la noche

siguiente soñó que se había convertido en perro; luego, que otra vez era niño; etcétera, etcétera. Así, aunque sabía porqué se despertaba todos los días en un sitio diferente, nunca podía recordar ni uno solo de sus sueños (algo parecido nos ocurre con el sueño de la vida: vivimos la vida —el sueño—, sí, pero nunca podemos recordar exactamente lo que ha sucedido, porque el recuerdo —la vida— se nos escapa irremediablemente). «Historia del hombre que nunca recordaba lo que soñaba».

CI

El viento soplaba con fuerza en todos los rincones del cementerio, y las hojas caídas de los árboles bailaban alrededor del hombre que permanecía mirando la losa de una tumba. Era un pequeño cementerio, que correspondía a un pequeño pueblo. Sin hacer caso del viento, el frío y la soledad del lugar, el hombre permanecía mirando a la tumba, imperturbable. A pesar de que había leído una y mil veces los nombres y apellidos y la fecha de nacimiento y muerte escritas en la lápida, no podía cejar de leerlas una y otra vez. Parecía que rezaba; pero, en realidad, no hacía sino leer continuamente la inscripción de la lápida, nada más. Sabía que la gente se moría, pero nunca pensó que tras la muerte las cosas serían así. Los nombres y apellidos y fecha de nacimiento y muerte inscritas en la tumba eran, efectivamente, los suyos. Poco a poco, fue alejándose de la tumba a pesar de la fascinante fuerza de atracción que ejercía sobre él, y con paso lento abandonó el cementerio... hacia alguna parte. «Historia del hombre que contemplaba su propia tumba».

CII

Aquel hombre era realmente meticuloso. Tenía la curiosidad metida en el cuerpo. Él quería saber. Por

tanto, un día decidió dar la vuelta a la tierra y sacar la cuenta de todos los pasos que hasta terminar su viaje habría de dar. En realidad, el hombre no era del todo tonto, quiero decir que también a él se le ocurrió valerse de las matemáticas para sacar un cómputo, aunque sea aproximado, de los pasos a dar en un viaje de esas características. Así, una vez conocida la longitud que en kilómetros alcanza la vuelta al mundo, sería suficiente con obtener la longitud media (en centímetros) de cada paso, y a partir de ahí organizar las correspondientes operaciones matemáticas, resolverlas y obtener un cálculo bastante aproximado. Pero ése era el problema: él quería obtener un cálculo totalmente preciso. Así que cogió la mochila, y con la ayuda de Dios, partió a recorrer el mundo. Y cada paso que daba lo contabilizaba, lo contaba. Y cuando llegaba a la cantidad de diez mil pasos dados, sacaba su cuaderno de "Cómputo de Pasos" y apuntaba "/". Por supuesto, a estas alturas tendrá ya apuntados muchos "/" en su cuaderno. Que le vaya bien, qué diablos. «Historia del hombre que quiso contar el número total de pasos necesarios para dar la vuelta al mundo».

CIII

Lo que había entre aquellas dos personas venía de muy antiguo. Sin embargo, hacía muchísimos años que no se veían. En realidad, ni siquiera sería del todo correcto decir que alguna vez habían estado uno frente al otro, ya que Uno sí que tuvo noticia de Otro, pero Otro no tuvo nunca noticia de Uno —o, al menos, debían de haber transcurrido una eternidad de años desde que tuvieron noticia de sí mismos (si es que llegaron a tenerla)—. Uno, aunque continuó enviando de forma periódica cartas a Otro, éste nunca le respondió ni le envió carta alguna, ni tan siquiera para decirle que no le enviara más cartas. Pasaron los años, unas veces rápido y otras despacio. Y un día sucedió lo que algún día —

¡por desgracia— nos sucederá a todos: Otro, es decir, el destinatario de las cartas, murió. Pero Uno nunca llegó a tener noticia de ello, claro está, pues Otro nunca había respondido a sus cartas, de modo que nada sabía de éste. Y así, continuó escribiendo y enviando a Otro cartas y más cartas, sin saber que hacía ya años que había muerto. «Historia de la persona que enviaba cartas a un muerto».

CIV

La piscina no era demasiado grande; al contrario, podría decirse que era más bien pequeña. Y no tenía ningún agujero en el fondo, claro está. Menos aún un agujero capaz de "tragarse" a una persona. Ni había tampoco trampas ni nada parecido. Por eso, la gente se miraba perpleja unas a otras: ¿dónde diablos se había metido el nadador? Todos lo habían visto entrar en la piscina de un salto. En aquel momento, además, sólo estaba él en el agua. Y como era hombre robusto y bien formado, las mujeres le habían mirado con el rabillo del ojo mientras se dirigía a la piscina, en la que se dejó caer de un ágil salto. Sí, todos lo habían visto. Así que, ¿dónde estaba ahora? El socorrista apareció con un gran flotador —tan grande que incluso daba risa, teniendo en cuenta que el tamaño de la piscina era más bien discreto—, porque también él —el socorrista— había visto al hombre entrar en la piscina de un salto y nadar con destreza a continuación: al estilo mariposa, de espaldas, a brazadas, a lo perro... Luego, se metió bajo el agua para bucear un poco. Y al ver que pasaban los minutos y no volvía a la superficie, la gente había empezado a preocuparse y algunos se acercaban a la piscina, curiosos. Pero no estaba allí; en la piscina no había nadie, ni el más pequeño rastro del nadador. «Historia del hombre que desapareció en una piscina sin dejar rastro».

CV

Estaba muerto. Estaba muerto y lo sabía. Lo que no sabía era adónde ir. Estaba muerto y tenía miedo y frío y hambre. Y además, no sabía adónde ir. Contemplaba su cuerpo; su cuerpo que permanecía muerto sobre la cama. No podía evitar mirarlo y era terrible. Y ver a su gente allá, llorando, tan desolada... Eso era lo único que le levantaba un poco el ánimo, pues era prueba de que realmente le habían querido. No preguntéis cómo lo hizo. El caso es que, en una de éstas, reparó en la ventana del cuarto que estaba abierta, y sintió de repente unas ganas enormes de marcharse de allí. Pero algo le decía que había otra posibilidad. Miró a sus hijos y detuvo su mirada en el más querido de ellos, en el mayor. Y entonces, no preguntéis cómo lo hizo, pero el caso es que se alejó de la ventana y se metió dentro de su hijo. No preguntéis cómo lo hizo, por favor, porque yo mismo no lo sé. «Historia del hombre que, luego de morir, entró dentro del cuerpo de su hijo preferido».

CVI

El hombre estaba a sus anchas en la habitación preferida de su casa. Amaba aquella habitación: las estanterías llenas de libros, el ordenador, los diccionarios, las colecciones de CD-ROM y vídeos, las enciclopedias... Aquella habitación era para él su verdadera patria. Y cuando entraba en ella, si le hubieran dicho que había estallado una guerra nuclear, se habría encogido de hombros. Pero una tarde de invierno, el teléfono que había hecho instalar en la habitación comenzó a sonar de forma realmente escandalosa. Miró con enfado el pequeño aparato de color nata, y le pareció como si quisiera darle noticia de algún incendio o desgracia terrible. Aún así descolgó el auricular, resignado, y pronunció las habituales palabras con un gruñido: *Sí, dígame*. Pero la sorpresa que entonces recibió no se puede

describir con palabras, ya que... ¡fue su propia voz la que le respondió al otro lado de la línea! Pasados los primeros instantes de estupor, respondió a su voz. Y... todavía no han acabado de charlar. Esto sucedió hace muchos años. «Historia del hombre que, al responder al teléfono, topó su propia voz al otro lado del auricular».

CVII

Cuando consiguió el libro, sabía que algo raro había. Pero no hubiera sabido explicar exactamente en qué consistía esa rareza. A medida que fue adentrándose en la lectura, pensó que el aspecto más asombroso del libro estaba en el contenido del mismo, ya que los relatos que en él se contaban y la información que en general le proporcionaba eran realmente admirables. Pero lo más asombroso estaba aún por llegar. Un día, tuvo ganas de releer algunos pasajes leídos el día anterior, así que buscó las páginas en cuestión y... ¡no las encontró por ningún sitio! No, no era posible. Se dio algunos pellizcos en el brazo, en las mejillas luego, aunque ello no cambió nada. Comenzó a pasar febril las páginas que llevaba leídas hasta la fecha, y vio que todas ellas estaban en blanco. ¡Increíble! Y entonces, comprendió que las páginas y todo cuanto en ellas estaba escrito desaparecía según iba leyendo. De manera que solamente una vez podría leer aquel libro; el libro le permitiría hacer una lectura, pero sólo una, no más. «Historia del libro que, según se iba leyendo, borraba tras de sí el contenido de todas las páginas ya leídas».

CVIII

En aquel hombre había ido acumulándose la sabiduría del mundo, hasta el punto de que había conseguido retener en su memoria cada frase y palabra leída en los libros y enciclopedias. Realmente, todo quedaba

grabado en su memoria con tanta o mayor exactitud que en el disco duro de un ordenador, aunque la diferencia que había con respecto a éste último era evidente: la inteligencia del hombre interrelacionaba entre sí todos esos datos, mientras que el ordenador no hace sino guardar, almacenar datos. A nuestro hombre en cuestión le encantaba leer. Y hasta la fecha llevaba ya guardada en su cabeza más información que la reunida en la biblioteca de Alejandría o más incluso que la reunida en Pompidou. Y ya que he hecho mención a su *cabeza*, os voy a contar una pequeña anécdota: su cabeza fue creciendo sin cesar, hasta que acabó pareciéndose a una gran calabaza. Pero no le importó (a pesar de que la gran cantidad de información acumulada había empezado a ocupar en su cabeza un espacio físico), hasta que un día hizo... ¡plof! «Historia del hombre que era capaz de retener en su cabeza cada frase, cada palabra leída».

CIX

El coche no iba demasiado deprisa, pero tampoco demasiado despacio. Marchaba por la autopista, sin más —eso es lo que todos esperamos de un coche, ¿no?—. A veces, era de noche; y otras, de día. El auto, sin embargo, no se detenía nunca, siempre adelante, ni muy deprisa ni muy despacio. Adentro parecía que iba alguien, pero nunca lo llegó a ver nadie. Había incluso quien decía que el auto no tenía conductor. Pero era mentira. Claro que había un conductor, tan seguro como que había un automóvil. Lo que sucedía era que el coche no se detenía jamás, porque, entre otras cosas, no necesitaba combustible. No está muy claro con qué funcionaba entonces el automóvil —unos decían que funcionaba sin combustible de ninguna clase; otros, los más soñadores, que el auto funcionaba con la emoción que el conductor transmitía a su automóvil—. Sea como fuere, el caso es que el auto, funcionar, funcionaba, y no se

detenía jamás. «Historia del auto que marchaba por la autopista sin detenerse jamás en ningún sitio».

CX

Aquel perro no sabía ladrar. Levantaba la piedad, sí, para hacer pis. Pero nada más. Cuando quería ladrar, en lugar de un ladrido le salía cualquier otro sonido: comenzaba a piar, o a maullar, o a lanzar gorgoritos... Era un perro increíble. Tenía junto al hocico dos lunares. Y cuando caminaba, le sobresalían los huesos de la clavícula hacia fuera de la piel, como sucede con los gatos y los leopardos (y con las hienas y con los galgos hambrientos). Pero no sabía ladrar, y eso es lo más increíble de todo. En realidad, lo único que sabía hacer era marcar su territorio. Pero luego, cuando quería ladrar, entonces abría la boca y le salía cualquier otro sonido: comenzaba a piar, o a maullar, o a lanzar gorgoritos... En cierta ocasión, le salió incluso una voz humana, y las personas que en aquel momento estaban a su alrededor, le oyeron claramente decir: *Perra vida...* «Historia del perro que no sabía ladrar».,

CXI

El penalti fallado en el último minuto hizo que un silencio sepulcral se adueñara de todo el estadio de fútbol: aquel penalti era el que habría de dar al equipo la victoria absoluta o la derrota más humillante. El futbolista en su corta carrera hacia el punto de penalti vio el balón parado en el suelo; y en cuanto lo tocó con la punta de la bota algo le dijo que el disparo le había salido errado, y que no iba a entrar en las mallas de la portería. Y así fue. Luego, una honda desesperación y un sentimiento de frustración que habría de acompañarle para toda la eternidad. Ya que, desde aquel día, el jugador aparece ahí, frente al balón colocado en el punto de

penalti; ante el mismo balón, portería, espectadores y frente al mismísimo punto de penalti de aquella misma tarde de fútbol. Y vuelve hacer lo mismo que hizo aquella tarde: fallar. El jugador saca una y otra vez el penalti de aquel día plomizo y cenizo, siendo éste su único cometido ya para toda su eternidad. Golpea el balón, éste sale torcido y se escapa al fin por encima del larguero, dirigiéndose contra unos espectadores que desaparecen antes de que el balón llegue hasta ellos. Y entonces todo vuelve otra vez a repetirse: la desesperación que se adueña del estadio, la honda frustración del futbolista, la humillante derrota en lugar de lo que hubiera tenido que ser una brillante victoria... Y así, hasta el fin de los días que jamás se terminan. «Historia del jugador condenado para toda la eternidad a fallar una y otra vez el penalti».

CXII

Estaba en casa viendo la televisión, con una manta de rayas de colores colocada encima de sus piernas, calentito y muy a gusto. Pero, de repente, la luz se fue en toda la casa, dejando al hombre y al televisor a oscuras. Iba a levantarse para ver si el piloto automático de la cocina había saltado cuando le pareció escuchar un zumbido proveniente de algún lugar de la habitación en la que se hallaba. Aterrorizado, se hundió un poco en el sofá y subió un poco la manta hacia su rostro, hasta casi ocultar sus ojos. No había duda, algo estaba sucediendo en la pared. Era algo así como un agujero abierto en el tabique; pero por dentro, en lugar de aparecer el típico ladrillo o cemento, podían verse todo tipo de colores, creando un efecto parecido al de las nebulosas de las zonas polares, sólo que eran aún más hermosas si cabe, como si estuvieran mezcladas con infinidad de arco iris. Era un agujero abierto al espacio, al universo, materializado allí por una casualidad matemática inimaginable —para nosotros—. Planetas, universos desconocidos, estrellas, agujeros negros, meteoros, soles, extraños

viajeros... Súbitamente la luz volvió, la televisión se encendió y el agujero desapareció antes sus ojos. El hombre se frotó los ojos varias veces y al final decidió olvidar lo sucedido; *si no*, pensó, *me volvería loco*. Según algunas otras versiones, la luz volvió luego de que el hombre hubiera desaparecido por el agujero; y aun cuando se reanudó el funcionamiento habitual de los electrodomésticos, del hombre no quedó ni el más pequeño rastro. «Historia del agujero cósmico abierto en la pared del salón de un hombre cualquiera».

CXIII

En aquel planeta todo era diferente. Por ejemplo, en lugar de lluvia, caían pequeñas estrellas diminutas, a cientos, a miles, a millones... Billones de diminutas estrellas. Tantas como diminutas gotitas de lluvia en nuestro planeta. Era un espectáculo increíble. La gente venía de muy lejos para ver aquella lluvia inaudita de estrellas, que cubría el suelo de fantásticos charcos de estrellas y que ponía al límite de su caudal ríos, torrentes, pantanos, presas, charcas y saltos de agua, provocando graves inundaciones de estrellas, constantemente, como si en aquel cielo las cosas más maravillosas del mundo fueran vulgares y anodinas. En el sur, todos los animales de granja y caseríos en general recibían con agradecimiento aquellas lluvias torrenciales de estrellas, ya que luego de los meses estivales se hallaban sedientos y faltos de agua de estrellas. Aunque los científicos trataban de buscar una explicación científica al fenómeno, aún no habían dado con la clave del misterio. De todos modos, a la gente no le importaba cuál pudiera ser la razón de un fenómeno tal, pues la belleza que a sus ojos se mostraba les quitaba toda curiosidad. En realidad, la razón de que los habitantes del planeta Tierra emigraran a otros planetas fue precisamente ésa: estaban hartos de la ciencia, de las urbes, de las obras urbanas faraónicas, de las carreteras de asfalto, de las fábricas y

edificios grises... Por eso se marchaban, para encontrar la naturaleza desnuda, inexplicable. Claro que, si no fueron capaces de encontrarla en su propia casa, en su propio planeta... «Historia del cielo del que caía una maravillosa lluvia de estrellas».

CXIV

¡Ah, vaya una multitud se hallaba reunida en aquel estadio! No hubiera cabido ya ni una mosca. Y nunca se quedaba vacío. Al revés, cuanta más gente entraba, más grande se hacía el estadio, gracias a la prodigiosa maquinaria que a tal fin habían instalado en el recinto. Pero el partido no comenzaba nunca; los futbolistas nunca hacían su aparición. Sin embargo, no por ello la multitud dejaba de crecer y apilarse en las gradas; y así, el campo de fútbol era cada vez más grande, día a día aumentaba el número de espectadores, todos ellos venidos a presenciar un partido que jamás habría de iniciarse. Aquello sí que era un misterio; sí que era algo realmente inútil: ¡mira que construir un estadio de tales proporciones para una multitud tal! Los gritos de ánimos iban en aumento. Pancartas aquí y allá, la ola recorriendo el estadio, banderas de todos los países y, cómo no, también nuestra ikurriña⁵! ¡Adelante, hinchas! ¡Pasen a ver el gran partido de la temporada! Éste es el cielo y el infierno, la eternidad y la muerte imperecedera. ¡Qué bello espectáculo! «Historia del estadio de fútbol repleto de aficionados que constantemente crecía sin llegar a vaciarse jamás».

CXV

¡A saber cuántos siglos llevaba el ordenador sacando ininterrumpidamente aquellos ruiditos! Desde que su programador lo programara para calcular el nú-

⁵ Enseña vasca

mero infinito, no cesaba de trabajar en sus cálculos. Sacaba ruidos tales como *txik txik txak txak bzzzzz kuing kuing*. Y otros muchos. El ordenador estaba fabricado en oro, plata, mercurio y níquel; todas sus piezas estaban construidas de esos materiales, y estaba pensado para durar dos mil años. Hasta ahora, sólo llevaba cuatro o cinco siglos dedicado a su tarea; por tanto, aún le quedaba una larga tarea por delante. Lo que el inventor del ordenador no sabía —con certeza, al menos— es si sería capaz de dar con el número infinito antes del transcurso de esos dos mil años. Claro que, aunque no lo hiciera así, ello no probaría nada; simplemente, que dos mil años no son el plazo adecuado, nada más. Tal vez eran necesarios tres o cuatro mil años... O más... Aún así, el inventor tuvo alguna que otra duda: en un espacio y tiempo finitos (es decir, en un plazo de 2.000 años), ¿sería posible dar con un concepto ilimitado e infinito? En caso negativo, tan solo en la infinitud de la muerte seríamos capaces de hallarnos ante el número infinito al completo. Y si así fuera, el programador del ordenador en este momento ya debiera saber cuál es la respuesta exacta (según otra versión, el ordenador continuó hasta el infinito en busca del número infinito, hallando así su objetivo en la misma búsqueda infinita del número). «Historia del ordenador que había sido programado para hallar el número infinito».

CXVI

Todos los años, sin fallar ni una vez, la bruja del barrio se quedaba embarazada y al cabo de nueve meses daba a luz y acto seguido se comía al recién nacido. Era un penoso asunto que andaba de boca en boca. Pero a ver quién le decía nada a la maldita bruja. Si te echaba un hechizo... Era malvada, mucho. La bruja siempre andaba sola; no hablaba con nadie. A veces, bajaba a la tienda a comprar algunas cosas que necesitaba. Sólo entonces se la veía de día. De noche era más fácil verla,

en las calles más oscuras del pueblo, o en los caminos apartados que la llevaban a casa luego de haber rondado por las campas de los montes cercanos. Todos los años se quedaba embarazada por las mismas fechas, finales de abril principios de marzo, y nadie sabía cómo. Aquellos paseos que por la noche daba por el monte tendrían algo que ver, seguro (es cosa sabida que las brujas adoran al macho cabrío —al Diablo— y fornican con él). Luego, transcurridos nueve meses, siempre el veinticuatro de diciembre (el día de Nochebuena), se escuchaba en su casa el llanto del recién nacido. Y a continuación un silencio total. Todos los sabíamos: sacrificaba al bebé para la cena de Nochebuena. Una pasada. «Historia de la bruja que todos los años se quedaba embarazada y se comía en Nochebuena al recién nacido».

CXVII

Nunca se supo quién la puso allí, en Internet —si es que la puso alguien, porque en opinión de algunos, la misma página Web se colocó allí, como por milagro...—. Era una dirección de Internet; una página Web. Pero era especial: no existía. ¿Por qué? Pues, como he dicho, porque nadie la había puesto allí. Y pensar que ella solita se hubiera colocada donde estaba... En fin, no existía por eso. Pero, aún así, allí estaba. Y le llegaban mensajes desde todos lados: unos eran mensajes de amor, otros acerca de temas científicos, y también los había acerca del destino. De todo. Qué diablos: la gente quería saber, y por eso enviaban mensajes cargados de preguntas. Cosa que era del todo asombrosa, ya que nadie sabía la dirección de la página; sin embargo, los mensajes le llegaban sin que se extraviara ni uno solo. Mensajes tales como *Dirección desconocida; mensaje devuelto por el servidor* eran impensables. Por otro lado, algunos decían que en la página Web aparecía un ojo; un gran ojo de color amarillo que abarcaba casi toda la pantalla, y que estaba metido dentro de un triángulo. Pero ese

extremo no está del todo probado —ni tampoco desmentido—, puesto que el sólo hecho de pensar que alguien hubiera podido entrar dentro de la página Web era, además de imposible, también ridículo y absurdo. Y sobre todo, no podía ser sino una gran mentira. «Historia de la dirección de Internet que en realidad no existía».

CXVIII

Corría el nueve de agosto y la gente de Zumaia no podía dar crédito a lo sucedido. De boca en boca iba extendiéndose la increíble noticia, de una callejuela a otra: todos los txakolís⁶ del pueblo habían comenzado a brotar de color rojo. ¡Dios mío! Aquello sí que era un desastre! ¡Los txakolís blancos de Zumaia se habían perdido para siempre! Tanto sudor y trabajo como habían sido necesarios para elaborar en las bodegas los famosos vinos, hasta conseguir sacar adelante la tradicional bebida, y por razones que nadie alcanzaba a comprender, los txakolís habían perdido su color blanco y ahora eran rojos. Absolutamente rojos. No con el rojo del vino clarete —puesto que, además del txakolí blanco, también existen txakolís tintos y claretes—, sino completamente rojos, de un rojo chillón, con el mismo color rojo de la sangre, con ese mismo color. El sol dominaba el cielo; el mar yacía azul y en calma; y la gente tenía un peso en su corazón, debido a aquel txakolí de color rojo... «Historia del txakolí de Zumaia que de repente se volvió rojo, con el color de la sangre».

CXIX

⁶ Voz muy extendida entre los castellanos parlantes de dentro y fuera de Euskadi; alude a una bebida típica del país y conocida en castellano como *chacolí*.

Era el mejor bolígrafo del mundo: nunca se le acababa la tinta. Era realmente fantástico. De aspecto vulgar, pero por dentro del todo especial, sin duda alguna. ¡Y hasta qué punto lo era! Con aquel bolígrafo aprendí a escribir las primeras letras, de pequeño: a, e, i, o, u. ¡Listo! Luego, no sin gran esfuerzo, con ese mismo bolígrafo superé todos los exámenes del bachillerato y de mi época universitaria. Y los préstamos del coche y de la casa —que habrían de encadenarme para toda la vida— también los firmé con el mismo bolígrafo. A decir de las malas lenguas, los datos de la escuela que dio noticia de mi muerte también habían sido escritos con aquel bolígrafo. ¡Malditos difamadores! Yo bien que lo sé, porque después de muerto me enterraron con mi bolígrafo y, precisamente, con él os escribo estas líneas... «Historia del bolígrafo al que nunca se le agotaba la tinta».

CXX

La noche estaba ya avanzada en el interior de su túnel estrecho. El perro y su dueño dormían en casa (así lo parecía al menos). De súbito, el perro lanzó un aullido estremecedor, que dejó dolida y asustada incluso a la misma noche. El dueño del perro había caído en el sueño profundo y aterrorizado saltó de la cama. Era dueño de ese perro desde hacía doce años, y jamás le había oído un aullido semejante, ni una sola vez. Ni volvería a escuchárselo en los pocos años de vida que le quedaban al animal. Los pelos de la cabeza y brazos se le habían puesto de punta y tenía la piel de gallina. La primera explicación que le vino a la cabeza la vinculó con la muerte: *Quizás ha muerto algún vecino... ¿Acaso el perro ha sido capaz de percibir la muerte, de olerla...? Tal vez La Muerte ha entrado en nuestra casa pero el perro la ha descubierto y puesto en fuga...?* Con tales téticos pensamientos fue el dueño del perro quedándose dormido, hasta que cayó otra vez en el sueño profundo.

Nunca volvió a escuchar un aullido tal; pero olvidarlo, tampoco lo olvidó jamás. «Historia del terrible aullido que un perro lanzó en mitad de la noche».

CXXI

Era el velero más hermoso que nadie había visto nunca. ¡Qué velamen hinchado llevaba, cuando partió del puerto hacia mar abierto! ¡cuántos cañones a babor y a estribor! ¡con cuánto orgullo atravesaba las olas, levantando juguetones retazos de espuma! Pero ahora estaba inmóvil. En realidad, llevaba mucho tiempo quieto, sin poder avanzar ni retroceder, rodeado de gigantes cas algas, sin que soplara la más ligera brisa. Transcurrieron días, luego semanas y finalmente meses. Y todo seguía igual: el velero trabado en medio del mar. Un día, los víveres y el agua potable y las esperanzas y los días se les acabaron a los tripulantes del barco; todos perecieron: comenzando por los oficiales de mayor graduación hasta los marinos de condición más humilde. Todos. Allá quedaron; allá dejaron sus recuerdos más queridos, sus vidas, sus temores... El barco, en cambio, continuó en el mismo lugar, impertérrito, inmóvil, sin intención alguna de hundirse. Aún transcurridos miles de años, el asombroso velero continúa allí, sostenido por las densas algas y la gran salinidad de aquel mar, cautivo de su destino... quizás transformado ya en alguna constelación. Quién sabe. «Historia del velero que, a falta de viento, quedó atrapado en medio del mar».

CXXII

Toda persona tiene un instante imperecedero, aunque hasta ahora nadie haya dado con él. Pero en algún lugar, existe; está en algún sitio. Sí, pero, ¿dónde? Es tan inmenso este universo nuestro. Sería más fácil buscar una aguja en un pajar... ¿Conseguirá alguien dar

con él alguna vez? ¿No es ya poco difícil de por sí encontrar cada uno su propio instante como para encima pretender dar con el de otra persona? Sin embargo, el instante imperecedero es de gran importancia, ya que como la misma palabra nos da a entender, nos muestra el camino, nos salva de morir completamente. Además, todos estamos tan necesitados de ello. Si es que no queremos acabar en el más absoluto anonimato... Pero, ¿y por qué no? No ser otra vez nunca jamás, nunca jamás... Sin embargo, eso no es posible. Porque si no podemos imaginar la nada, ¿cómo vamos a ser capaces de convertirnos en nada? Podemos ser todo lo que seamos capaces de imaginarnos; pero no podemos ser nada porque sencillamente no somos capaces de imaginar la nada. Y eso no lo digo yo; eso lo dice el mismísimo Dios. ¿O es que ayer no leísteis el periódico? «Historia del instante imperecedero de cada persona».

CXXIII

Es cosa sabida que en el universo hay extensiones de todo tipo. Eso lo sabe cualquiera. Se trata de extensiones cósmicas, similares a atajos espaciales, a través de los cuales circulan toda clase de intenciones, ideas, sentimientos, etc. Solemos creer que todo cuanto se nos ocurre se nos ocurre *a nosotros*. Incluso creemos a ciegas en el *libre albedrío*. Y a lo sumo, dejamos en manos del determinismo natural una pequeña —o gran— parte de nosotros mismos (sólo una parte). Al parecer, aún no nos hemos enterado del importante papel que desempeñan las extensiones del universo. En ellas, nosotros y el pobre bagaje que nos atañe no son más que el resultado de las vibraciones que emanan de los seres que habitan en aquellas regiones infinitas: un pedito del universo cósmico, y nada más. Por eso nos matamos unos a otro, nos oprimimos, nos odiamos: porque somos esclavos del pedo cósmico. Y aún así, continuamos creyendo que somos adalides de la justicia,

del bienestar, de la solidaridad, cuanto en realidad no somos más que esclavos del pedo cósmico. «Historia de las extensiones cósmicas que proyectaban la vileza hasta el infinito —hasta nosotros».

CXXIV

Y entonces, el mundo se sumió en una absoluta oscuridad. Los camiones, los automóviles, las gigantes-
cas maquinarias de las fábricas, las grúas... Todo. El silencio era absoluto. La voz de las personas, los juegos de los niños, las voces de las emisoras de radio y los ritmos musicales de las discotecas. Nada. El planeta llamado tierra dejó de llamarse tierra (puesto que ya no quedaba nadie que pudiera pronunciar su nombre) y retomó su aspecto de una época: el de los tiempos del origen, el del instante de la creación (un aspecto de fantasía...). No importa cómo sucedió: una guerra nuclear, un desgraciado accidente, el terrible impacto de un asteroide o por decisión de la voluntad divina. Sucedió —tal y como antes de ello otras tantas cosas habían sucedido—. El cambio más llamativo tuvo lugar en el cielo, ya que éste adoptó un inusual aspecto. Pero como nadie había sobrevivido a lo que fuera, no tenía gran importancia. Por supuesto, la tierra continuó dando vueltas. ¿O no...? Porque, una vez extinguida la presencia viva nuestra, la de los seres humanos, ¿acaso queda algo en pie...? «Historia de lo que sucedió cuando el mundo se sumió en un absoluto silencio».

CXXV

La decisión adoptada por la lujuriosa hechicera no era cosa del día anterior, pues hacía ya muchos siglos que había decidido hacer el amor con todos los hombres del mundo. No preguntéis cómo lo había conseguido; eso sólo lo sabía ella. Había dado con el modo —un

modo mágico— de fornicar con todos los especímenes machos del planeta, aunque adolecía de un pequeño defecto: era un modo un poco lento y pausado. Y por esa razón necesitaba de bastante tiempo para pasar de una época a otra. Además, en cada acto sexual existía el riesgo de contagiarse. ¿Con qué? Pues con todas las enfermedades, vicios y demás males inherentes a cada alma con la que mantenía relación. Los males, por otro lado, eran apilables, y se pasaban con facilidad de una generación anterior a otra —de una época a otra de la malvada hechicera—. Por eso, tenía que realizar sus viajes sexuales poco a poco, pues las enfermedades habían ido adquiriendo cada vez un mayor peso en su viaje sexual (con los virus informáticos sucede también algo parecido, ¿no?). «Historia de la hechicera que había decidido hacer el amor con todos los hombres que han existido en el mundo».

CXXVI

El niño de cuatro o cinco años de edad juega a los dados él solo. No conoce las reglas del juego. Ni siquiera sabe que cada vez que arroja los dados algo sucede en algún lugar del mundo. Es sólo un niño de cuatro o cinco años, abstraído en su juego, que consiste en tirar los dados. En la habitación no hay nadie. Es de suponer que en la habitación contigua estarán sus padres. Pero en ese momento, al menos, sólo está él. Coge los dados, los mete en el cubilete, lo agita y allá van los cinco dados (porque siempre son cinco dados). Y en cada tirada, en las caras de los dados aparecen diferentes grafías, inscripciones, jeroglíficos y un largo etcétera, los cuales siempre cambian, sin llegar a repetirse nunca en ninguna tirada. Y entonces, tira los dados y algo en algún sitio sucede: un pozo del desierto se seca, una especie animal de África se extingue, un carguero no da con el rumbo que le traerá de vuelta a casa, en la selva una nueva especie de flor hace su aparición y en Nueva

York a un coche se le pincha una rueda. Porque a cada tirada algo puede suceder en algún sitio... en la infancia... ¿no...? «Historia del niño que jugaba a los dados».

CXXVII

Era la mejor kupela⁷ del mundo, tanto en calidad como en cantidad. De hecho, nunca se acababa. La excelente sidra de su interior no se agotaba nunca, a pesar de que su dueño le sacaba todos los días no sé cuántos litros. Y además era una sidra excelente. La gente venía de lejos; se ponían en fila y admiraban la extraordinaria kupela, todos deseosos de escuchar el grito de *Txotx!*⁸. Beber de aquella cuba se había convertido en un acto casi religioso. El misterio, por otro lado, era difícil de explicar. A decir verdad, no tenía explicación. Era de carácter mágico y punto —tal y como sucede con tantas y tantas cosas de la vida—. El líquido dulce y ácido se vertía de la cuba alegre, espumoso, juguetón... Según algunos, los antepasados del dueño de la sidrería habían realizado algunos experimentos plantando manzanos en noches de luna llena; y si hiciéramos caso a las malas lenguas, acudían todos los años al *akelarre* de la noche de San Juan... Quién sabe... De todas maneras, la sidra de aquella kupela no se acababa nunca, como si le hubieran abierto un pequeño agujero que la comunicase con el infinito. «Historia de la kupela de sidra que nunca se agotaba».

⁷ Kupela, voz del idioma vasco. Significa "cuba", "tonel».

⁸ Es la exclamación que precede al rito de quitar la pequeña astilla o palito (*txotxa*) que, insertada en el pequeño agujero de la cuba, actúa a modo de espita, haciendo que la sidra se escancie o permanezca en la cuba sin derramarse. La costumbre de beber de la cuba está muy arraigada. Para ello, se quita el palito y se pone el vaso de sidra, alto y ancho, bajo el chorro de sidra que en ese momento salta, se escancia de la cuba.

CXXVIII

En el bosque más tupido de la selva, en nuestro monte más desconocido, en un prado anónimo del fondo del mar... la planta que en toda la existencia de la naturaleza sólo florece una vez está a punto de florecer. Surgida hacía miles de años, no había dado nunca flor. La naturaleza le tenía reservado un particular capricho: florecería, sí, pero no una vez en su existencia, tal y como sucede con tantas y tantas plantas, sino que a lo largo de la existencia de la naturaleza sólo habría de florecer una vez. Y eso es lo que en ese preciso momento estaba sucediendo; el instante dispuesto por la naturaleza había llegado. La planta se la podía encontrar catalogada en los libros de ciencias naturales, y crecía en diferentes lugares de nuestro planeta. De todos modos, no era una especie muy abundante, y brotaba siempre en lugares solitarios, en parajes no muy adecuados para la vida humana. Por eso, cuando la planta, aquella noche, comenzó a florecer en todos los lugares de nuestro planeta, nadie se dio cuenta de ello. El proceso se desarrolló con gran rapidez; en apenas doce horas ya había acabado. Echó además una flor de las más bellas entre nuestras flores. Era realmente hermosa y bella, con colores conocidos y desconocidos, absolutamente admirable... Con la luna, las estrellas, la noche y el viento como únicos testigos, la planta echó flor por primera y última vez en la existencia de la naturaleza, y al día siguiente no quedó ni rastro de aquella sorprendente metamorfosis. «Historia de la planta que en toda la existencia de la naturaleza sólo floreció una vez».

CXXIX

Sabía que ahí afuera había todo un universo. Ese mismo universo que todos sabemos. Pero sólo uno. Porque aunque un único universo puede llegar a ser

infinito, dos universos o doscientos universos serían de por sí aún más infinitos si cabe. Y eso sin contar que el mismo número de universos puede llegar a ser infinito. Así que, hasta aquí, todos de acuerdo. Y entonces —y seguramente por esa misma razón— el creador del universo —algún artista, casi con toda probabilidad— comenzó a abrir espacios en algunos lugares de su habitación; y cada vez que abría un espacio, se topaba con un nuevo universo. Sin embargo, no se detenía a examinar cada universo, ya que hubiera necesitado de un tiempo infinito para una tarea tal —y él todavía no estaba muerto, aunque algún día lo estaría, y ese día dispondría de un tiempo infinito para examinar los universos de uno en uno—, cosa que en cierta medida parece muy razonable, porque si los universos eran infinitos —y en realidad lo eran, puesto que, como hemos dicho, un solo universo puede ser infinito—, en ese caso, luego de la muerte habría también otras muertes y eso probaría que tras la muerte el tiempo es también de algún modo limitado, y que en el fondo no es sino un sendero —o atajo— que lleva a otros infinitos, y que, en consecuencia, todas las muertes no son más que una sola, llegando incluso a destruir el significado de la muerte o el concepto unido a ella. Así las cosas, el creador del universo —algún artista, casi con toda probabilidad— decidió al fin que no merecía la pena abrir más espacios, puesto que sin esforzarse habrían de salirle al paso ese tipo de productos, esa suerte de universos, esa clase de cosmogonías. Todas y al mismo tiempo ninguna, como en un nido de avispa. «Historia del creador de universos que renunció a seguir creando espacios infinitos».

CXXX

El alquimista llevaba años y años preparando y descubriendo pociones. No le interesaban demasiado aquellas que perseguían objetivos materiales, pues las tildaba de simplonas y vulgares. Él prefería las drogas

que tenían el poder de cambiar el estado de ánimo, la personalidad, el carácter y la disposición de las personas; y cuanto más permanentes fueran sus efectos, mejor. Así hasta que, un día, halló el elixir que habría de revolucionar el mundo. Era la droga, la poción más fuerte que nunca había descubierto; el mundo sería diferente a partir de aquel día. Y no andaba errado: había descubierto el estado de ánimo a caballo entre la alegría y la tristeza (el alquimista siempre decía que él no creaba nada, sino que lo único que hacía era descubrir aquello que ya de antes existía en la naturaleza o en las cosas): la melancolía. Sí, el alquimista inventó (o descubrió) el elixir de la melancolía. Y a partir de aquel día las cosas cambiaron completamente en nuestro planeta: aparecieron poetas, pintores, escultores, escritores, trapecistas de circo, payasos y malabaristas, versolaris, caballeros andantes, Don Juanes, estrellas eróticas, sidreros y aizcolaris, jugadores de ruleta, vencedores y vencidos... y su casta y las de otros de parecida índole se extendió por todo el planeta, llegando incluso hasta La Mancha, tierras de Castilla, en donde vivía un loco y soñador que, en lugar de molinos de viento, veía gigantes... «Historia del alquimista que descubrió el elixir de la melancolía».

CXXXI

Era imposible llegar a leer la colección de cuentos al completo. Y no porque los cuentos resultaran pesados o aburridos; al contrario, era una bonita colección de cuentos. El lector era joven cuando comenzó a leer aquel libro; ahora, en cambio, estaba viejo y a pesar de todo no había conseguido acabarlo. ¿Que si se trataba del lector más vago y lento de este mundo? Pues no, en absoluto. Era un lector fino y constante. ¡Cuántas horas había empleado en la lectura de aquel cuento! ¡cuántos días! ¡cuántos años! Pero no había manera, siempre le quedaba, por lo menos, *un cuanto más* para acabar. Y

así era. Siempre *un cuento más*. Él, el lector, no habría sabido explicar porqué le faltaba siempre *un cuento más* para terminar el libro. O sí: en cuanto cerraba el libro, misteriosamente, aparecía un nuevo cuento a continuación del último. Para entonces tenía leídos cientos, miles de cuentos en aquel extraordinario libro. Pero al cerrar y abrir otra vez el libro, siempre encontraba un nuevo cuento añadido al anterior. Era matemático; no fallaba nunca. Eso sí, hasta que no había leído el último cuento no aparecía el siguiente. Era como si el libro fuese capaz de *sentir*, es decir, en cuanto sentía que todos sus cuentos estaban ya leídos, añadía entonces otro cuento a continuación del que hasta entonces había sido el último. Los cuentos eran además extraordinarios (porque así se lo parecía que eran al lector del libro —de lo contrario, no serían extraordinarios). Resultaba también asombrosa la unidad entre todos los cuentos, surgidos todos ellos del mismo hilo narrativo. El lector se preguntaba a veces si una vez muerto el libro continuaría como hasta ahora. Y sucedió que un día el lector del libro se murió. Y entonces, el libro también murió, es decir, en la limpieza general realizada posteriormente en la casa del difunto lector, alguien lo vio, le echó un vistazo y acto seguido lo arrojó al fuego, riendo, diciendo: *Mira, éste es el libro que siempre estaba leyendo. Una breve colección de cuentos. Apenas tiene ciento veinte páginas.* «Historia del libro de cuentos que, tras cada lectura, añadía un nuevo cuento al último».

CXXXII

No sabía con seguridad cuánto tiempo llevaba viendo la televisión: horas, días, años... Demasiado tiempo, de eso no había duda. Tanto tiempo que ya no veía lo que aparecía en la pantalla. Sin embargo, la interacción entre la pantalla y él era absoluta. Si de los ojos le hubieran brotado gusanos, habría permanecido imparable. No cambiaba de canal; hacía muchísimo

tiempo que ya no cambiaba de canal. No lo necesitaba; la verdad es que no necesitaba nada. Era totalmente autónomo; de hecho, casi ni existía. Era un trozo de carne, viva. Y permanecía mirando el televisor. No había al parecer nada que pudiera importunar su mundo, ni dentro de sí ni fuera de él. Era una isla creada por la televisión. No sentía nada, no pensaba en nada, no deseaba nada. El tiempo tenía el sabor de una chocolatina de chocolate blanco; tal vez incluso adquirió el mismo color a sus ojos. Yo no lo sabía. Él no lo sabía. ¿Quién lo sabía? La televisión estaba encendida; eso era lo más importante. Todo lo demás, puro bagaje, complemento, piel. A saber qué es lo que le había producido un picor cerebral tal. Pero un día apretó el botón de *apagado* del mando a distancia. Quizás lo hizo accidentalmente — ¿sí? ¿lo hizo sin querer (a pesar de que no deseaba nada)?—. Y la televisión se apagó. Y él sólo tuvo tiempo de apercibirse de ese impulso que nos arroja a los brazos de la muerte. «Historia del hombre que al apagar la televisión apagó también su vida».

CXXXIII

Hola, buenas noches le dijo a la persona que salía del ascensor y con la que se cruzó en la puerta del mismo. Al momento se dio cuenta del extraño olor que flotaba dentro del ascensor; no era malo, pero tampoco bueno. Vivía en el octavo; y según iba subiendo, más nervioso se sentía. Llevaba sombrero —la persona que con él se había cruzado en la puerta del ascensor—; y vestía una de esas gabardinas clásicas con las solapas levantadas, como para ocultar su rostro... ¡Ah, su rostro! No se lo había podido ver; en lugar de una cara, recordó que sólo había sido capaz de ver un agujero. El ascensor seguía subiendo. Era extraño, y parecía tan largo el recorrido... Sabía que algo había sucedido; que iba a toparse con una desagradable sorpresa. Para cuando llegó al octavo tenía los nervios a flor de piel. Las

puertas del ascensor se cerraron solas. Alcanzó la puerta de la casa de su madre, sacó la llave, la metió en la cerradura y le dio la vuelta. Entonces, cuando abrió la puerta, de nuevo volvió a notar el mismo olor que había notado en el ascensor; no era bueno ni malo. Llamó a su madre, pero no le respondió. Fue directamente a la cocina —la habitación que ella más amaba— y no la encontró allí; luego, miró en el dormitorio y la halló encima de la cama, todavía caliente pero ya cadáver. Y entonces, supo sin la más pequeña duda de que con quien se había topado en la puerta del ascensor era la Muerte. «Historia del hombre que se cruzó en el ascensor con la Muerte».

CXXXIV

La lámpara del techo continuaba colgando, cómo no, del techo, como si nada hubiera sucedido. Pero... ¡será mentiroso! ¿...que no había sucedido nada? ¡Vaya! ¿Qué se pensaba, que éramos ciegos o qué? Y en el lugar de cada bombilla, en cuanto apagabas la luz, aquellos espantosos ojos que de repente aparecían, ¿qué? ¿eh? Eran en total seis. Seis bombillitas alargadas, un poco oblicuas, que tan pronto como se apagaban se transformaban en tres pares de ojos. Y tenía que ocurrir precisamente en la lámpara de techo de mi habitación. Y si supierais el aspecto carnívoro que emanaba de aquellos seis abominables ojos... ¡A ver, sí, quién era el valiente que apagaba la luz de noche! Yo no, ¡joderrrr! Yo desde luego que no. Tenía que venir todas las noches mi hijo de ocho años a apagarme la luz y tranquilizarme un poco: *Tranqui, aita*⁹. *Esos ojos no tienen dientes. Por ahora...* ¡Ah, el muy tunante! Aún así, menos mal que estaba él. Que si no... ¡Brrrrr! Vivía absolutamente aterrorizado; y sentía la mirada de los ojos sobresaliendo de las tulipas en lugar de las bombillas, pegados a mí, de noche, nada más apagar la luz, e incluso

⁹ "Aita", en euskara, significa "padre, papá».

más tarde, cuando dejé de pagar las facturas de Iberdrola. Qué fuerte, oye; qué fuerte. «Historia de la lámpara de techo que, en cuanto se apagaba, mostraba seis ojos en lugar de seis bombillas».

CXXXV

Llevaba muchos años dedicado al estudio de los restos y vestigios aislados por el paso de los años y el desierto. Una pequeña ánfora, algunas monedas antiguas, fragmentos de esculturas talladas en piedra... Pero los restos que más amaba eran los jeroglíficos, *mensajes del pasado*, los llamaba él. En esta ocasión, el arqueólogo —porque se trataba de un arqueólogo— estaba perplejo: en su larga experiencia era la primera vez que se topaba con unos jeroglíficos tales. Eran difíciles de interpretar, sí, pero algún día daría con la clave del enigma, y entonces, no tendría más que ordenar las piezas del puzzle... Llegó así el ansiado día, en el que recogería el fruto de su laboriosidad. Y se dio a la tarea de ordenar las piezas del puzzle. ¡Ésa sí que fue una sorpresa! Él que pensaba recabar noticia de alguna civilización perdida, y he ahí que lo que descubrió fue... ¡un mensaje relacionado con él! Primero descifró su nombre y apellidos; luego, su fecha de nacimiento, algunos detalles acerca de sus padres —para disipar toda duda—, así como algunos otros pormenores relativos a su vida personal —los que mejor tenía guardados— y que fue lo que le hizo ver claro desde el principio que aquel jeroglífico sin lugar a dudas estaba sometido a algún tipo de embrujo o encantamiento. Pero lo más extraordinario de todo, lo que más le asombró —y también asustó— fue el fragmento del jeroglífico que anunciaba la fecha exacta de su muerte: el día, el mes, el año y la hora. Entonces, metió sus pertenencias en una maleta y regresó a casa, a aguardar el fatídico día y mientras tanto vivir sumido en sus sombrías y abatidas reflexiones.

«Historia del arqueólogo que descubrió en un jeroglífico datos relativos a su persona».

CXXXVI

Ya no había nada que hacer. Estaba muerto y punto. Lo que no sabía era el porqué, porqué rayos le habían matado. Cuando preguntó al vigilante que halló al otro lado del túnel por la razón de su muerte, no supo qué responderle. Le replicó con un débil *no lo sé*. Por tanto, no consiguió sacar nada en limpio de él, excepto que éste le mirara con mayor desconfianza si cabe. Porque, sí, le respondió que *de un tiro...* Pero al mismo tiempo el vigilante añadió que eso no aclaraba gran cosa. Por otro lado, todo sucedió tan rápido que no estaba ni tan siquiera seguro de si realmente había sucedido —si es que llegó a suceder algo—. El vigilante no le podía dejar pasar hasta no dar una respuesta que aclarara lo sucedido (decir que había muerto de un tiro no era suficiente, porque aunque aquel vigilante no estaba allí para examinar las últimas razones, tampoco se daba por satisfecho con las consecuencias inmediatas de una determinada acción). De modo que empezó a caminar por aquella suerte de limbo, adelante y atrás, arriba y abajo, sin poder hallar la razón de aquella bala. Lo que era cosa muy normal, pues el hombre que le había tiroteado lo hizo porque le confundió con otro. Y por eso le había matado. De un balazo y por accidente. Pero él todavía no sabía nada de eso; por tanto, no tenía más remedio que esperar a que su asesino llegase hasta el otro lado del túnel. Entonces se aclararían las cosas. Mientras tanto... «Historia del hombre que no sabía porqué le habían matado».

CXXXVII

Aquellos ciclistas eran realmente extraordinarios, de veras. Esforzados, sacrificados... Por mucho que dijera, me quedaría corto. De hecho, lo acaecido con este pelotón de ciclistas no tiene nombre, no se puede resumir en dos palabras. Todos estaban muertos. Muertos, además, hacía mucho tiempo. Aún así, continuaban pedaleando sin descanso —eso es lo que en vida habían hecho y eso es lo que seguían haciendo una vez muertos—. Fue una decisión que adoptaron como grupo, es decir, no era un pelotón compuesto por ciclistas de aquí y de allá, no. Cuando aún estaban vivos —vivitos y coleando— fue cuando decidieron que también en el otro mundo habrían de continuar pedaleando. Por eso, en un momento determinado y anónimo de la Historia, los ciclistas, llegados ya a la vejez, decidieron morirse todos a la vez —suicidándose— y ahora ahí estaban, recorriendo en sus bicicletas el mundo del más allá, y así, hasta el final de los tiempos —si es que alguna vez llegan a acabarse...—. «Historia del pelotón de ciclistas que nunca se detenía, ni siquiera una vez muertos».

CXXXVIII

Nunca cesaba de llover; en realidad, nunca había cesado de llover. Desde que el mundo era mundo, nunca había cesado de lloviznar en aquel rincón apartado del mundo. Era un pequeño poblado. ¿Cuántos habitantes tendría en total...? No sé... unos quinientos... Pero lo más importante era que desde que comenzaron a caer las primeras lloviznas no había cesado de llover ni una sola vez. En el poblado, sin embargo, no sabían lo que eran los aguaceros, ni lo que era el sol, ni que había pueblos en los que no se utilizaba paraguas... El *zirimiri*¹⁰ había llegado a calar hasta el corazón de la gente del lugar, llegando a empapar cada recoveco de su alma; ya que, no se trataba solamente de un tipo de lluvia, sino de

¹⁰ "Sirimiri o llovizna", en castellano.

un modo de vida, un modo de vivir la existencia. El sirimiri era más importante que el puesto de alcalde. Y nunca jamás cesaba, levantaba. Fue así desde el principio del origen de las cosas, siri por aquí y miri por allá, empapante, creador impenitente de lodazales más o menos discretos, una lluvia diminuta, incesante... «Historia del *zirimiri* que jamás escampaba».

CXXXIX

Ah, pocas veces ha habido un hombre así sobre la faz de la tierra. No se le escapaba ni un solo detalle. O, al menos, hacía cuanto le era posible para que no le ocurriera tal cosa. Debido a ello, llevaba por lo menos veinte largos años leyendo el mismo relato policial; el mismo libro siempre. Y en ese largo lapsus de tiempo prácticamente no llegó a conocer ningún otro tipo de *pienso literario*, siendo su mayor afán *conocer* con el máximo detalle los pormenores del relato. Era un hombre metódico, al que le gustaba hacer las cosas *despacio y bien*. Un hombre aburrido, al fin y al cabo. Pero inevitable; algo tan asombroso e inevitable como encontrar en el destino de un libro los nombres y apellidos del lector, transformado así en protagonista principal del relato que estaba leyendo (toda vez que un suceso tal puede llegar —y de hecho, llega— a ocurrir). Había leído el libro de todas las maneras posibles: de principio a fin, desde el final hasta el principio, realizando saltos de dos, tres y cuatro páginas cada dos capítulos... De todas las maneras posibles. Y sin embargo, siempre hallaba un nuevo detalle. Aún más, a fuerza de escudriñar todos los pormenores de la novela policíaca, llegó incluso a saber que el asesino no era el que al final del libro el autor daba a conocer, sino uno de los protagonistas secundarios que no habían tenido en la trama sino un protagonismo discreto —por no decir accidental—. Era desde luego un lector mundial, realmente metódico, de esos que no tienen prisa alguna... «Historia del me-

tódico lector que siempre leía la misma novela policíaca».

CXL

Aquella librería no tenía parangón, ni en Euskal Herria ni en el mundo entero: sólo vendía ediciones que habían sacado tiradas de un único ejemplar. Ni qué decir tiene que se formaban largas filas formadas por cientos de personas, desde que los primeros rayos del sol rasgaban el amanecer hasta que el imponente astro, de puro cansancio, volvía de nuevo a esconderse tras el horizonte de edificios y calles. Era un tanto misterioso, porque... ¿de dónde sacaba, si no, el propietario de la librería ciento, miles de tiradas de un solo ejemplar? Según las habladurías, él era el autor de todos los libros. Pero, eso, como es evidente, no podía ser, puesto que los libros que se amontonaban en su librería se contaban por miles. Entonces, ¿de dónde sacaba todas aquellas ediciones de una sola tirada? ¿Los hacía acaso valiéndose de algún programa informático ideado especialmente para tal efecto...? No, esa posibilidad hay que desecharla, ya que el propietario de la librería no disponía de ordenador ni tan siquiera para la organización de su trabajo como librero. Bien que lo sé yo, humilde pero honrado comercial de productos informáticos, que llevo cuarenta largos años intentando venderle un ordenador, sin éxito... «Historia de la librería en la que sólo se vendían tiradas de un único ejemplar».

CXLI

Poca gente sabía nada del modo de vida del banquero. Sin familia y soltero, casi nadie le preguntaba acerca de su vida privada, y no tenía amigos. A las ocho de la mañana entraba en la sucursal bancaria de la que era director y hasta las tres de la tarde permanecía allí

trabajando. Durante ese tiempo, pasaban por sus manos cantidades de dinero que pocos de nosotros hemos llegado siquiera a imaginar. A fuerza de manejar dinero, acabó al final perdiendo el sentido que éste habitualmente tiene en nuestras vidas. La sucursal bancaria estaba en París y su director vivía en lo que suele llamarse *une chambre de bonne*, es decir, una *habitación de criadas*, traducido literalmente, pero que en realidad suelen ser pequeños desvanes o buhardillas habilitados —más o menos— como habitaciones reservadas a las personas con muy pocas posibilidades económicas: emigrantes (chinos, africanos...), trabajadores humildes y modestos de la Europa oriental, y también estudiantes, artistas y aventureros de paso por París. Pero un día la misma *chambre de bonne* le pareció *demasiado* para él y decidió convertirse en *clochard* (mendigo) —aunque continuó trabajando con normalidad en la sucursal bancaria desde las ocho de la mañana hasta el cierre de la misma—. Eso sí, conservó su *chambre de bonne*, utilizándola únicamente para cambiarse de ropa y asearse antes de acudir al trabajo. En cualquier caso, puede decirse que vivía en la calle desde que finalizaba su trabajo a las tres de la tarde. Tanto en invierno como en verano, hiciese frío o calor, vivía en la calle vestido con sus ropas de mendigo, de tal forma que nadie hubiera podido reconocerle. Era evidente que el dinero no le importaba, aún siendo un excelente y hábil director de banco. Un día no acudió al trabajo. Y a partir de aquel día, nada se supo de él, a pesar de que la policía hizo un gran esfuerzo por dar con su paradero y su desaparición fue comentada en los noticieros de las grandes cadenas de radio y televisión. La víspera de su desaparición la policía encontró bajo uno de los puentes del Sena un *clochard* que durante la noche había perecido de frío. Como carecía de documentación, y nadie se interesó por él, nunca supieron quién era. Además, ¿por qué iban a molestarse por un mísero mendigo...? «Historia del director de banco que se convirtió en *clochard*».

CXLII

Es cosa sabida que nuestro universo es maravilloso. ¡Cuántos misterios y sorpresas mantiene ocultos, y qué impresionante es su diversidad...! Por ejemplo, hubo una vez en nuestro universo un planeta asombroso, en el que sus habitantes, una vez muertos, se transformaban en estrella fugaz, en meteorito, en cometa o en polvo espacial. Luego, bajo ese aspecto, recorrían miles o millones de kilómetros a través del espacio, llevando dentro de sí la semilla de la vida. Ése era el medio que la naturaleza de aquel planeta había elegido para diseminar la vida a otros confines del universo. En realidad, no estaba muy claro cuál era el motivo del origen de los habitantes de aquel planeta: ¿habían sido creados a fin de que fueran el principio de su propio origen? ¿o para que sirvieran de medio de transporte para otras formas de vida? Pero, ¿quién tiene la respuesta de todas las preguntas? Dios, tal vez; o el Universo; o Nadie... Pero, mientras tanto, soñemos, soñemos con todas nuestras fuerzas; y con los ojos cerrados, seamos espacio, universo infinito; seamos estrella fugaz, meteorito, cometa, rocas sueltas que en silencio, humildemente y al mismo tiempo con arrogancia y bravura atraviesan el espacio... sin detenerse nunca, carentes —en apariencia— de todo objetivo... «Historia de los habitantes de un lejano planeta que luego de morir se transformaban en meteorito, en cometa...».

CXLIII

Estaba asqueado de su idioma habitual; era como si le pesara demasiado. Seguramente, con toda razón. No deseaba aquel grafismo cotidiano; eso es lo que llevaba haciendo en los últimos veinte años, y los resultados estaban ahí, delante de sus narices: mediocres, penosos. Ahora, necesitaba otra cosa. ¡Al diablo con los

convencionalismos lingüísticos habituales! No tenía necesidad de una representación gráfica, ni tampoco de representaciones mentales por muy inteligentes que éstas fueran. De allí en adelante sería una isla, un fenómeno inexplicable, un misterio total incluso para él. Pensaría, escribiría y viviría con esa armonización abstracta inherente a la música, a las matemáticas, a la escultura. No quería una palabra, sino llegar al origen de las emociones. Inventaría un reloj, sin agujas, pero que habría de proporcionarle puntualmente la sensación de las horas. No le importaba el aspecto material, sino las consecuencias del aspecto material. Él no era él, sino la opinión que de sí mismo tenía. Así, desharía los años, rasgaría los velos, quitaría la máscara de su rostro. Y entonces... y entonces... ¡se quedaría sin idioma! Desnudo, el primer protohumano del mundo. Regresaría al paraíso, encontraría otra vez a su madre, a la madre de su madre (que nunca llegó a conocer), a sus tíos y tías muertos hacía tanto tiempo... Y entonces, no necesitaría de un idioma. *Ya basta de mentiras, por favor.* «Historia del hombre que suprimió todos los convencionalismos lingüísticos, porque le impedían pensar».

CXLIV

No había nada que se le pudiera comparar, era el mejor bolígrafo del mundo: ¡jamás se gastaba! La tinta no se le acababa nunca. No utilizaba cartuchos de repuesto ni martingala alguna. Era como si la eternidad estuviera atrapada dentro de aquel bolígrafo. Por fuera era vulgar y compacto, fabricado en una sola pieza. Excepto el capuchón, todo lo demás era de una sola pieza, un material parecido al plástico, sólo que más duro... El inventor del bolígrafo bien que había entendido en qué consistía el concepto, la esencia, el meollo de lo eterno... Una línea negra parece que no es nada; ni tampoco lo es una letra suelta. Pero una palabra adquiere apariencia de algo. Y muchas palabras a la vez... o es

un diccionario (la más asombrosa representación de la nada, que proporciona la clave para todas las combinaciones) o es el principio de todas las ideas/intenciones/conceptos (y también origen del universo, porque pudiera ser que el universo sólo sea la representación gráfica de una frase, y nada más). En ese caso, la pregunta correcta no sería qué fue primero, el huevo o la gallina; sino qué fue primero, la representación carnal (oral) del huevo o la representación abstracta (verbal) de la gallina. Algunos piensan que nuestro curioso bolígrafo eterno podría ser la *señal* enviada por alguna civilización superior a la humana. Lo cual tendría su explicación (como todas las cosas de este mundo). Pero eso, es ya otro asunto. «Historia del increíble bolígrafo cuya tinta no se agotaba jamás».

CXLV

Cuando entró en la autopista no notó nada especial. Tal vez, a lo sumo, se apercibió de algo extraño en el rostro del encargado del peaje... El encargado estaba solo... Claro, que no eran más que las siete de la mañana... Puede que fuera un poco singular, una soledad tal en una autopista de tanta importancia... Pero no había porqué tacharla de imposible. De todas maneras, con relación al rostro del encargado del peaje, había en él algo que infundía temor: la desolación de su mirada, una lentitud casi infinita en sus movimientos... Consecuencia de su trabajo solitario y repetitivo, seguro. Llevaba media hora conduciendo, cuando reparó en los primeros indicios alarmantes. No sé, el paisaje... no era el de siempre. Conocía muy bien el recorrido, pues lo hacía a menudo. Esas colinas... No las había visto nunca, ni tampoco los árboles de los alrededores. No sabía qué especie de árboles eran, pero no habían estado allí desde siempre. Por otro lado, eran demasiado grandes como para que los hubieran plantado hacía poco. Cuando transcurrió otra media hora, comenzó a preocuparse de

veras, pues para entonces ya nada se le hacía conocido. El recorrido a realizar no debía haberle llevado más de tres cuartos de hora; debía de haberse pasado la salida sin darse cuenta... Ésa tenía que ser la explicación. Pero... No, se estaba engañando así mismo. Miró el contador de kilómetros. Se quedó de piedra: marcaba una cifra que siempre se repetía, a pesar de que los números se movían. 26.666, ésa era la cifra. Y aunque los cinco números se movían a la vez, siempre componían la misma cifra. De súbito, vio otro automóvil un poco más adelante. El primero, desde que entró en la autopista. Presionó el acelerador para alcanzarlo. Y cuando estuvo a la misma altura, vio un hombre igual que él que le miraba aterrizado, dentro de un coche igual que el suyo. ¡Tenía su mismo rostro! ¡vivía su mismo terror! Lo adelantó a toda velocidad y volvió a toparse otra vez con la autopista interminable y desierta. El cuentakilómetros seguía marcando lo mismo, indicando siempre la cifra 26.666. Entonces, le sucedió la cosa más impensable de este mundo: trató de detener el coche en el arcén, pero... ¡no podía detener el automóvil! Se movía con vida propia. A partir de ahí, entendió que no había razón alguna para asombrarse de nada, y levantando las manos del volante, dejó que el automóvil le guiara a donde quisiera, sin que éste mostrara señal alguna de descontrol. Adelante siempre; siempre hacia adelante. Se preguntó si aquella autopista se terminaría alguna vez en algún lugar. En las próximas ocho horas la aguja del combustible no se movió ni un milímetro, ni tampoco a la mañana siguiente, ni a la otra... «Historia de la autopista que conducía hasta el infinito».

CXLVI

Cuando llegó al final del túnel, confieso, le causó honda emoción. Circulaba a través de un territorio desconocido, por carreteras estrechas y empinadas. De vez en cuando, se cruzaba con otros automovilistas que

le miraban con pena o con desconfianza, aunque sólo sucedía unas pocas veces, pues aquellas carreteras parecían estar fuera del mundo real. Por eso, cuando llegó al túnel, sintió algo especial. No había hecho sino recorrer los primeros metros cuando volvió la cabeza hacia atrás, casi con nostalgia, como si aquella pudiera ser la última vez que fuese a contemplar la luz del día. No andaba equivocado con esos malos augurios: luego de recorrer kilómetros y más kilómetros, sin llegar nunca al otro lado del túnel, perdido en aquella línea recta sumida en la más completa oscuridad, hubo un momento en que se dejó caer en el recuerdo de los primeros instantes en que se introdujo en aquel extraño país, en aquellas extrañas carreteras y en aquel extraño túnel. No veía a nadie. Por un momento, se preguntó si aquel túnel acaso no lo habrían construido sólo para él. Cerró los ojos, y pensó que no tenía prisa en volver a abrirlos de nuevo. Si en el mundo existía la eternidad, él la había desde luego encontrado. Cosas así acaban sucediendo tarde o temprano; no se pueden evitar —como nacer o morir y como tantas otras cosas en la vida—. Lo mejor era cerrar los ojos, y dejar al automóvil llevarte a donde debía hacerlo... «Historia del túnel —acaso infinito— que no parecía tener final, una salida...».

CXLVII

¡Siete kilómetros! Sólo siete kilómetros para alcanzar la meta. Por desgracia, aquellos siete kilómetros no acababan nunca. De veras. El ciclista llevaba por lo menos veinte años y pico tratando de recorrer aquellos siete kilómetros, pero en vano. No, no se trataba de un caracol disfrazado de ciclista, sino de un ciclista de verdad, con su mallot y sus pantaloncitos cortos ajustados y demás. En esos veinte años jamás se bajó de la bicicleta, ni dejó nunca de pedalear. Sin embargo, no había manera de llegar hasta aquella eternidad de siete kilómetros. No llegaría nunca. No acabaría nunca la

etapa. ¿Lo sabía él? ¿Sabía lo que le estaba ocurriendo? Yo creo que no. El tiempo nos engaña. Nos presenta la vida como clasificada en cajones (en años), y luego trata de hacernos creer que la vida es eso: un intervalo, un camino (cómo no, lineal) que empieza y acaba. ¡Y un cuerno! El ciclista siempre pensó que eso era mentira; que el tiempo no era una línea recta y luego un número, sino que la eternidad la llevábamos dentro, en el interior de cada persona; una ventana que debíamos atravesar para detener el paso del tiempo y alcanzar así la eternidad. Y eso es lo que él había hecho: se había subido a la bici, se había asomado hasta esa ventana del tiempo y la había atravesado con la fuerza de sus sentimientos. A partir de entonces ahí estaba, pedaleando sin cesar, a una con el universo, realizando viajes de millones de kilómetros a cada vuelta de pedal, pero al mismo tiempo, sin llegar a salir de ese cerco espacial de siete kilómetros de distancia —pues no le hacía falta salir de él, así como el pájaro no necesita del verbo para gozar de la libertad—. «Historia del ciclista que llevaba veinte años y pico atravesando un infinito de siete kilómetros sin alcanzar nunca la meta».

CXLVIII

El hombre había muerto hacía mucho tiempo. Pero no pudo nunca hacerse a la idea y es por eso que contrajo una manía: una vez al año, a saber desde dónde, llamaba a la que había sido su casa y preguntaba por él mismo. Y entonces, tras recibir la contestación habitual, exclamaba un *Oh, perdón* y cortaba la comunicación. ¿Qué le solían responder? Pues... lo habitual en tales casos: que murió, que ya no vivía allí, que no lo conocían, que habría marcado mal el número de teléfono... Ya sabéis, cosas como ésas. Lo que ya no sé es de dónde demontre llamaba. Del teléfono de mi casa no, al menos... Por otro lado, la pregunta más interesante es qué le impulsaba a llamar. ¿Aún muerto, el asombro que

le causaba morir era tal vez lo que le movía a telefonar todos los años a su casa? ¿quizás algo que en esta vida, o en su casa, dejó olvidado? ¿algo realmente importante para él y que ahora no sabía cómo hacer para recuperarlo? ¿o era pura nostalgia? Estaba claro que cualquier intento por vincular el fenómeno a algún tipo de poder sobrenatural se debía descartar y ser calificado de *insensatez carente de sentido*, en vista sobre todo de la inocente respuesta que, en su caso al menos, se limitaba siempre a dar: *Oh, perdón...* Muchas son las cosas cuyas respuestas nos son desconocidas. Por ejemplo, ¿quién pagaba los gastos de conferencia que, por cierto, debían de ser terriblemente elevados? ¿eh? ¿quién? «Historia del hombre muerto que una vez al año telefonaba a la que había sido su casa».

CXLIX

En aquel país hasta a los camellos les costaba soportar el calor, ya que el sol nunca se ponía. Nadie sabía la causa del fenómeno: si acaso había dos soles, uno que salía antes de que el otro se ocultara del todo; o si acaso era siempre el mismo sol, que se escondía por un sitio y volvía luego a salir por otro. Quién sabe; nadie lo sabía (y además, a nadie le importaba demasiado el porqué). En aquel país no existían fábricas de electricidad, desde luego, puesto que no les hacía falta para iluminar sus casas y calles. El sol era como una antorcha gigantesca que brillaba eternamente en el cielo; antorcha que los habitantes de aquella fantástica región llevaban dentro de sí, como un enigma incomprensible, más allá de toda pregunta y causa (como si a Dios por un momento se le hubiera olvidado algo, aunque aún no se hubiera dado cuenta el qué —apagar la luz—). Disponer de luz solar durante veinticuatro horas al día cambia a las personas, situándolos ante horizontes insospechados. El hecho de que el sol estuviera allá, en lo alto, brillando durante todo el día, acabó por convertirlo

invisible a los ojos de las gentes, a fuerza de contemplarlo un día y otro, y otro —tal y como dejamos de ver las cosas más hermosas a fuerzas de verlas una y otra vez: el mar, los montes, las estrellas y las personas y cosas que realmente amamos—... «Historia del país en el que nunca se ponía el sol».

CL

No se abría; el dichoso paracaídas no se abría. No se quería abrir. Había verificado mil veces que todo estaba bien, antes de subir al avión... Y ahora no se le abría. ¡Velocidad más vertiginosa! Esa misma velocidad que él tanto amaba, y que ahora tanto terror le producía. Se resignó; tiró la toalla. No había nada que hacer. El maldito paracaídas no quería abrirse; no quería desplegarse el *paraguas* del juego que ahora se desarrollaba a vida o muerte. Moriría, en un golpe brutal contra la tierra. Tendrían que recogerlo a pedacitos. Estaba acabado. Entregado a esos fatales pensamientos, vio un poco más abajo un gran banco de espesas nubes. ¡Era un fantástico tropel de nubes! Entonces, se le ocurrió pensar que su salvación podía estar en aquellas nubes: entre las gruesas, inescrutables y abundantes nubes. Si hallara algún modo para no llegar a salir de aquel espeso cúmulo de nubes... Si atravesaba aquellas nubes, a partir de ahí sólo le aguardaría la inmisericorde superficie terrestre. En cambio, si diera con la manera para no atravesarlas, se quedaría allí para siempre. Evitaría el terrible golpe. ¿Pero cómo, cómo podía lograr algo así? ¿en dónde estaba la solución, la llave, la respuesta...? De repente, ante sus ojos, allá mismo, a unos pocos metros nada más, cuando se hallaba en la zona más compacta del grupo de nubes, halló la ansiada respuesta. Y entonces, el paracaidista extendió su mano hacia... Pasaron largos minutos, y no salía de las nubes. Había desaparecido por completo. ¿Cómo lo hizo? Eso no lo sabe nadie. Tal vez, cerró los ojos y comenzó a tirar de un sue-

ño... «Historia del paracaidista que desapareció en un cúmulo de nubes».

CLI

Cuanto más la miraba, más hermosa le parecía. Belleza que le partía el corazón en dos. Es raro, teniendo en cuenta que entre él y las mujeres siempre hubo algo así como un muro separador. Pero ahora la defensa estaba rota; el muro yacía deshecho. Era tan hermosa; le provocaba sentimientos tan intensos. Era como un sueño; no, era mejor que un sueño: era el sueño hecho realidad. Alargó la mano hacia ella, pero hubo de retirarla a toda prisa. No, era mejor que no la tocara. Sólo mirarla; nada más que mirarla. Si la tocara, desaparecería, y entonces, el sueño también desaparecería ante sus ojos. Si así sucediera, no podría volver a encontrarla en ningún otro sitio, nunca más —algunos acontecimientos únicamente suceden una vez en la vida—. Era pintor, uno de esos artistas que pintan paisajes, instantes, cosas y... retratos. Y se había enamorado completamente de uno de sus retratos. No había utilizado ninguna modelo para pintarlo; sino que se basó en su inspiración e imaginación. De modo que, en aquel retrato, lo que en realidad había plasmado era la idea que tenía —a modo de concepto— acerca de la belleza ideal. Y por eso, estar enamorado de aquel retrato sabía que era estar enamorado de la Naturaleza, de Dios o, al fin y al cabo, de la propia Belleza —del Arte—. «Historia del pintor enamorado del retrato de una mujer que él mismo había imaginado».

CLII

Allí yacían los cadáveres de sus soldados, la mayoría de ellos descuartizados, pudriéndose, para alegría y regocijo de los buitres. Y junto a ellos los restos

de la maquinaria militar, unas rotas en mil pedazos y otras intactas: cañones de hierro y bronce, catapultas para arrojar grandes piedras y bolas de fuego, espadas, trabucos, lanzas, escudos, no sé cuántos tipos diferentes de armas de hierro y metal... El campo de batalla... los restos bosquejados entre la niebla... la resaca del día siguiente a la batalla. Y contemplando todo ello nuestro general, completamente abatido (pues en aquella esca-bechina no sólo perdió la batalla, sino la guerra). Habían transcurrido desde entonces trescientos, cuatrocientos años. ¿A quién le importaba ya...? Sin embargo, el general continuaba allá, contemplando el campo de batalla, la mirada perdida, preguntándose una y otra vez qué es lo que había hecho mal, sin dar nunca con la respuesta, sin hallar el camino de vuelta... Los buitres graznaban y se daban picotazos entre sí, disputándose los pedazos del cadáver de un valiente capitán. Pero el general apenas se daba cuenta de nada... «Historia del general que, perdida la guerra, permaneció durante largos siglos contemplando el campo de batalla».

CLIII

Él era *uno* y al mismo tiempo no sé cuántos más. Era el ser humano más humilde del mundo, proyectado al mismo tiempo en cientos, miles, millones de seres humanos. Él era *uno* y al mismo tiempo *todo el mundo*. No era Dios (y si acaso lo era, pues... no lo sabía). Intuía, sí, que había muchos caminos, y un único modo de llegar a todos ellos: cerrar los ojos, agachar la cabeza y pronunciar un nombre. Eso era suficiente: el eco le traía al recuerdo los nombres de todos aquellos seres que habían existido, existen y existirán. Estaba sentado en una piedra —en una piedra del camino—. Y las nubes pasaban raudas sobre su cabeza, teniendo como objetivo misteriosas y lejanas tierras. Sentado sobre una piedra del camino, sabía que sólo era *uno* más aunque no le importaba seguir siendo *uno* más o no seguir

siéndolo. Cuando un hombre se quejaba en una lejano país, él también se quejaba; cuando una mujer lloraba en un apartado lugar del planeta, él también lloraba; y cuando un niño gritaba con desesperación en un lugar remoto, él también hacía otro tanto. Porque él era *uno*, y al mismo tiempo no sé *cuántos más*. «Historia del humilde ser humano que aún siendo sólo *uno* se proyectaba al mismo tiempo en cientos, miles, millones de seres humanos».

CLIV

La gente comenzó a aplaudir cuando compareció en la sala. Era él. El inventor. El inventor del lenguaje. Perdón. He dicho *la gente*. Pero todos tenían más bien aspecto de monos. Y perdón otra vez, pero he dicho *en la sala*, aunque en realidad no era más que una cueva subterránea. Entonces, todos los monos comenzaron a aplaudir. Allí estaba, ante todos ellos, el inventor del lenguaje. De allí en adelante, todo sería diferente. Y no se equivocaban. Comenzaron los grandes jefes del grupo a chillar, a aullar, a saltar, a aplaudir; o, dicho en otras palabras, a ensalzar al creador del lenguaje, homenajeando públicamente su grandeza, proclamándola. Y todos los monos reunidos en la cueva redoblaron sus aplausos con entusiasmo aún mayor, si cabe. La cueva estaba abarrotada de monos. Era un grupo de veras numeroso, impresionante. Fuera de la cueva había más que no habían podido entrar por falta de sitio, y permanecían expectantes, aguardando una palabra, un chascarrillo aunque sea. Entonces, pidieron al creador del lenguaje que pronunciara unas palabras. Y éste, acercándose a una suerte de barandilla natural que actuaba a modo de palestra o estrado, comenzó a pronunciar unas rudimentarias palabras, pero no pudo seguir porque de repente todos los monos se abalanzaron contra él y en un santiamén lo despedazaron en un carnaval de sangre y frenesí. «Historia del mono creador del lenguaje que en

premio a su descubrimiento fue primero aplaudido, luego ensalzado y finalmente ejecutado».

CLV

¡El siguiente! gritó el verdugo que antes había sido juez. Guillotina, horca, fusilamientos, garrote vil, inyecciones, silla eléctrica... Conocía innumerables tipos de ejecuciones diferentes. Muchísimas. En un tiempo, aunque su tarea fue la de administrar justicia, un día se dio cuenta de que era mejor ejecutar las sentencias —pues mayor era el placer que ello le proporcionaba— que dictarlas. Y desde entonces, ésa era su principal dedicación, es decir, la actividad del verdugo. Tarea que desempeñaba muuuuy a gusto. Lo que ya no está tan claro es porqué se metió a verdugo: desengañado de la carrera judicial, tal vez, o desencantado de la justicia... Quizás sólo era una de esas vocaciones que suelen descubrirse de forma tardía... Quién sabe. En cualquier caso, a nuestro juez se le veía cada día más feliz desde que cambió de oficio. Incluso había engordado unos kilos, vaya. Por otro lado, siendo hombre estudioso y de grandes conocimientos, intentó revolucionar, renovar de arriba abajo la profesión de verdugo. Por ejemplo, en sus ratos libres trabajaba en una pequeña enciclopedia, en la que recogía miles de consejos y novedades sobre cómo ejecutar a los condenados. Se hizo famoso en todo el mundo, y sus seguidores se contaban por miles. Aún más, los que abandonaban los estudios y oposiciones de juez para abrazar el oficio de verdugo, eran cada vez más numerosos. Y en sus ejecuciones llegaban a concentrarse miles y miles de honrados ciudadanos, que incluso se peleaban o pagaban sumas astronómicas por estar presentes en las ejecuciones (ya que había que pagar para acceder al lugar del castigo —por lo general, un estadio de grandes dimensiones—); veces había que la sangre llegaba al río, y los muertos y heridos se contaban por docenas. Según se contaba, utilizaba 365 ma-

neras distintas para matar a la gente, una por cada día del año. Y nunca repetía una sola ejecución de un año a otro, es decir, que todos los años inventaba otras 365 maneras para llevar a cabo las ejecuciones. Los que habían estado presentes en su última ejecución regresaron embriagados, eufóricos, del espectáculo: la había llevado a cabo a patadas y puñetazos, con sus manos desnudas. «Historia del juez que abandonó la carrera judicial para abrazar el oficio de verdugo».

CLVI

El bañista de la piscina gozaba en total soledad de su baño. Nadaba a lo largo, de forma pausada, tomándose a veces pequeños descansos (a pesar de que la piscina era más bien de dimensiones reducidas). Todo le parecía un sueño. De vez en cuando, las cigüeñas atravesaban el cielo arrastrando en el aire sus largas patas. El mismo cielo parecía más extenso que de costumbre, más abierto, más infinito; y las nubes, más blancas. El nadador estaba asombrado de su propia presencia, de aquel cielo inusual, de las transparentes aguas de la piscina, de la soledad que le rodeaba... No le resultaba fácil comprender qué hacía allí. Cerró los ojos, dio algunas brazadas y cuando volvió a abrirlos, no halló ni rastro de la piscina ni de las cigüeñas ni de aquel cielo ni de sí mismo. Todo había desaparecido, aunque él continuaba nadando. «Historia del bañista en la piscina».

CLVII

No quería morir —como todos—. Por eso, cuando la Muerte se le apareció —para llevárselo— le pidió que le concediera una prórroga; que demorara su hora de la muerte. *Sí, pero a cambio de qué*, le preguntó divertida la Muerte. Cuando le mencionó el dinero, la

Muerte le respondió con una carcajada. Inmediatamente se dio cuenta de su error y de su impotencia. Entonces, se le ocurrió otra cosa: *Mataré para ti*. Los ojos de la Muerte brillaron con ambición. Cerraron el trato. Aquella misma noche salió a la calle en búsqueda de una víctima. Era el único modo de sobornar a la Muerte: matar, asesinar, dejar nuevas almas en sus manos. Dicho brevemente, trabajar para ella. Y así, siendo como era hombre de muchos recursos, no tardó la Muerte en constatar las habilidades de su subordinado. Y encantada con el buen negocio realizado, haciendo anotaciones y apuntando cifras en su cuaderno, registraba el nuevo género que le llegaba. Y es que nuestro hombre en cuestión no era manco en absoluto. Y pasado un corto espacio de tiempo, halló el modo de provocar cientos, miles de muertes: promoviendo dictaduras militares, impulsando la construcción de centrales nucleares, extendiendo de forma artificial enfermedades contagiosas de todo tipo; adulterando los alimentos... Tenía bien ganada su recompensa: prorrogar el día de su muerte. Ya lo creo. «Historia del hombre que sobornó a la Muerte».

CLVIII

Aunque estaba a la vista de todo el mundo, parecía que era invisible, pues nadie reparaba en ella. Me refiero a una planta; una planta vulgar, muy extendida y... absolutamente desconocida. Sobre todo para la ciencia. De hecho, no estaba recogida en un solo catálogo de Ciencias Naturales de ninguna parte del mundo. Y es que era tan vulgar, tan inconscientemente conocida y fácil de encontrar en cualquier sitio, que nadie la había catalogado aún, pues todos los científicos creían que debía estarlo ya desde hacía infinidad de tiempo. ¡Ah, vaya un lapsus! Por desgracia, eso no era lo peor; lo peor era que la planta, debido a no sé que microbacteria, había comenzado a desaparecer. Y como todos los científicos y biólogos estaban muy afanados en busca de

especies raras y singulares, no se dieron cuenta de que había comenzado a extinguirse. Y sin que nadie la hubiese tenido nunca en consideración, murió —la dejaron morir— con gran inconsciencia. Y cuando hubo desaparecido del todo, no sucedió nada. Absolutamente nada. «Historia de la planta muy extendida en una época pero que no llegó nunca a ser clasificada».

CLIX

El incendio podía verse de lejos, iluminando la noche de forma realmente estremecedora, convirtiendo en ceniza los infortunados árboles del bosque. Pero a la mañana siguiente, el bosque aparecía otra vez recobrado, como si nada hubiese sucedido en la noche anterior: las soberbias hayas, los colosales castaños, los genuinos robles... Allí estaban, enteros, sin el más mínimo rastro de los terribles daños provocados por el incendio de la pasada noche. Los nidos de los pájaros, el helecho verde y fresco (alimento de las cabras salvajes), toda clase de matorrales y baja vegetación... Todos incólumes. Era realmente milagroso. Pero en cuanto el sol se ocultaba, a una con las primeras sombras del anochecer, un pequeño resplandor iba adueñándose del lugar, hasta convertirse en gigantesca hoguera que una vez más volvía a arrasar el bosque entero. En dos horas la fuerza del incendio era incontenible. Pocas veces se ven incendios forestales de tales proporciones. Por la mañana, en cambio, en cuanto los primeros rayos del sol rasgaban la mañana, el incendio se extinguía por sí solo y todo vestigio del desastre desaparecía, dejando en su lugar el hermoso bosque, tan maravilloso como la víspera —o acaso aún más maravilloso—, como si la noche anterior nada hubiese sucedido. «Historia del bosque que todas las noches ardía y todos los días aparecía intacto».

CLX

Estaba fascinado: ¿cómo era posible que el ser humano no tuviese aún noticia de la extraordinaria civilización de las abejas! No era una simple organización animal; era mucho más: era una auténtica civilización. Infinitamente más avanzada que la humana. Pero ignota. ¿Por qué? Porque nadie conocía el idioma de las abejas. Pero un día nuestro investigador dio con la clave. ¡Qué fácil era! ¡cómo no lo había descubierto antes! El lenguaje de las abejas tenía su propio abecedario; y ello las dotaba de suficiente capacidad para llevar a cabo muchas más acciones que las que se les atribuían. Por ejemplo, les daba la capacidad de hablar —exactamente igual que lo hacemos nosotros, con la misma abstracción y materialización lingüística—. La miel no era más que una excusa: tenían objetivos mucho más elevados, entre otros: sustituir a la especie humana, cuyo declive era notorio día a día. ¿Pero quién le creería? En principio, para comprender el lenguaje de las abejas era imprescindible un poco de fe. Y eso estaba fuera de los objetivos y metas de la ciencia. De todas maneras, no era un obstáculo infranqueable. Con un poco de paciencia, podía enseñar a todo el mundo cómo funcionaba el idioma de las abejas, su estructura sintáctica y verbal; ya que dar con la metodología científica de la explicación no era sino cuestión de tiempo. Pero las abejas no son tontas. Y un día, algunas abejas-soldado que se hallaban en tareas de espionaje llegaron a saber que sus conocimientos lingüísticos y sus objetivos reales habían sido descubiertos por nuestro científico, y que un hombre de inteligencia —o capacidad de observación— superior a la del resto de los humanos había sacado a la luz su secreto complot. En realidad, fue un error del propio científico, consecuencia del experimento realizado con algunas abejas de campo: les habló. Y éstas, superado el asombro de los primeros instantes, pasaron el aviso a todas las abejas de todos los colmenares de los alrededores, dejando al desafortunado científico más agujereado que un colador, de modo que el infeliz acabó lle-

vándose a la tumba su descubrimiento. «Historia del hombre que descubrió el lenguaje —y complot— de las abejas».

CLXI

¡Qué intensa era la pasión que le devoraba por dentro! ¡Hasta qué punto lo deseaba! Pero, ¿y cómo lograrlo? Había hecho la prueba de todas las maneras imaginables. Pero en vano. El destino no quería hacer realidad su secreto deseo. Es cosa harto sabida: nacemos con el don de conseguir algunas cosas, del mismo modo que nacemos negados para conseguir otras. Es así, y punto. Sin embargo... ¡cómo lo deseaba! Era una secreta pasión; tal vez, una baja pasión. ¡Mejor si se olvidara del asunto! Y sí... quería pero no podía (seguramente no lo quería en su fuero interno...). Entonces, una fuerza sobrenatural le trajo la solución. Le propuso un trato; un pacto... Para ser exactos, era un cambio: *Tú me darás tu juventud y yo a cambio haré realidad tu deseo*. Ése era el trato: un día de felicidad, a cambio de la juventud. Y en ese día de veinticuatro horas, a cambio, su deseo se convertiría en realidad. Se mordió el labio inferior, nervioso y dubitativo. Pero no necesitó mucho tiempo para tomar una decisión: *Sí*, pronunció casi en un susurro, temblando de miedo y gozo. Entonces, el mensajero de las tinieblas chasqueó los dedos, acto seguido desapareció y el joven tuvo un día entero para gozar al fin de su secreta pasión. Y cuando el día llegó a su fin, se miró en el espejo y halló reflejada la imagen de un hombre entrado en años, casi viejo. Era él —aunque le costó un poco reconocerse—. «Historia del joven que perdió su juventud en un solo día, a cambio de ver cumplido su deseo».

CLXII

No sabía qué estaba haciendo en aquel apartado lugar, de noche. El ruido de la moto no le dejaba concentrarse en sus pensamientos —no, al menos, en un único pensamiento o idea—. Atravesaba una carretera del desierto; una carretera de un desierto. Había visto, recorrido y por último olvidado muchos lugares así. Cuando los dejaba atrás, sin embargo, algo de ellos se le quedaba metido dentro, una suerte de sensación... que incluso le parecía palpable. Quizás la emoción (la emoción del motorista hacia el paisaje, hacia la noche, hacia la soledad del paraje). Como si ese recorrido no tuviese un final. Casi esa misma sensación que produce vivir. Asunto de un instante y nada más —ahí radica el misterio—. El motorista no envejecía, aún cuando llevaba largas décadas atravesando los desiertos de todo el mundo. Cuando alguien se topaba con él en la carretera (difícil, aunque no imposible), decían sentir una ola de frío, que no les abandonaba en kilómetros y kilómetros, y que quedaba fuertemente unido al recuerdo de él. El motorista dejaba tras de sí un rastro de nube, en la que casi cualquier cosa podía verse reflejada: promesas hechas en voz baja por los enamorados (aunque luego pocas habrían de cumplirse), olores y sensaciones carnales, cartas que se extraviaron en correos (y que contenían importantes mensajes) y tantas y tantas palabras dejadas sin pronunciar, que nunca más podrían ser comunicadas a los amigos y seres queridos porque estos ya hacía tiempo que habían muerto, puesto que el motorista sólo pasaba una vez por el mismo lugar, a pesar de que había recorrido una y mil veces todos los caminos, todos los lugares. «Historia del motorista que atravesaba de noche todos los desiertos del mundo».

CLXIII

El sol en Marruecos no tiene piedad, al igual que los ricachones y poderosos. Bajo ese sol abrasador, testigo de innumerables acontecimientos, hay sin em-

bargo un gato negro y vulgar, con sus ojos largos y oblicuos, que permanece siempre asomado a la calle desde una ventana de una casita marroquí, protegido en la oscuridad que le ofrece el barrio moro parecido a un hormiguero, a un laberinto. El gato, su mirada, dicen que tiene tantos años como el barrio —tantos años y resignación como el sol, la pobreza y la injusticia del poder marroquí—; un sufrimiento que sólo podría compararse con la belleza de la media luna mora, eterna, como un viaje al infinito que no cesa jamás, aprovechando la luz que proporciona a la media noche, como un candil, que alumbra las miserias de la morería. Todo eso queda reflejado en la mirada del gato que yace tranquilamente asomado a la ventana de una casita marroquí, contemplando indiferente el paisaje urbano-rural, sabedor de que todos en el Universo disponemos de un instante, completamente nuestro, intransferible e indivisible, que nos aliviará un poco —o un mucho— nuestra sed de justicia, porque el universo entero cabe en la mirada del gato y porque el comienzo, desarrollo y final de todas las novelas escritas —y por escribir— se hallan reunidas en la mirada de ese gato. El infortunio y heroísmo del mundo y los ecos de todas las batallas perdidas tiemblan y llegan, desde la superficie terrestre hasta el límite del cielo, y también muchísimo más allá, amigos, muchísimo más allá. «Historia de la mirada del gato que contemplaba la calle asomado a una ventana de una casita de un barrio marroquí».

CLXIV

¡Si esas sandalias hablaran! ¡Cuántos países, cuántos seres humanos y costumbres y formas de vestir habían visto! En aquellas sandalias había adherido polvo de los caminos de todos los lugares. En aquellas sandalias el mundo decía que no a su agonía. No eran solamente unas meras *sandalias para caminar*, sino un mapa gigantesco. El que se las ponía no podía aguantar-

se las ganas de andar y se echaba al camino, hasta que reventaba de puro cansancio, hasta caer agotado en algún rincón de cualquier lugar. Entonces, las sandalias se quedaban allí, plácidas, esperando al próximo dueño, organizando —reorganizando— de mil formas distintas su conmovedor conocimiento, pues a aquellas milagrosas sandalias les causaba gran satisfacción realizar todo tipo de combinaciones con los datos acumulados. Al fin y al cabo, las interpretaciones no eran tan diferentes de los senderos y caminos —todos llevaban a algún sitio— ; y según la dirección tomada, las sandalias y su dueño habrían de acabar en un sitio o en otro. Pluralidad; pluralidad humana y animal. Y la de las bacterias y microorganismos, la de todos aquellos que siempre estuvieron en todos los caminos. Las sandalias eran como caminos: llevaban a todos lados, y al mismo tiempo, a ningún sitio. «Historia de las sandalias que habían dado la vuelta a la tierra infinidad de veces».

CLXV

En los días de niebla, las campanas podían escucharse en todo el valle. Paseantes, montañeros, pastores de una época, gente que se encontraba en el lugar bien por obligaciones bien por placer... Todos escuchaban el tañido lejano de unas campanas perdidas en la niebla. En realidad, en los alrededores no había pueblo ni iglesia ni ermita alguna, y por tanto, era del todo imposible que aquel tañer de campanas pudiera tener una causa *física*, por decirlo de alguna manera. Los tañidos parecían surgidos de la propia niebla, sin causa y razón aparentes (son tantos los hechos que nos resultan inexplicables...). Además, las gentes que pasaban por el lugar solían ser personas acostumbradas a sentir emoción por las cosas y los seres, de modo que les era suficiente con experimentar la emoción de escuchar el misterioso y lejano tañido. No necesitaban constantemente de una explicación; querían sentir, vivir la emoción,

escuchar aquellas campanas más con el corazón que con los oídos. La niebla pausadamente comenzó a extender su manto de seda a lo largo del valle, y de allí a poco se escuchó el tañido, muy lejano al principio, y un poco más cercano luego, surgido —como siempre— del interior de la espesa niebla. Era un tañido melódico, armonioso, que se repetían pausadamente. Y alguien se santiguó, aunque sin saber muy bien la razón de ello —pues hacía tiempo que no era creyente—. Y aún queriendo, ¿en qué íbamos a creer, sino en aquella niebla que cubría por completo nuestra existencia? «Historia de los tañidos que se escuchaban cuando la niebla cubría el valle, a pesar de que en los alrededores no había pueblo, iglesia ni ermita alguna».

CLXVI

Era una mujer de complexión robusta, fuerte, de anchas caderas, dada a los misterios de la vida. Ah, y una vez cada veinticuatro horas daba a luz a un bebé, y con una indiferencia tal, que al verlo te quedabas pasmado. Será raro, supongo. No sé. No querría esperar nueve meses, como todo el mundo. Siempre andaba con prisas. Ni siquiera sé para quién trabajaba, cuánto cobraba o qué tipo de beneficio obtenía de todo ello (es decir, de parir). Se alimentaba continuamente, eso sí; la alimentación era muy importante. Siempre lo fue... Y siempre paría bebés regordetes, de unos tres kilos y medio por lo menos. Era una cosa matemática. No podía parar. Justo acababa de arrojar la placenta del último parto y ya estaba otra vez embarazada; casi podía apreciarse a simple vista cómo se le hinchaba la barriga. Era mundial. La *mamma* de todos los niños. Esperpéntica. Adorable. Única. Como para vomitar, vaya. «Historia de la mujer que cada veinticuatro horas daba a luz a un niño».

CLXVII

A la luz de una vela, en algún lugar de China, un anciano leía un libro. Nadie tenía noticia de ese libro, cuyo contenido aclaraba todas las dudas acerca del pasado y del futuro. El libro, una vez cada ochenta años, *adoptaba* a un nuevo lector, pues aproximadamente todos los lectores morían hacia esa edad, de viejos. Luego, el libro volvía a aparecer de nuevo en algún lugar del mundo, en manos de otro lector. Era siempre el mismo libro, sólo que enriquecido con la experiencia de los anteriores lectores. Siempre había sido así; de modo que de allí en adelante también lo sería. No era necesario realizar cambios. Por eso, el libro siempre tenía el mismo número de páginas, a las que se les había añadido la experiencia del anterior lector. En el libro se daba noticia de miles de secretos: cómo convertir en piedra las pepitas de oro; cuál era el origen de las moscas; la fecha de extinción del ser humano; la fecha del surgimiento de una nueva forma de vida en la tierra (la evolución y todo ese asunto); etcétera. «Historia del libro misterioso que una vez cada ochenta años cambiaba de lector».

CLXVIII

El gigantesco animal observa el cielo gris y asombroso, tal vez con miedo (¿quién iba a decir que una fiera semejante era capaz de sentir miedo?). Pero el cielo no es el de siempre; ni las nubes lo son. No son nubes de agua y aire; sino de polvo. Polvo, sí, lo único que ha perdurado luego del gran estrépito similar al de mil truenos rotos a la vez. Pocos han sobrevivido a la catástrofe posterior al estruendo (al menos pocos de entre los animales gigantes: los dinosaurios). Aunque la agonía del último de los animales terribles y colosales va a ser larga, no es en la comida en lo que piensa —aún siendo una bestia, sabe que son sus últimos

instantes: sus últimos días, sus últimas horas...—. Luego, nada. Perderá por completo la noción de estar vivo —noción que precisamente es la que abre el primer rescicio que ilumina la inteligencia—. Vendrán otros días, otros animales, otros seres vivos... Nuevos. ¿Es posible que sólo seamos el resultado de una casualidad, en medio del universo (o en algún lugar del universo) y nada más? Y de los dinosaurios, ¿qué fue de ellos? Y de nuestra civilización... ¿qué será mañana? Un rastro; ¡sólo un rastro! El dinosaurio que vive sus últimos instantes se hace así mismo todas esas preguntas, pero no por medio de palabras, sino por medio de la lucidez que le proporciona su conciencia de ser vivo —de estar vivo—. Al fin y al cabo, ¿no fue primero el verbo, es decir, el sentir: la muda y terrible carne? «Historia del dinosaurio que vivía sus últimos instantes».

CLXIX

Estaba ante el pelotón de fusilamiento. Le dijeron que debían vendarle los ojos pero él les rogó que no lo hicieran, que deseaba gozar de la luz del sol hasta el último instante. Tenía a los soldados antes sí. Todavía no estaban en posición. Dos de ellos fumaban, indiferentes; otros dos paseaban arriba y abajo, nerviosos; otros dos reían, y de vez en cuando arrojaban al preso miradas insoportables; por último, había otro, el séptimo, que estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, como si estuviese sumido en profundas reflexiones (aunque tal vez sólo se trataban de profundas sensaciones). Era un día muy hermoso, y eso dejó al preso un poco dolido al principio —él siempre creyó que el día en que muriese todas las cosas serían más bien lúgubres y tristes, incluidas las relativas a las condiciones atmosféricas—. Pero no era así; el día no podía ser más hermoso y el paisaje que tenía ante sí era también de una gran belleza —la naturaleza no quería saber nada de aquella tragedia—. Dos pájaros se entretuvieron persi-

guiéndose el uno al otro, juguetones. Súbitamente, la mirada del preso se topó con la mirada del soldado que se hallaba sumido en profundas reflexiones o sensaciones, y entonces, los dos hombres y sus respectivos destinos —y, quizás, también sus respectivas muertes— quedaron unidas para toda la eternidad. Y el preso entendió el mensaje que le transmitía el séptimo soldado del pelotón de fusilamiento: *Yo soy tú; no tengas miedo, porque no morirás nunca. Vivirás en mí; seguirás vivo en todas mis miradas; continuarás siendo parte del mundo en mi humano sentir. Cuando caigas en brazos de la muerte abatido por los disparos, acuérdate de mí como yo me acordaré siempre de ti, y entonces salta a mis ojos, a mi mirada, compañero...* De allí a poco, se escucharon primero las órdenes del oficial, y el eco de siete disparos a continuación. El preso cayó muerto a los pies del hermoso sol. «Historia del hombre que iban a fusilar y la de uno de los soldados del pelotón de fusilamiento».

CLXX

Estaba ante el preso que debían fusilar. Era uno de los siete soldados del pelotón de fusilamiento. Siempre pensó que algún día le fusilarían a él (desde que le llevaron a la guerra siempre le rondó ese temor: caer en manos del enemigo y acabar ante un pelotón). Nunca sabemos qué sorpresa nos reserva el destino... hasta que la tenemos delante. Así le sucedía ahora. Miró hacia el cielo y vio un hermoso sol; y sobre su cabeza pasaron volando dos pájaros persiguiéndose el uno al otro, ágiles (le pareció que alguna vez había vivido aquel instante). Miró a los otros soldados que conformaban el pelotón y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sí, no había la más mínima duda. Amaba al preso; al preso que ellos mismo iban a matar. Si tenía que identificarse con alguien, era desde luego con el preso. Y entonces, su mirada se creció con la mirada del preso (pues había roga-

do que no vendaran sus ojos), y lo entendió todo con absoluta claridad, porque aunque no intercambiaran palabra alguna, podía comprender su mensaje como llegado hasta él a través de una invisible fibra, y le pareció que el preso le decía: *Yo soy tú, y no debes tener miedo alguno de matarme, porque en tu mirada he sabido juzgar el tamaño de tu humanidad. Luego de morir, seguiré viviendo en ti, porque soy como la semilla viajera: echaré raíces en alguna aparte. Eres un buen muchacho, puro como la tierra fértil, y yo no voy a morir, sino a vivir en ti.* Luego, se escucharon las órdenes impenitentes del oficial y a continuación la brutal descarga. El soldado de mirada tierna y profunda apuntó al corazón del preso, con la esperanza de que su disparo le trajera la libertad. «Historia de un soldado del pelotón de fusilamiento y la del hombre que se disponían a fusilar».

CLXXI

Observaba el cañón de la pistola, y se le ocurrió pensar que de allí podría salir cualquier cosa: una bala, una palabra, un hombre diminuto... Se quedó mirando el cañón de la pistola, aunque en realidad no veía nada. No tenía ninguna razón en especial para apretar el gatillo; sólo era simple curiosidad, nada más. Era tan tentador... Una gota de sudor resbaló desde su frente y pasando por su tabique nasal cayó al suelo. Luego, cogió la pistola de la culata con ambas manos y lentamente se la llevó a la boca, hasta sentir el frío del metal en sus dientes, en la lengua, en toda su carne. Cerró los ojos, y sus dedos, moviéndose milímetro a milímetro, permanecieron crispados sobre el arma. *No, se dijo. Así no.* Y entonces, se sacó el cañón de la boca y volvió a llevar la pistola a su antigua posición, es decir, a unos dos palmos del rostro. Pensó que no tenía importancia, morir allí mismo o seguir viviendo allí mismo. Vivía el absurdo, no como filosofía (al estilo de los que proclaman el

absurdo como incapacidad para vivir el absurdo), sino tal y como vivimos los auténticos y verdaderos sentimientos: con el corazón (más que con la inteligencia). ¡*Ahora!* exclamó. Y entonces, sí; apretó el gatillo. E inmediatamente, de donde tendría que haber surgido el fogonazo y la bala, apareció una gran flor de plástico, y colgado de su tallo, un cartelito que decía "PUM". Arrojó a la basura la pistola que unos momentos antes había robado al hijo pequeño de su vecino y se marchó al trabajo. «Historia del hombre que realizó la representación de su propio suicidio».

CLXXII

La partida, un dominó de infinitas piezas, no terminaba nunca. Cuando comenzó la partida el jugador sólo era un niño; y ahora, en cambio, ya atravesado el umbral de la vejez, continuaba colocando las piezas en su sitio. Nadie sabía cómo, de dónde surgían las piezas o fichas del dominó —sin embargo, siempre cabían dentro de un pequeño espacio—. Siempre aparecían fichas nuevas. A veces, de golpe, surgían muchas fichas a la vez; otras veces, sólo unas pocas; o una única ficha... Pero agotarse, eso nunca. Llegado a la vejez, el hombre pensó al fin que aquel dominó tenía tantas fichas como latidos su viejo corazón. Y puede que no anduviera equivocado... De todas maneras, tampoco se podía probar ese extremo (¿quién ha contado nunca los latidos de su propio corazón? ¿quién es tan loco y tan *científico?*). Una vez pensó que la partida había terminado realmente, ya que luego de mirar en todos los rincones de la casa no consiguió dar con una sola ficha más. Pero de repente allá se le apareció una, y junto a ella otra más, y luego más, y más... Fichas como para llenar un saco entero de carbón. Estaba a punto de estrenarse el milenio seis mil y él todavía continuaba con su partida, no habiendo tenido otra ocupación en su existencia seis veces milenaria que aquella, reunir fichas

y colocarlas en su dominó. Pero sabía que algún día habría de morirse y eso le daba valor. Odiaba, sí, aquella existencia suya plagada de infinito. Por suerte, si había habido un principio, habría también un final. Mientras tanto, debía continuar colocando las fichas en su sitio. Y así, de noche, cuando miramos a las estrellas y las constelaciones, gozamos con los resultados de la partida infinita, nosotros, los humildes espectadores del juego. Y cuando con la ayuda de gigantescos telescopios observamos el cosmos y el lejano universo, comprendemos que la partida no acabará nunca. O, al menos, así lo quisiéramos. «Historia del dominó de infinitas fichas».

CLXXIII

El fuego lame sus pies. Casi está muerta. La mujer, supuestamente una bruja, atada en medio del montón de leña ardiendo, aguarda el piadoso fuego que la libere de su sufrimiento. Una mujer vasca, una "*sorgiña*"¹¹, pero sobre todo una mujer de nuestra ancestral tierra. En el cielo, aquí y allí, nubes rojas y rosáceas, como si también el fuego campara a sus anchas en la atmósfera. Su vestido, o lo que queda de él, se rompe y cae envuelto en llamas. Y ella queda allí, en medio de la plaza, atrapada en las miradas del silencioso y escaso público. No se muestra avergonzada. Al contrario, en esos momentos su rostro parece reflejar una misteriosa y profunda sabiduría, un orgullo, más allá del dolor, del sufrimiento. Entonces, te das cuenta de que los libros no son más que una superstición más; y que todo cuanto necesitábamos saber estaba escrito en los ojos, en la expresión de esa mujer. Y a partir de ahí, la vida es un juego, un divertimento. Avivadas por el viento, el haz de leña rápidamente desaparece bajo las llamas, lleván-

¹¹ "Sorgiña" en vasco quiere decir "bruja". En épocas de la Inquisición, cientos de mujeres del País Vasco murieron en la hoguera acusadas de brujería.

dose consigo a la mujer. Nacemos para soñar. «Historia de una mujer vasca de la Edad Media, una *sorgiña*, condenada a morir en la hoguera».

CLXXIV

Según se cuenta, mucho antes incluso de que surgieran las montañas, la higuera ya estaba allí, bien florecida para entonces, ofreciendo su maravilloso fruto. *Pero eso no es posible; toda higuera necesita de la tierra, del monte, para poder crecer, si no...* Quien escribió el Viejo Testamento se equivocó: no una manzana sino un higo fue quien trajo la perdición al hombre. Y con perdón. En realidad, cada higo de la higuera guardaba un secreto, es decir, supongamos que al año daba ochocientos doce frutos (higos). Puesto que llevaba dando frutos desde el comienzo de los tiempos (desde el infinito), llevaba dados por tanto una cantidad de secretos casi infinita al mundo (y digo *casi*, porque el infinito total es una falsedad: habiendo tenido un principio como tuvo, la cantidad total tenía que ser finita por necesidad —incalculable, pero infinita—). De hecho, en eso consiste el meollo de todas las cosas que hay en el mundo: en hallar el imposible cálculo de un infinito que de por sí es finito. «Historia de la higuera que llevaba miles de año dando frutos».

CLXXV

Era una voz gruesa y pesada. Nadie sabía, en cambio, de dónde procedía. Llegaba desde todos los resquicios. Algunos la llamaban *viento*, y otros *ruido*. Y los había también que se valían de nombres como *música* y *matemática* para dar al fenómeno un nombre. Era una voz un poco irreal, como salida de una fotografía. Y tenía un no sé qué familiar... Porque, aunque estaba muerto, la voz del difunto continuaba allí, ocupándolo

todo... Una voz firme y gruesa, profunda, querida, de siempre. Una voz que era capaz de atravesar en unos pocos segundos el inmenso universo, desgajada del cuerpo, pero enraizada muy dentro de sí misma, como si siempre hubiese estado fuera de nosotros y al mismo tiempo dentro. Una voz que producía a su vez todo tipo de emociones. No era una voz, sino un misterio. Y entonces, el espacio abrió su inmensa boca y de allí salió la voz, aguardando su próximo instante (que tal vez le llegue dentro de 20.000 años). «Historia del pensamiento, de la voz, que llenaba el aire, el espacio entero».

CLXXVI

En el mundo hay cosas realmente curiosas. Por ejemplo, conocí a un hombre que sólo leía ensayos y estudios acerca de la obra del famoso poeta ***. Lo sabía todo acerca de él; probablemente, sabía de aquel poeta y de su poesía más de lo que sabía acerca de sí mismo. Así son las cosas en este relato. Y no me arrepiento —ya que, dicho sea de paso, me sirve para dar noticia de la buena salud de la que gozo—. Dejémoslo estar. El caso es que nunca había leído —directamente, al menos— obra alguna del famoso poeta ***. En cambio, llevaba cuarenta años leyendo acerca de su vida y obra: ensayos, bibliografías, artículos, estudios, críticas... Lo tenía leído casi todo (aunque siempre encontraba algo nuevo con relación al tema en cuestión). Una vez trató de leer directamente una de sus obras, pero pronto tuvo que desistir, ya que lo desviaba de su objetivo último. ¿Cómo llegan a vivir juntas muchas parejas que en realidad no se soportan? Pues así le sucedía a él. A decir verdad, estaba enamorado. Y como estaba enamorado, no le agradaban las mentiras y autoevasiones que de él mismo se contaba el objeto; él quería agarrarse a la realidad, aunque sólo se tratase de una realidad de papel y tinta (que convertía en ficción su vida real).

«Historia del hombre que solo leía ensayos, estudios, biografías, etc. acerca de un célebre poeta».

CLXXVII

Fue el santo más santo que jamás había existido en el mundo, pues nunca había cometido pecado alguno, excepto de pensamiento. Siempre de pensamiento. Es decir, pecados de fantasía, que a su vez no merecían más que castigos de fantasía (si es que merecían castigo alguno, claro está...). Tenía experimentados de pensamiento todo tipo de vilezas: asesinatos, violaciones, torturas... Había llevado a cabo los hechos más horrendos, inmundos y reprobables... pero de pensamiento siempre. De obra, sin embargo, absolutamente nada que pudiera reprochársele. Nunca. Aún así, dudaba: ¿sería suficiente para Dios...? ¿el mismo Dios no bebía acaso de la misma fuente, de los mismos errores, puesto que estábamos hechos a su imagen y semejanza...? El ermitaño, el santo del desierto, pecaba y pecaba sin cesar allá en su cueva, como si no supiera hacer nada más, pero sólo de pensamiento, siempre. En realidad, por eso se había retirado a aquella cueva del desierto: para poder gozar aún más de sus pecados de fantasía; para vivir más plenamente la implacable humanidad de Dios. «Historia del hombre santo retirado al desierto y que únicamente pecaba de pensamiento».

CLXXVIII

El submarino se iba al fondo irremediabilmente. Allá se acababa todo, incluidos los sueños —rectos o equivocados— de los tripulantes del desafortunado submarino. Pero lo peor era tener que escuchar el nauseabundo himno nacional, incluso en aquellos últimos instantes. Qué se le va a hacer, todos los capitanes no son más que un atajo de horteras; unos chabacanos rui-

nosos que andan siempre de mala leche y capaces de llegar al orgasmo oliendo sus propios cuescos patrióticos. Por eso, cuando debido a un cortocircuito el submarino enmudeció, el marinero *** se alegró en gran manera. Ahora, en esos instantes previos a la inmediata muerte, sería él mismo. Y no el títere carente de personalidad al servicio de una patria más o menos sofisticada. El submarino descendía sin cesar, lentamente pero sin remedio. Y tuvo que admitir casi riéndose que era un modo bastante original de morir. Miró por una escotilla y se topó con la mirada de un pez monstruoso. Le sonrió. Incluso se cuadró ante el asombrado, indiferente y curioso pez abisal. ¿A quién le importaba ya nada? El mar no es la peor de las tumbas que puede aguardarle a un marinero. Era grande; quizás eterno; baratito (más barato que un trozo de tierra, al menos). *El estado se ocupa de nosotros*. Se quedaría para siempre dentro de aquella ridícula estructura de hierro y acero, por la patria, en nombre de la patria (y porque la juventud y unos tipos listos le habían jugado una mala pasada). Él no creía en nada. O, mejor dicho, creía en aquel pez monstruoso que le observaba asombrado, indiferente y curioso al otro lado de la escotilla. ¡Qué remedio! «Historia de los últimos pensamientos que pasaron por la cabeza del marinero de un submarino que se fue al fondo del mar».

CLXXIX

No necesitaba alimentos; o mejor dicho, se alimentaba de pensamientos. Incluso los masticaba —los pensamientos— y era capaz de sentir cómo caían hacia su vientre luego de resbalar garganta abajo. ¿Cuándo comenzó a alimentarse de pensamientos? Hacía muchísimo tiempo. Una eternidad, tanto para él como para cualquier otro. Época hubo en la que le llamaban Dios —aunque él nunca le dio a eso mucha importancia—. Estaba sentado en una silla. Pero la silla no era real (só-

lo era una silla, de todas maneras). En realidad, eso no tiene demasiada importancia —y además, no creo que venga a cuento—. Estaba sentado en una silla, eso sí, y nunca se ponía de pie. Aún intentándolo nunca hubiera sabido —ni nosotros tampoco— si acaso él mismo no era una de sus ficciones... El hombre que se alimentaba de pensamientos extendía un aro de irrealidad a su alrededor, y de esa irrealidad se proyectaba otra ficción más; y de esa proyección, otro hombre real o irreal que a su vez se alimentaba también de pensamientos (quién sabe...). No había límites. Estar allí era como estar en todos lados —y al mismo tiempo, en ningún sitio—. «Historia del hombre que deseaba ser como el hombre que únicamente se alimentaba de pensamientos».

CLXXX

Lectores como él sólo se encuentran en contadas ocasiones: de hecho, este lector que os traigo a colación solamente leía prólogos de libros; jamás leía libro alguno. Únicamente prólogos, nada más. Sería patológico. No lo sé. Tal vez no le gustaba la literatura... Aunque se comportaba igual con otros géneros o ramas del saber: libros de historia, de música, de matemáticas... Nunca leía nada que no fuera un prólogo. Y sentía un callado y vivo odio hacia los libros que no traían prólogo alguno. Quizás quería ahorrar tiempo (si ya en el prólogo venían esbozadas las líneas general del libro...). *Lo bueno, si breve, dos veces bueno, ¿no?* Un día, puso en marcha su proyecto más ambicioso, su sueño dorado: la redacción de lo que había dado en llamar *El Prólogo de todos los Prólogos*, y que habría de ser el prólogo de todos los prólogos que en el mundo han sido. Un proyecto realmente ambicioso, desde cualquier punto de vista desde el que se lo examinara. Pocas serían las personas preparadas para acometer una labor de semejantes vuelos. De manera que se lanzó al inacabable trabajo (e inacabable digo, porque llegar a materializar el prólogo

que sintetizara todos los prólogos de todos los libros publicados —y tal vez también de aquellos que no llegaron nunca a publicarse— era trabajo de una eternidad entera), a sabiendas incluso de que al final acabaría siendo el autor *medio póstumo* de una obra sin lectores. «Historia del hombre que sólo leía prólogos y que acabó redactando la obra titulada *El Prólogo de todos los Prólogos*».

CLXXXI

No tenía ninguna prisa para acabar el libro (sabía que al pasar la última página, pasaría también el último día de su vida). No, en esta ocasión no se trataba de un libro mágico (no, al menos, en un sentido *físico*). Era un libro de sueños; y una vez al año, de noche, al cerrar los ojos, siempre se le aparecía en sueños, sin fallar ni una sola vez. Una hoja —dos páginas— por cada sueño. Y para entonces había ya leído treinta y cinco hojas —setenta páginas—. Así pues, le faltaba cada vez menos para acabar el libro; cuánto exactamente, eso no podía adivinarse, puesto que el libro de sueños nunca le permitió saberlo (era uno de los mejores secretos guardados por el libro). Ni siquiera sabía cuál era el título del libro. Lo sabría algún día, cuando pasara la última página. Al despertar, lo único que recordaba era el número de la página en la que se había quedado, y nada más. Por fin, un día, le llegó el momento que instintivamente temía: el momento de pasar la última hoja —dos páginas—. Sin embargo, cuando acabó de leerlas, le pareció que aquella última hoja era muy parecida a las otras, y que al día siguiente no recordaría gran cosa, excepto el número de página en que se había quedado. Pero aquella era la última página; la última. Y debajo del párrafo final, en lugar del conocido FIN, aparecía una cruz. Y antes de despertar de su sueño, se dio cuenta de que el libro le ofrecía por primera vez la oportunidad de leer el título del libro, cosa que hizo lleno de

aprensión pero con gran estoicismo: *Éste quien soy*, rezaba. Luego, se murió, a la edad de noventa y ocho años —cuarenta y nueve hojas multiplicadas por dos—. «Historia del libro que sólo podía leerse en sueños».

CLXXXII

Era astronauta y estaba perdido en el espacio (pero perdido no en el espacio exterior al cohete, sino en el espacio que se extendía en sus sueños). No podía despertarse de aquel sueño, puesto que cada nuevo sueño lo precipitaba a otro sueño distinto, y de ahí caía a otro, y a otro, y a otro... Atravesó tantos espacios oníricos que al final ya no supo volver. Si alguien le hubiese visto allí, hubiera pensado que nada raro estaba ocurriendo. Sin embargo, sí que estaba sucediendo algo. Por otro lado, en cada sueño se le aparecía una de esas muñecas talladas en madera, típicas de Rusia, que se van metiendo unas dentro de otras (tienen un nombre parecido a *Mashencas*). En el caso del astronauta, la muñeca (que siempre se le aparecía en cada sueño) era siempre más grande que la anterior. De manera que iba del espacio originario a la eternidad. Y ello le proporcionaba en sueños una alegría tal... De todos modos, si le hubiera sucedido al contrario, hubiera llegado probablemente al mismo sitio. O, quizás, al espacio onírico más diminuto (a la nada, acaso); aunque es muy probable que de allí hubiera salido a espacios más extensos, porque a fin de cuentas a todos nos termina acometiendo la misma duda: ¿no acabaremos quizás en el mismo lugar donde empezamos, o lo que es lo mismo, no acabaremos quizás para volver a empezar...? ¿o será al revés...? «Historia del astronauta que se perdió en el espacio onírico».

CLXXXIII

Toda su vida se la había pasado leyendo. Pero nunca escribió nada, excepto prólogos para libros. Le pagaban para eso: para escribir prólogos. Unas veces, ni tan siquiera leía el libro del que tenía que escribir su prólogo; y otras sí que lo hacía (según su estado de humor). Nunca tuvo deseo alguno de escribir un libro... Pero un buen prólogo... ¡Ah, eso era distinto! Si el mundo tenía alguna gracia, debía estar en esa labor. En un buen prólogo. Era como hablar de todas las cosas y al mismo tiempo no hablar de nada. A veces, cometía pequeñas travesuras. Por ejemplo, en cierta ocasión, en lugar del prólogo del libro que correspondía al escritor A, dio al editor el del prólogo correspondiente al escritor B. Y viendo que nada malo sucedía, digamos que eso le dio valor para continuar con sus *travesuras de niño*. Un día, se le ocurrió pasar a un traductor germano el prólogo que le habían encargado, para que lo tradujera al alemán. Luego, escrito en esta lengua, se lo hizo llegar al editor a fin de que lo incluyera tal cual estaba en el libro. Pasó las siguientes siete noches sin poder pegar ojo, preguntándose si acaso no había ido demasiado lejos esta vez. Pero transcurrieron los días y las semanas y viendo que nada malo sucedía recobró la confianza en sí mismo. De modo que continuó preparando intrigas aún más perversas si cabe. «Historia del hombre que únicamente escribía prólogos de libros».

CLXXXIV

«Historia del hombre que creaba las melodías más hermosas, a pesar de no tener ni idea de solfeo».

CLXXXV

«Historia del hombre que concebía los brebajes más deliciosos (siempre una sola botella por cada brebaje)».

CLXXXVI

«Historia del hombre que inventó un estómago de plata capaz de autorreproducir todo tipo de alimentos, bebidas y cuanto necesita el cuerpo para su funcionamiento».

CLXXXVII

«Historia del hombre que escribió un cuento infinito de tres páginas».

CLXXXVIII

«Historia del hombre que creó el perfume más maravilloso que jamás existió (bastaba con olerlo una sola vez, para provocar en quien lo olía la sumisión más brutal e incurable hacia la persona que llevaba el perfume)».

CLXXXIX

«Historia del hombre que, a fin de conseguir la inmortalidad, se puso como meta leer todos los libros de todas las bibliotecas del mundo (inmortal, sí, porque no moriría hasta ver cumplido su objetivo —y no lo cumpliría nunca—)».

CXC

«Historia del hombre que veía cómo el retrato de su padre cambiaba, según obraba bien o mal».

CXCI

«Historia del pueblo perdido en la Rivera de Navarra (sólo unos pocos sabían llegar hasta allí)».

CXCII

«Historia del hombre a quien de su memoria se borraban todos los recuerdos de las últimas veinticuatro horas».

CXCIII

«Historia del hombre que escribía novelas utilizando números en vez de letras».

CXCIV

«Historia del hombre que, tras hallar el elixir de la melancolía, se convirtió en el mejor de los poetas».

CXCV

«Historia del hombre que hablaba mezclando al mismo tiempo más de treinta idiomas».

CXCVI

«Historia del hombre que consiguió la inmortalidad, a fuerza de contar las estrellas del cielo».

CXCVII

«Historia del hombre que inventó el cigarro que no se acababa nunca, y que acabó padeciendo un cáncer igualmente imperecedero».

CXCVIII

«Historia del hombre nostálgico que enterraba a sus familiares en la salita de estar».

CXCIX

«Historia del hombre que dejó de escribir cuentos y empezó a escribir únicamente temas para cuentos».

CC

«Historia del hombre que dio con el enigma de Jesús (un niño atrapado en un cuerpo de adulto)».

CCI

«Historia de las primeras palabras del hombre que tuvo oportunidad de hablar por teléfono con su madre muerta: *¡Madre! ¡madre! me he comprado un móvil de última generación!*».

CCII

«Historia del bolígrafo que solamente servía para escribir cuentos, novelas, poesías...».

CCIII

«Historia de los soldados fantasmas que erraban sin descanso por el campo de batalla».

CCIV

«Historia del hombre que se despertó una noche desvelado y nunca más pudo volver a dormirse».

CCV

«Historia del hombre que todos los años moría (a la misma hora del mismo día y mes)».

CCVI

«Historia del extraordinario árbol en el que de cada hoja surgía un rostro distinto, y de los extraños sucesos que cada rostro relataba».